



Pasados Presentes

Historias detrás de las memorias

Un ejercicio colectivo de Historia Oral

Patricia Flier
(coordinadora)

Prólogo de Alessandro Portelli

Historias detrás de las memorias

Un ejercicio colectivo de Historia Oral

Patricia Flier
(coordinadora)

Prólogo de Alessandro Portelli

Esta publicación ha sido sometida a evaluación interna y externa organizada por la Secretaría de Investigación de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata

Corrección de estilo: Alicia Lorenzo

Diseño: D.C.V. Federico Banzato

Tapa: D.G. P. Daniela Nuesch

Editora por la Prosecretaría de Gestión Editorial y Difusión: Victoria Lucero

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

©2018 Universidad Nacional de La Plata

Colección Pasados Presentes, 1

ISBN 978-950-34-1604-4

Cita sugerida: Flier, P. (Coord.) y Portelli, A. (Pról.). (2018). *Historias detrás de las memorias : Un ejercicio colectivo de historia oral*. La Plata : Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. (Pasados Presentes ; 1). Recuperado de <http://libros.fahce.unlp.edu.ar/index.php/libros/catalog/book/101>



Licencia Creative Commons 4.0 Internacional
(Atribución-No comercial-Compartir igual)

Universidad Nacional de La Plata
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación

Decano

Dr. Aníbal Viguera

Vicedecano

Dr. Mauricio Chama

Secretaria de Asuntos Académicos

Prof. Ana Julia Ramírez

Secretario de Posgrado

Dr. Fabio Espósito

Secretaria de Investigación

Prof. Laura Lenci

Secretario de Extensión Universitaria

Mg. Jerónimo Pinedo

Prosecretario de Gestión Editorial y Difusión

Dr. Guillermo Banzato

Colección Pasados Presentes

Directora de la Colección

Patricia Flier

Consejo editorial

Alessandro Portelli

Bruno Groppo

Pilar Calveiro

Rita Segato

Gerardo Caetano

Carmen Norambuena

Enzo Traverso

Silvia Dutrénit Bielous

Secretaria de Redacción

Lorena Cardona González

Índice

[Prólogo](#)

Alessandro Portelli 9

[Lo que hace diferente a este libro](#)

Patricia Flier - Lorena Cardona 17

[Lo que hace diferente a Alessandro Portelli](#)

Lucía Abbattista 31

Historias Resistentes

[Entre memorias e historia: lucha, amistad y terror en Santa Fe, 1974](#)

Andrea Raina 63

[Cuatro miradas sobre el “Trelewazo”. Memorias en torno a una experiencia de lucha popular](#)

Axel Binder 101

[La otra resistencia. Reflexiones sobre silencios, violencias y género en la Resistencia peronista \(1955-1965\)](#)

Anabella Gorza 135

Historias Incómodas

[Género y violencia: memorias de la represión sobre los cuerpos de las mujeres durante la última dictadura militar argentina](#)

Victoria Álvarez 181

<u>No estar metido en nada: vivencias y representaciones de obreros de Swift (Berisso) en torno a la época de los militares</u>	
<i>Eleonora Bretal</i>	209
<u>Violencia política, memoria y género: mujeres del Frente Patriótico</u>	
<u>Manuel Rodríguez</u>	
<i>Javiera Robles Recabarren</i>	245

Historias Representativas

<u>El dolor no desaparece jamás y el exilio es un dolor. Horacio Abdala, una reflexión en torno a la experiencia exiliar de un trabajador bancario</u>	
<i>Patricia Flier</i>	273
<u>“Por la paz haremos hasta lo imposible, incluso la guerra”. Entre holocaustos y militancias: memorias del M-19 a través del relato de Vera Grabe Loewenherz</u>	
<i>Lorena Cardona González</i>	301
<u>La leyenda de la X'tabay: el imaginario colectivo y la performance cíclica oralidad – escritura</u>	
<i>Yazmín Conejo</i>	337
<u>Sobre los autores</u>	365

Prólogo

*Alessandro Portelli*¹

Lo que sigue no es tanto un comentario sobre este libro, inusual y fascinante, sino una serie de reflexiones e ideas surgidas de su lectura y de la experiencia de la cual nace. Canta Bob Dylan en una de sus canciones más memorables, *there are no truths outside the Gates of Eden*, no hay verdades fuera de las puertas del paraíso. A su vez, el cómico italiano Corrado Guzzanti afirmó, en uno de sus chistes más famosos, personificando la parodia de un gurú de la televisión: “La respuesta está en ti, pero es la equivocada”.

Este libro podría leerse como una reflexión crítica de estas dos frases. Ambas se enfocan en la relación entre lo que está adentro y lo que está afuera, y en ambos casos, la pretensión es que la verdad siempre está “adentro” y que afuera no existe más que el desierto. Bob Dylan evoca la idea de una “verdad” sagrada, que puede considerarse como algo celosamente custodiado y protegido, inaccesible a los profanos, privilegio de los sabios y de los cultos —una forma de verdad que en la academia conocemos bien y que todavía perdura—, una verdad interior, idiosincrática, inverificable. Guzzanti sugiere, con su ironía, que quizás existe una realidad material fuera de la conciencia que debe tenerse en cuenta. La historia oral ha estado mucho tiempo fuera de las puertas del paraíso, no tanto porque cuestiona estas “verdades” como tales, sino porque las obliga a confrontarse entre ellas.

Por un lado, la historia oral reconoce y practica los procedimientos de verificabilidad y rigor documental de la mejor historiografía clásica: trabaja tanto en el campo como en los archivos, y de este modo obliga a la “verdad”

¹ Traducción de Lorena Cardona González.

escrita y fija en los documentos de las instituciones a confrontarse con las múltiples “verdades” que existen afuera, en el mundo más allá de las puertas. Se practica tanto en el interior de la universidad como fuera de ella, por historiadores “descalzos”, militantes, apasionados, incluso “diletantes” —en el mejor sentido de la palabra, que se refiere a la búsqueda del conocimiento también como un placer— que a menudo obligan a los historiadores a tomar nota de los acontecimientos y presencias que existen fuera de sus fuentes. Sin embargo, en ambos casos, los resultados de la investigación, dentro o fuera de las puertas de la academia, están sometidos a los mismos criterios de verificabilidad y a los mismos procedimientos de interpretación.

Por otro lado, la historia oral ha llegado a un acuerdo, desde un principio, retomando una definición del novelista americano Nathaniel Hawthorne, con lo que he llamado “la verdad del corazón humano”, y que una historiadora importante como Luisa Passerini formalizó en términos de “subjetividad”. El aporte fundamental de la historia oral durante al menos dos generaciones de investigadores fue el reconocimiento de que la realidad “interior” e intangible —la subjetividad, la memoria— no son distorsiones de la historia, sino que esos mismos hechos históricos son construcciones de sentido que tienen un impacto sobre las elecciones y los comportamientos de las personas, y, por tanto, actúan concretamente en la historia. Pero precisamente por esta razón, la historia oral jamás ha asumido estas “verdades” como intangibles e inverificables; siempre ha sabido que las respuestas subjetivas a nuestras preguntas pueden ser, con respecto a la materialidad de los hechos, “equivocadas”. Si mis compañeros ternanos ubican un evento simbólico en el tiempo y en el contexto equivocado, si mis interlocutores romanos atribuyen la masacre nazi de las Fosas Ardeatinas a una inexistente responsabilidad partisana, la tarea de la historia oral no es tomar nota diciendo, banalmente, “es verdad para ellos...”, o abandonarse dentro de la superficial vulgata posmoderna diciendo “tenemos solo las historias y todas las historias son equivalentes”, sino —con todo el respeto por las personas— someter estas “verdades” interiores al escrutinio de la verificación.

En otras palabras, la “verdad” no está ni dentro ni fuera de las puertas del paraíso, ni adentro de la conciencia individual ni fuera de ella: está en los confines, en el lugar donde lo interno y lo externo, la subjetividad y la historia, la institución y el espacio social se encuentran, dialogan, chocan y, en este

proceso, ambas cambian de piel, se redefinen y se vuelven más ellas mismas. *Dia/logo* significa precisamente esto: una palabra que va más allá, y que en este proceso se desdobra, se transforma, se articula. Diálogo significa hablar a través de, más allá de, por encima del paraíso o de las barreras de la subjetividad. Significa abrir —o, al menos, entreabrir— estas puertas (me viene a la mente el título de una novela americana de un género totalmente diferente, *The Gates Ajar*, “Las puertas entreabiertas”, de Elizabeth Stuart Phelps, 1868), para que las personas puedan entrar y salir, quedarse en el umbral mirando en ambas direcciones o, siquiera, tener una idea de lo que hay del otro lado.

A medida que aprendí la historia oral, haciéndola, me di cuenta de que la mayoría de las veces esto es lo que hacemos. Hacemos el trabajo del historiador, tratando de reconstruir, de la manera más confiable posible, los hechos del pasado; hacemos el trabajo del antropólogo o del psicólogo, tratando de reconstruir las construcciones culturales y mentales de las personas; y, finalmente, hacemos el propio trabajo del historiador oral, navegando en la tierra de nadie entre los hechos y la subjetividad, intentando comprender de qué manera estos hechos generan esas construcciones culturales o cómo las culturas y las ideas le confieren sentido y relevancia a la materialidad indistinta de los hechos. Por esto, frente a las respuestas “equivocadas” no nos limitamos ni a tomarlas paternalmente como “verdad, para ellos...”, ni a descartarlas porque son erradas, sino que nos preguntamos qué significan; y de algún modo, porque son “equivocadas” nos hacen comprender más a fondo el impacto de los hechos materiales sobre las conciencias. A veces tengo ataques de *hubris*, y pienso que la historia oral es algo más vasto y complejo que la historia pura y simple; que la historia oral no es una contribución a la historia, sino que esta última es solo uno de los muchos instrumentos que son necesarios para quien quiere aventurarse en la tierra de nadie de la historia oral. ¡Pero no exageremos!

Este libro es insólito y fascinante porque, nacido de un seminario del cual formé parte, extiende la práctica del diálogo a otra dimensión, que es la de la relación entre quien “enseña” y quien “aprende”. Es un aspecto que me toca profundamente, ya que he sido profesor universitario toda mi vida, pero a menudo he terminado practicando y enseñando disciplinas que estaban fuera de las puertas de mi campo disciplinar e institucional (¡jamás fui docente de historia, de antropología, y mucho menos de historia oral!). Trataré de explicarme con un ejemplo.

Los estudiantes italianos a menudo tienen la costumbre de tomar apuntes afanosamente, como si escribieran bajo dictado, atentos a no perder ni una palabra —y, por tanto, destinados a perderse muchas cosas, porque mientras escriben no pueden escuchar. Recuerdo que en clase había una estudiante que no hacía eso. Estaba sentada, escuchaba, y cada tanto tomaba la lapicera y escribía. Y cada vez que lo hacía, yo pensaba: debo haber dicho algo. Después de un tiempo, más o menos conscientemente, en las lecciones comencé a subrayar y a articular más a fondo los aspectos sobre los que la había visto tomar nota. De este modo, sin decir una palabra, una estudiante (que no por casualidad hoy enseña literatura en una universidad inglesa) contribuyó desde el aula a cambiar las lecciones de la cátedra.

En otras palabras, es válido para la relación didáctica lo que en otros contextos he escrito sobre el momento constitutivo de la historia oral, la entrevista: si al final de la entrevista (de la lección, del seminario) no salen todos cambiados —entrevistados y entrevistadores, estudiantes y docentes— entonces, probablemente, se perdió el tiempo. También por esta razón, siempre preparo las clases como lo hago con las entrevistas: con una idea general de lo que tengo en mente, pero sin una estructura preconcebida, confiándome a la sensibilidad, al oído, y —sobre todo— a la contribución dialógica expresada o implícita de los interlocutores para decidir, de vez en cuando, qué hacer y qué decir.

Este libro dialoga, justamente, con una experiencia de este tipo: el seminario de historia oral que tuve el privilegio de dictar en la Universidad Nacional de La Plata gracias a la invitación de la profesora Patricia Flier, de sus colegas y colaboradores. La forma y el contexto del seminario fueron una refutación directa a la modalidad académica de enseñanza en la que el conocimiento pasa de forma unidireccional del docente a los alumnos. Si es cierto que la entrevista de historia oral es un “experimento de igualdad”, el modo en el que se desarrollaron nuestros encuentros iba en la misma dirección. No fue solo la disposición misma del espacio, en forma de círculo abierto, con el mate circulando (¡esta fue una de las cosas que aprendí!), sino la conciencia inmediata del dato constitutivo de cualquier diálogo: y es que los estudiantes, como los narradores en las entrevistas, sabían cosas que yo no sabía y que mi enseñanza también era una experiencia de aprendizaje.

La igualdad comenzaba desde el lenguaje: quizá yo tenga más experiencia que ellos en la historia oral, pero trataba de narrárselas en un idioma que ellos

conocían y que yo intentaba, todo el tiempo, de imaginar e inventar, y por eso solo hablé gracias a su tolerancia y comprensión hacia mi ignorancia. Pero aún más importante es que lo que lograba decir tenía un sentido únicamente si era reelaborado por su inteligencia, conocimiento e imaginación. Hablar de Terni, de Roma o de Kentucky habría sido simplemente un ejercicio académico si todo no se hubiera transformado porque tenía sentido en Argentina, en Colombia, en Chile. Bastaba escuchar las preguntas, las intervenciones, los comentarios para entender que todo lo que sabía e intentaba compartir tenía un significado posterior y mucho más diverso de lo que había creído hasta entonces, en un contexto político, histórico y social como el latinoamericano, del cual, hasta entonces, tenía un conocimiento muy superficial y del cual aprendí mucho de las intervenciones de los participantes del seminario y de sus escritos. Todo culminó con una inversión de roles, en la que yo fui entrevistado, y —como es justo que suceda con cada entrevistado— salí de ella teniendo una idea ligeramente diferente de mí y de mi trabajo; y con la publicación en Argentina de la más completa colección de mis ensayos.² Pero, sobre todo, lo que obtuve de este encuentro fue una forma de mirar la historia italiana, de la cual me he ocupado —el fascismo, la ocupación nazi, la violencia y la resistencia— en una visión comparada y más amplia que me enseñó otra perspectiva y me dio mucha más profundidad.

Por esto, leo este libro como un raro privilegio: como un espejo que me revela el sentido y la utilidad de mi trabajo a través del uso creativo que hacen de él los investigadores y académicos, especialmente los jóvenes, que —al igual que la estudiante que tomaba apuntes selectivos— eligen lo que les sirve, lo leen de maneras también imprevistas y, para mí, reveladoras, y dejan a un lado el resto. Es exactamente lo contrario a la “aplicación” de una teoría o de un método: es la intención, por parte de cada uno, de una teoría y de un método propio sobre la base de su experiencia, de la realidad en la que operan, y de los objetivos de su trabajo. Como cualquier trabajo intelectual digno de este nombre, cada uno de estos capítulos transforma, cambia, desarrolla las premisas teóricas y metodológicas; y mientras se focaliza en un objeto específico, contribuye al progreso y al cambio de toda la disciplina. Lo que

² Portelli, A. (2016). *Historias orales: Narración, imaginación y diálogo*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación; Rosario: Prohistoria Ediciones. <http://www.libros.fahce.unlp.edu.ar/index.php/libros/catalog/book/69> [N. de la t.]

me sorprende en todas estas intervenciones es, precisamente, la conciencia de este diálogo, la capacidad autorreflexiva de pensar sobre cómo las propuestas teóricas y metodológicas iniciales evolucionaron durante la investigación y su presentación. Por lo tanto, leí muchos de los capítulos de este libro como la continuación de un diálogo, en el cual cada capítulo responde a mis preguntas y me hace nuevas, en un intercambio que aún está abierto y sin terminar.

Pienso en su división, original y sin embargo tan adecuada, que parece *a posteriori* casi inevitable: *resistencia*, temáticas *incómodas*, voces *representativas*. Nunca lo pensé, pero la esencia de la historia oral está aquí. *Resistencia*: la historia oral parte del reconocimiento crítico de la presencia activa de sujetos que la historiografía idealista consideraba “sin historia”; sujetos que están afuera de las puertas del paraíso, que empujan por entrar en él, que dudan de que exista un paraíso, que quisieran un paraíso totalmente distinto, o ningún paraíso, de hecho. Narraciones *incómodas*: muy a menudo la memoria ha sido pensada como algo gratificante, que ayuda a construir una imagen aceptable de una persona, de un grupo social, de un Estado. Puesto que escucha voces no autorizadas, la historia oral es implícitamente desagradable para el poder; sin embargo, pronto aprendimos que no podíamos darle a nuestro trabajo ni siquiera una función reconfortante para aquellos que se oponen al poder. Las preguntas que hacemos pueden, y deben, ser incómodas, incluso para nosotros; cuestionar nuestras propias certezas en lugar de construir mitos alternativos e igualmente unidimensionales de aquellos a los que nos hemos resistido. No quiere decir que aquellos que están fuera del paraíso siempre tengan la razón y que, a su vez, no estén llenos de contradicciones. Y, finalmente, voces *representativas*: aquí está la esencia misma del método cualitativo. Las voces no son todas iguales, no son mecánicamente comparables, sino que deben ser pensadas e interpretadas cada una a su modo. No existe una memoria “colectiva” que no sea simplemente la conjugación, el encuentro y la confrontación de múltiples memorias personales. Por lo tanto, una voz “representativa” no lo es en el sentido estadístico de una voz “normal”, sino en el sentido, diría artístico, de una voz excepcional que es capaz de reunir en sí misma las instancias de toda una realidad social —la voz de Dante Bartolini en Terni, la de Annie Napier en Harlan o la de Chicha Mariani en La Plata.

La voz resistente, incómoda y representativa de Chicha Mariani es, al final, una indicación del camino que la historia oral ha buscado e intenta seguir; el camino de quien dice la verdad al poder, y que no la calla a sí mismo. Este libro es un buen paso adelante en esta dirección.

Lo que hace diferente a este libro

En septiembre de 2013 Alessandro Portelli dictó un esperado curso de historia oral en la Universidad de La Plata. Esa intensa semana dio lugar al encuentro de un grupo de estudiantes provenientes de diferentes campos disciplinarios, de distintas trayectorias académicas y de diversos espacios geográficos; todos ellos coincidían en la necesidad de escuchar a un reconocido intelectual, cita obligada de todos los convocados por la historia reciente.

De esa semana, intensa y por demás enriquecedora, permanece el recuerdo de un clima de trabajo afable y distendido, sin academicismos superfluos, como solo sabe crear quien vive de acuerdo a las ideas que sostiene y manifiesta; y también de reflexiones intelectuales y metodológicas que convivieron con la transmisión de experiencias de la propia labor investigativa, resultando estas últimas tan iluminadoras como las primeras (Gorza, 31.10.2017).¹

La expectativa de su llegada era también la respuesta a múltiples lecturas fragmentarias de su obra, a la difusión de algunos de sus artículos en diferentes idiomas, a la imposibilidad de contar con herramientas metodológicas que enseñaran cómo hacer historia oral y a la búsqueda de consolidar el campo de los estudios de la historia reciente, con un énfasis particular en el abordaje de las memorias. Estos fueron algunos de los interrogantes que se pusieron en discusión en aquel seminario que nos permitió descubrir a la obra

¹ Como parte del trabajo de coordinación de este libro, les pedimos a las y los autores que escriban unas breves reflexiones en torno a lo que implicó el trabajo sobre el libro en general y el trabajo en equipo en particular. Citamos parte de estas reflexiones, con la fecha en la que recibimos dichos textos.

y al maestro detrás de ella. Sin embargo, todos los allí presentes esperábamos develar de algún modo el secreto oculto que había en la historia oral y que se traducía —según nuestra idea preconcebida— en el éxito indiscutible de una entrevista. Lo que sorprendentemente cambió la mirada de quienes constituimos su ávido público fue que, según nos enseñó Portelli, no existen recetas establecidas para hacer una entrevista; que estas no obedecen a indicaciones de manuales, comunes en las metodologías de investigación cualitativa de fuerte arraigo en las ciencias sociales. Teníamos que poner sobre la mesa las mismas bases de una buena conversación: el respeto, los modales, la paciencia y, sobre todo, una atenta escucha. De la misma forma, reconocer que tanto el/la interlocutor/a como el/la investigador/a tienen diferentes agendas al momento de establecer un diálogo; que son esas mismas agendas las que se cruzan con la identidad, las trayectorias, los pasados y los sentidos de los hablantes, y que es justamente en este espacio en donde se constituye el trabajo del historiador oral. Aún más: aprendimos también que no toda entrevista se convierte inmediatamente en un ejercicio de historia oral; que tal empeño implica un ejercicio de aprendizaje, de construcción performativa de las fuentes, de una mirada —*entre/vista*— que requiere empatía y confianza y de un esfuerzo por construir un diálogo *entre y más allá* de las diferencias. Ahora bien, el resultado de este aprendizaje debía volcarse en un trabajo original, producido por los/as asistentes, en el que se pusieran en valor estos elementos en un avance de tesis, un artículo académico o una reflexión metodológica. Luego de la lectura y corrección de aquellas producciones se seleccionaron los mejores trabajos, los cuales tenían todas las potencialidades y las riquezas teórico-metodológicas de la historia oral. El resultado de esa experiencia fundante es el origen de los capítulos que integran este libro.

Sin embargo, este ejercicio no terminó allí. Todo lo contrario, aquí empezó una nueva etapa: la de transformar estas producciones aisladas en una construcción colectiva de historia oral que aglutinara no solo esta metodología, sino algunas afinidades temáticas, temporales, espaciales y generacionales, entre otros factores; y que respondiera a un nuevo desafío del campo científico, en cuanto divulgación de resultados originales. Por tanto, este libro no responde a la tradicional modalidad de articulación de capítulos vertebrados por una temática afín y recibidos por un/a compilador/a, quien tiene la responsabilidad de hacer un análisis comentado de textos. Con él apostamos

a la elaboración colectiva de nuestros trabajos poniendo en discusión miradas disciplinares conjuntas o distantes, trayectorias académicas y avances de investigación en los que la historia oral fue la excusa enriquecedora de interpretación, o bien la herramienta dislocadora de hipótesis anteriormente concebidas. No obstante, en todos los textos que integran este libro la historia oral obró como disparadora de elementos antes no explorados, silenciados, omitidos, relegados u olvidados.

Una de las cosas que más me fascinó del trabajo compartido fue poder vivenciar que la influencia de Portelli en las investigaciones locales -debido a la apropiación selectiva de sus “herramientas”-, era mucho más diversa y rica de lo que podría haber imaginado previamente. Los cruces entre distintas tradiciones, las variadas derivas a partir de una misma cita, las distintas lecturas sobre sus implicancias y tensiones, fueron algunos de los aprendizajes que propició la edición de este libro (Abbattista, 27.10.2017).

Empero, estas coincidencias no bastaron para dar unidad a un libro de historia oral. Lo que hace diferente a este libro, entre muchas otras cosas, es que no responde, en su división, a abordajes tradicionales, a conceptos y categorías canónicamente consolidados —represión, militancia, terrorismo de Estado, género— o a delimitaciones geográficas y temporales. Esta fue, precisamente, la reflexión que Anabella Gorza elaboró sobre su trabajo:

Al momento de la primera escritura, se había presentado el interrogante de cómo desarrollar una mirada de género, central en mi investigación, a partir de una obra que solo tangencialmente ha contemplado cuestiones afines a la misma. Claro que esa perspectiva se plasmó en el análisis desde un primer momento, porque quien investiga hace hablar a las fuentes en función de sus intereses, conocimientos y de las categorías que trae consigo; algo que se hace presente desde el momento en que tiene lugar esa instancia dialógica que es la entrevista. Sin embargo, el trabajo en equipo me puso en contacto con las producciones de compañeras que también adoptaban la perspectiva de género, desconocidos para mí hasta ese entonces, pese a compartir un mismo espacio académico, y muy grata fue la sorpresa al descubrir que nuestros trabajos, aunque habían sido

concebidos de manera independiente unos de otros, establecían un diálogo por demás interesante y enriquecedor. La decisión de no incorporarlos en un mismo apartado, respondió al deseo de no confinarlos a un espacio aislado y sin conexión con los demás textos, porque pensamos que dicha perspectiva es más fructífera si dialoga con otras miradas. Ahora bien, los ejes de análisis elegidos no inhabilitan lecturas transversales entre capítulos de diferentes apartados en función de otros criterios que quedarán a consideración de las y los lectores (Gorza, 31.10.2017).

Tomando en cuenta estos elementos, decidimos mirar los capítulos como relaciones transversales y no conceptuales, en los que privilegiamos las atenciones categoriales acompañadas por el análisis y las voces de múltiples actores. En este sentido, la primera parte de este texto aborda la *resistencia*, la cual da cuenta de los acontecimientos, de las narrativas del mundo obrero y de los derroteros de la violencia política en las militancias. En una segunda instancia consideramos las temáticas *incómodas*, en el sentido de que exploran los vestigios del patriarcado presentes en las organizaciones armadas, el silencio impuesto por la violencia sexual en tiempos del terrorismo de Estado y las representaciones sociales del disciplinamiento a través del terror, temas en los que confluye lo no hablado o lo simplemente desplazado por ausencia o quizá por saturación. Finalmente, construimos el último apartado relevando historias *representativas*, las cuales recogen las voces de únicos narradores que ligan lo personal, lo biográfico y lo subjetivo con lo social, lo histórico y lo colectivo (Portelli, 2016).

Asimismo, este libro es diferente porque también Alessandro Portelli es un intelectual diferente. Así nos lo demuestra Lucía Abbattista en el capítulo introductorio, en el que no solo aborda el impacto de la obra de Portelli en la Argentina, sino que también historiza los aportes de sus trabajos clásicos sobre tres puntos de análisis: la historia oral como proyecto democratizador de la sociedad y la cultura; los trabajos sobre la memoria de la clase obrera, y sus aportes en las disputas de las memorias del antifascismo en Italia. La autora afirma que así como la obra de Portelli fue la respuesta a un contexto de activación de la derecha italiana a mediados de los años 90, en Argentina sirvió de inspiración para derribar los muros de silenciamiento y los intentos de olvido de un pasado traumático para dar lugar a la construcción de una

memoria colectiva basada en los principios de verdad, justicia y memoria. Es un texto que también está pensado para enseñar historia oral y que aborda los contextos enunciativos y de producción de la obra de Portelli no solo en Italia, sino en Estados Unidos y América Latina.

Lo que más disfruté fue la posibilidad de profundizar en las obras de aquellos que fueron sus referentes y en las experiencias colectivas de las que ha sido parte: un mundo artístico, intelectual, editorial, italiano comprometido y activo, del que solo tenía vagas referencias previas (Abbattista, 27.10.2017).

En su texto “Entre memorias e historia: lucha, amistad y terror en Santa Fe, 1974” Andrea Raina reflexiona sobre las diferencias entre memorias, historias e historia, a partir de una acción represiva ocurrida en la ciudad de Santa Fe, producto de una política sistemática de persecución para generar terror en cada localidad del país. En este capítulo no solo se ponen en tensión narrativas precedentes a la última dictadura militar, sino que se dialoga con la construcción memorial respecto a los sentidos de las acciones políticas y político-militares de los años 70 que perduran hasta el presente. Lo que hace diferente a este capítulo es la forma como se construyen los relatos, sobre todo los familiares, que no se originan en una correspondencia temporal o intencionada, sino que se elaboran en diferentes tiempos, propiciados en la cotidianidad, y que incluso definieron las orientaciones profesionales de la autora.

A diferencia de la escritura que estamos habituados a realizar en función del campo disciplinar que hemos elegido (en mi caso historia); el ejercicio de historia oral que nos propusimos abrió una puerta de posibilidades que no solo agilizó y enriqueció aquel *habitus* sino que, por sobre todas las cosas, me permitió reflexionar sobre mis propias elecciones, prácticas e interpretaciones personales y profesionales [...] La historia que me propuse reconstruir, que se encontraba detrás de las memorias sociales arraigadas y de las historias familiares tantas veces escuchadas, es una historia de militancias, de resistencias, de violencia política; es una historia que de alguna manera atravesó mi vida en muchas de mis elecciones e intereses actuales (Raina, 21.10.2017).

“La otra resistencia. Reflexiones sobre silencios, violencias y género en la Resistencia peronista (1955-1965)” de Anabella Gorza, analiza las razones que condenaron a la Resistencia peronista, desplegada durante los diez años que siguieron al golpe de Estado de 1955, a un lugar marginal en la memoria colectiva respecto de otros períodos históricos. Asimismo, da cuenta de otro silenciamiento, aquel que eliminó a las mujeres de los relatos sobre la Resistencia, o que las condenó a un papel de mero apéndice de actividades llevadas a cabo por militantes varones. El análisis toma como base la perspectiva de género vinculada con los aportes de la historia oral, desarrollado a través de entrevistas propias realizadas a militantes de la época, junto con entrevistas disponibles en archivos públicos y testimonios extraídos de libros de divulgación y películas. No obstante, expresa la autora, estos distintos soportes fueron un desafío que pudo allanar y concatenar gracias a la historia oral.

Lo que parecía ser una limitación contenía interesantes dimensiones de análisis que me permitieron darle un tratamiento no tradicional a esas entrevistas y a otros materiales de historia oral que iba acumulando; esos retazos de historias, muchas veces incoherentes, fragmentados, para los que no encontraba un hilo conductor acorde a mis expectativas de lo que debía ser un trabajo de investigación, y para lo cual me resultaron muy iluminadoras sus reflexiones sobre la memoria y sobre la violencia. Memorias monumento, memorias fosilizadas, memorias individuales y colectivas, públicas y privadas. Capas de memoria que se superponen y un presente que fluye, que ya ha pasado a ser pasado, y que nos obliga a preguntarnos permanentemente por los nuevos sentidos construidos (Gorza, 31.10.2017).

Otra historia resistente es la que nos presenta Axel Binder con su trabajo “Cuatro miradas sobre el ‘Trelewazo’. Memorias en torno a una experiencia de lucha popular”, en el que señala que la memoria no es homogénea como tampoco lo fueron los actores involucrados, ni las posiciones políticas asumidas, ni los intereses puestos en juego. Un variado mosaico de sentidos se despliega en torno a su significado, en el que se podrían identificar dos formas predominantes de memoria: una liberal y otra popular. Lo que se juega entre ambas, afirma Binder, es la representación de una inédita experiencia política

de masas. Este acercamiento a la historia oral significó para el autor una reflexión profunda sobre la objetividad a través de la entrevista.

Me reveló la futilidad de tales advertencias “metodológicas” y de pretender establecer una distancia profesional en un diálogo entre dos personas [...] La empatía y la proximidad me permitieron entender, con pocas palabras sin demasiadas explicaciones, de dónde y por qué era que esos recuerdos dolían en ella. Fui entendiendo que uno puede conmoverse e involucrarse con el relato, y aun así obtener lecciones para la historia (que son en realidad para el presente). La empatía no inhabilita la dimensión analítica, por el contrario la enriquece, haciéndonos más receptivos para entrar en contacto con otras tramas históricas y con otras texturas de la memoria; aspectos subjetivos (pero objetivables) de una riqueza humana que pocas fuentes pueden aportar; solo hay que saber escuchar. Así fui entendiendo que la historia oral es mucho más que una entrevista (Binder, 27.10.2017).

Nada más incómodo para una sociedad que tiende al silencio y al olvido que poner en escena la memoria de la represión sobre los cuerpos de las mujeres en contextos dictatoriales y de violencia. Sobre ello, justamente, escribe Victoria Álvarez en su texto “Género y violencia: memorias de la represión sobre los cuerpos de las mujeres durante la última dictadura militar argentina”. Allí da cuenta de las distintas formas de la violencia sexual a las que fueron sometidas las mujeres en los centros clandestinos de detención y reflexiona sobre el lugar que tuvieron las (im)posibilidades de escucha de sus vivencias y sus experiencias. Según la autora,

las narraciones sobre violencia sexual resultan inescindibles de su carácter de denuncia. Al desplazarse levemente del lugar, casi excluyente, de víctimas deshumanizadas se abren caminos para la reflexión acerca de la capacidad para actuar en condiciones de extrema vulnerabilidad que las lleva a contar sus respectivos “no”, a enunciar sus homenajes a quienes ya no están y presentarse como aquellas que quieren y pueden atestiguar [...] Narrar lo vivido -y entre otras cosas, las resistencias y solidaridades- es también una forma *a posteriori* de resistir, de enfrentar la impunidad y de combatir la imposibilidad de escucha.

Un trabajo de historia oral, se vuelve entonces una reflexión mucho más sensible a lo que los sujetos vivieron, sintieron y recuerdan. Particularmente en mi investigación, más allá de confirmar que hubo distintas formas de violencia sexual en todos los centros clandestinos de detención del país, me permitió indagar en las posibilidades que tuvieron de narrar sus experiencias luego, lo que significó para ellas esta forma específica de violencia y lo que significa poder contarlo actualmente en distintos ámbitos (Álvarez, 31.10.2017).

Por su parte, Eleonora Bretal recupera, en su *“No estar metido en nada: vivencias y representaciones de obreros de Swift (Berisso) en torno a la época de los militares”*, las representaciones y recuerdos de los trabajadores del frigorífico en los años 70, que evocan los acontecimientos más resonantes de la violencia política paraestatal y estatal de la década, y enfoca su perspectiva en dos tipos de narraciones: las de los obreros que fueron militantes y las de aquellos que no tenían militancia de izquierda. Asimismo, analiza las memorias obreras en dos sentidos. El primero explora las huellas del disciplinamiento social que fue llevado a cabo a través del terror, en la rememoración de escenas de la vida diaria en las cuales aparece la violencia estatal, camuflada de cotidianidad.

En esos detalles y apreciaciones que ofrece la memoria puede jugarse el sentido de la historia; en esa textura que pone de relieve la historia oral es que algunas nociones teóricas adquieren materialidad. El terrorismo de Estado -como concepto- se despoja de toda abstracción y se hace concreto en el recuerdo de Ernestina: el miedo, sutil pero constante, con el que coexistía: de que su hija, debido a sus problemas auditivos, no se detuviese ante una “voz de alto” y se *la llevaran* [...].

Bretal advierte que algunos relatos obreros, al posicionarse como “actores externos”, reproducen una estructura narrativa de memoria análoga a la de los “dos demonios”. Pero escuchando con atención, descubre una diferencia fundamental *“la mayoría de los entrevistados no manifestó miedo a ambos ‘demonios’. Los operarios asociaron las situaciones de temor solo al proceder de los agentes represores y no al de la izquierda armada”*. Una mirada poco incisiva, atrapada en la textualidad del enunciado, hubiese

reproducido el ideario de “gente común”, como de terceros inocuos; como si fuese una parte del pueblo escindida de la trama de relaciones sociales afectadas por la dictadura, y al abrigo del disciplinamiento que desplegó el terrorismo de Estado; olvidando que es precisamente para escarmiento de ellos que resuena el suplicio (Binder sobre Bretal, 27.10.2017).

El segundo registro examina los sentidos comunes y las zonas grises en los relatos de sus entrevistados, al destacar su ajenidad en el contexto de la dictadura.

La postura de “no estar metido en nada” durante la *época de los militares* señalada por varios trabajadores entrevistados, que aparece como una tercera posición de rechazo a la violencia ejercida por otros actores, y que está ligada a su no reconocimiento como víctimas, a pesar de las experiencias de disciplinamiento social vividas, puede ser asociada a la aceptación de “zona gris” utilizada por Portelli. La “zona gris” alude a la sociedad italiana “que no tomó partido” entre la Resistencia y el fascismo. Las referencias a “no estar metido en nada” en la última dictadura argentina y “no tomar partido” en el fascismo italiano compartirían ser parte de sentidos comunes de sus propias sociedades, que aluden a una ajenidad de los hechos históricos y a una no responsabilidad de la violencia y de las relaciones entre las víctimas y sus perpetradores (Bretal, 1.11.2017).

En su trabajo “Violencia política, memoria y género: mujeres del Frente Patriótico Manuel Rodríguez” nuestra compañera chilena Javiera Robles expone la invisibilidad de las mujeres en la historia en cuanto actores sociales, así como en el análisis historiográfico. Por tal motivo, su capítulo indaga en la trayectoria de mujeres que integraron el Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR), brazo armado del Partido Comunista Chileno. Mediante el análisis de entrevistas, la autora aborda los aspectos subjetivos de la militancia, problematizando los silencios imperantes dentro de los relatos de la organización y visibilizando, desde una perspectiva feminista, las tensiones y las dinámicas internas, lo cual complejiza, a su vez, los discursos oficiales de la militancia armada. Construye esta mirada en dos espacios: el primero se ubica en el escenario nacional donde se sitúa la rememoración de la historia militante de las entrevistadas, tomando en consideración la conmemoración de los cua-

renta años del golpe de Estado en Chile, lo cual posibilitó nuevas condiciones de decibilidad y audibilidad. En una segunda parte, analiza la experiencia de la violencia política de las militantes y su trayectoria, aquello que decantó en el ingreso al FPMR, y problematiza cómo el ejercicio de la violencia repercutió a la hora de poner en sentido sus recuerdos en el acto de las entrevistas.

Ante la falta de registro escrito, la oralidad adquiere una potencia central, sobre todo cuando esa oralidad y transmisión de experiencias se centra en *develar* las subjetividades que permean lo político, problematizando no solo las preguntas que le hacemos al pasado, sino a la propia relación pasado/presente. Posibilita también fijar la mirada no en los grandes acontecimientos ni en el relato de lo heroico, sino en lo que dejó huella, en los grises de la historia, en las cotidianidades de la vida, politizando lo históricamente considerado no-político y reposicionando a las mujeres en la historia (Robles, 1.11.2017).

Finalmente, el último apartado de este libro aborda las *historias representativas*, enmarcadas en únicos relatos, biográficos o mitológicos, en los que se intenta demostrar cuál es el peso que tiene lo personal, lo biográfico y subjetivo en relación con lo social, lo historiográfico y lo colectivo. Los tres trabajos apuntan a dar cuenta de la pregunta metodológica sobre si es posible generalizar a partir de experiencias individuales y si se pueden reconstruir uno o varios hechos históricos, transitados por una misma persona o colectivo, a través del tiempo. En este sentido, el capítulo de Patricia Flier titulado “*El dolor no desaparece jamás y el exilio es un dolor*. Horacio Abdala, una reflexión en torno a la experiencia exiliar de un trabajador bancario” se propone contribuir a la visibilización de la historia de los exilios de los/as trabajadores/as a los que se vieron forzados millares de argentinos/as en tiempos del terrorismo de Estado en Argentina. El trabajo profundiza en dos aspectos: el primero, el exilio de los obreros —y no el de los dirigentes sindicales, experiencia algo más trabajada en el campo académico—; y el segundo, el fenómeno del *exilio de los miedos*, un estado de ánimo que perduró en este actor, no obstante haber transcurrido 40 años desde la obligada partida inicial. El vértice de este texto es Horacio Abdala, un ex trabajador bancario, quien recorre esta y otras experiencias, relevando las implicaciones personales que tuvieron el exilio y

sus múltiples retornos a la Argentina, marcados por la pérdida, la frustración y el miedo.

Entre varios testimonios resguardados escogí uno. La porfiada búsqueda por reencontrar los sentidos del pasado y su ilación con el futuro, sus preguntas dolientes sobre las fracturas que el exilio impuso a su vida y su ansiedad por recobrar la voz silenciada por el miedo, entre otras cuestiones y razones, hizo que esta serie de entrevistas mantenidas con un ex trabajador bancario, Horacio Abdala, reuniera todos los requisitos necesarios para impulsar esta reflexión académica sobre la experiencia del destierro vivida por un integrante del mundo del trabajo argentino (Flier, en este libro).

La segunda historia representativa que compone este apartado es el texto “*Por la paz haremos hasta lo imposible, incluso la guerra*’. Entre holocaustos y militancias: memorias del M-19 a través del relato de Vera Grabe Loewenherz”, de Lorena Cardona González. Este trabajo, a diferencia de los otros capítulos, basa su análisis en el libro biográfico *Del silencio de mi cello. Razones de vida* (2011) de la militante colombiana, en el que da cuenta de su historia de vida y también del modo como se fue configurando política y socialmente Colombia a partir de la década de 1970, período de fuerte radicalidad política en América Latina. Su vida se mueve y es atravesada por acontecimientos nodales en el ámbito nacional; asimismo, su trayectoria está signada por diversos factores personales y colectivos como la migración de sus padres desde Alemania, víctimas del Holocausto, y su posición como mujer dentro de las tramas del poder y de la subversión organizada.

El silencio de mi cello. Razones de vida no es un documento que pueda leerse o interpretarse bajo la premisa de la cronología o la coherencia, es más, ninguna historia de vida pretende llegar a ello. Obviamente, los mecanismos que contienen y configuran el recuerdo, y la manera como ellos mismos se elaboran en la escritura, no obedecen a las formas convencionales del lenguaje o a los esquemas habituales de la ciencia social en la que todo se “compagina” de manera armónica (Portelli, 2016). Por el contrario, una historia oral o una escritura sobre vivencias personales es una pretensión comprensiva sobre las formas en las que los sujetos

se instalan en la historia y le dan sentido a la misma. En este sentido, la construcción que hace Vera Grabe de su vida, de su participación en el M-19 y de su actual visión del país está constantemente permeada por los elementos identitarios que la constituyeron, por los cruces biográficos y familiares que definieron su accionar, por las consecuencias y dilemas a los que se vio enfrentada como madre y militante, y por las omisiones y aplazamientos que ella asume al haberse comprometido con el país (Cardona, en este libro).

Cierra este apartado el texto de Yazmín Conejo “La leyenda de la *X'tabay* en la Península de Yucatán, México. La *performance* cíclica y el imaginario colectivo en el paso de la oralidad a la escritura”, en el cual la autora analiza la leyenda de la *X'tabay* como una *performance* que le permite ir de la oralidad a la escritura y de la escritura a la voz a través de las múltiples resignificaciones de la leyenda dentro del imaginario colectivo de la Península de Yucatán. Asimismo, describe los cambios entre las historias orales y las narraciones literarias, rastreando los olvidos y las repeticiones que se han transmitido de generación en generación. Para tal efecto, Yazmín recurre a varias fuentes, orales y escritas, tales como textos históricos y antropológicos, adaptaciones literarias de las fuentes orales y dos canciones. Con estos soportes demuestra cómo la oralidad puede volverse tangible por medio de la escritura, y cómo esta puede perdurar en el “largo” tiempo —en este caso, a través de la leyenda de la *X'tabay*— e incluso traspasar fronteras.

Cuando hablamos de historias de transmisión oral que incluyen, en mi caso, la cosmogonía de pueblos ancestrales, la historia oral es base para rescatar esas subjetividades muchas veces perdidas entre las versiones del tiempo, las diferentes adaptaciones de una misma historia o los contextos cambiantes. En el trabajo que yo realizo, la historia oral es la conexión de la leyenda transmitida de generación en generación desde hace poco más de un siglo, según los pocos registros que hay al respecto; y complementado con la literatura que se gestó a raíz de las historias orales compartidas. Sin la historia oral ninguna de las versiones literarias de la leyenda de la *X'tabay* tendría una razón o vinculación entre ellas ni con el pasado precolombino; si acaso alguna de estas versiones llegara a sobre-

vivir, su estudio se centraría en un análisis literario estático e inmerso en la narratología, impidiendo la *performace* de movilidad e inmovilidad que le permite a la leyenda trascender. En este sentido, fue importante ver aquello que se transmite a través de la repetición, lo que se omite, lo que se olvida o “mal recuerda” con el paso del tiempo; porque ahí radican los significados (Conejo, 01.11.2017).

Un escenario importante en el que se enmarca esta obra es el espacio institucional que la acompaña, y en este sentido la Universidad Nacional de La Plata se ha constituido, desde el año 2000, en un ámbito académico de referencia regional e internacional por su decisión de trabajar en la construcción y consolidación del campo de los estudios en historia reciente. En este marco, se han dedicado enormes esfuerzos para entablar diálogos con diferentes universidades y con diversos académicos, como también para la organización de coloquios, congresos, seminarios, publicaciones; y, finalmente, para la creación de carreras de posgrado y trayectos formativos que se instalan y piensan sobre las cuestiones teórico-metodológicas que permiten comprender y explicar un *pasado que no pasa*. Entre las muchas iniciativas relacionadas con este tópico se encuentra este libro, que reconoce como antecedente y motivo de encuentro a la obra de Alessandro Portelli *Historias orales. Narración, imaginación y diálogo* (2016), cuya traducción y coordinación estuvieron a cargo de quienes escribimos este texto. Ese libro, que contiene casi cuarenta años de su trabajo y de su vida, reúne las voces, los acontecimientos, las personas que le dieron forma, pero que también fueron el desarrollo y la transformación de la historia oral,

de pariente pobre y marginal de la historiografía “seria” a convertirse en un instrumento de conocimiento articulado y reconocido, que ya no tiene que defender su dignidad de los prejuicios y las críticas positivistas sino que ha sabido servirse de ellas para elaborar una metodología cada vez más sofisticada y consciente, sumando a la credibilidad referencial la centralidad del diálogo y de la subjetividad (Portelli, 2016: 12-13).

Hacer historia oral es aprender a escuchar al otro/a, y nosotros aprendimos a escucharnos y a trabajar colectivamente. Este libro está lleno de complejidades y solidaridades, pero además de desafíos políticos, metodológicos

y éticos que aparecen en tiempos en los que emergen políticas de olvido, de silenciamiento, de omisiones y desplazamientos provocados por un neoliberalismo global que desprecia el pasado y privilegia un futuro cargado de promesas improbables. Estos tiempos también afectaron la escritura de este libro, particularmente por las aprehensiones que renacieron en algunos de los/as entrevistados/as, las que nos pusieron en tensión y nos corrieron de las certezas y consignas con las que realizábamos nuestra tarea de historiadores/as. Sin embargo, estos desafíos son inherentes al trabajo con la historia oral, el cual nos compromete desde el distanciamiento crítico requerido por nuestro oficio, sin perder la necesaria sensibilidad para escuchar y comprender al otro/a. Por último, trabajar con testimonios y personas vivas implica adoptar mayores vigilancias epistemológicas para escribir buena historia. Es por esta y por muchas de las razones aquí expuestas que este libro es diferente: diferente en su concepción y abordaje, diferente en su consecución y propuesta, diverso y divergente; pero ante todo, esperamos que sea convocante e inspirador de muchos otros.

Patricia Flier - Lorena Cardona

La Plata, diciembre de 2017

Referencias bibliográficas

- Portelli, A. (2016). *Historias orales: Narración, imaginación y diálogo*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación; Rosario : Prohistoria Ediciones.
- Grabe, V. (2011). *El silencio de mi cello. Razones de Vida*. Bogotá: Observatorio para la paz.

Lo que hace diferente a Alessandro Portelli

Lucía Abbattista

Lo que hace que una memoria sea democrática es la pluralidad,
y no que sea compartida [...]

La memoria está dividida, y sí... tiene que estar dividida.

Alessandro Portelli, *Historia y relato oral*

(Jaschek y Raggio, 2005, p. 38).

En abril del 2002, cuando aún resonaban por las calles argentinas las consignas *piquete* y *cacerola*, *la lucha es una sola* y el famoso *que se vayan todos*, las actividades universitarias comenzaron a restablecerse lentamente, entre huelgas y movilizaciones en defensa de la educación pública. En ese contexto, en la Universidad Nacional de La Plata (UNLP) se realizó el *I Coloquio Internacional de Historia y Memoria*, organizado por un colectivo de docentes e investigadores de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FaHCE), preocupados por el desarrollo de la historia reciente y vinculados con el trabajo de la Comisión Provincial por la Memoria (CPM). Los invitados internacionales al Coloquio mantuvieron su compromiso de viajar a pesar de las dificultades presupuestarias impuestas por la crisis y la inestabilidad política. Junto a Enzo Traverso, Marcello Flores, Josefina Cuesta Bustillo y Bruno Groppo, llegó por primera vez a La Plata Alessandro Portelli.

Sabemos que no fue su primera visita al país. Durante los años 90, con la difusión de algunos de sus trabajos de la mano de Dora Schwarzstein, se había vinculado con investigadores locales que participaban en los congresos internacionales sobre historia oral. Sin embargo, el vínculo que desarrolló desde entonces con el colectivo de La Plata fue diferente. En su gran mayoría,

quienes asistieron al coloquio apenas habían oído hablar de él con anterioridad, pero quedaron cautivados por sus intervenciones. Muchos destacan hoy la huella que dejó su reivindicación de los estudios a escala de los individuos; su atención a la subjetividad; el clima que envolvió a su conferencia sobre los mitos, rituales y símbolos en el caso de las Fosas Ardeatinas¹ y también lo sugestivo que resultó el interés con que registraba los pliegues de aquella Argentina convulsionada.

Del trabajo de aquel coloquio nació, a fin de año, la Maestría en Historia y Memoria, un ámbito de formación al que Sandro contribuyó profundamente con sus producciones escritas y visitas. Sus viajes periódicos a La Plata, desde entonces, nutrieron a distintas camadas de estudiantes e investigadores latinoamericanos de diferentes disciplinas. Ese es precisamente el caso de quienes hoy publicamos este libro junto con Patricia Flier. Ella fue quien lo convocó para el primer coloquio y construyó una amistad duradera. Las demás autoras y autores fuimos parte del grupo de estudiantes de posgrado que disfrutó uno de sus seminarios intensivos en septiembre del año 2013 y mantenemos a partir de aquel evento una relación basada en un profundo reconocimiento.

Aquel seminario se distinguió, creemos, por la cantidad de emociones y proyectos que movilizó. La visita compartida a la Casa Mariani Teruggi, un sitio de memoria local que se había nutrido de sus escritos para pensar sus propios mitos y silencios, y el recorrido posterior por las ruinas del Berisso industrial, que Portelli había conocido a partir de la obra de Daniel James, calaron hondo. También nos visitó al año siguiente, justo en aquellos días de agosto en que Estela de Carlotto, la presidenta de Abuelas de Plaza de Mayo, recuperó a su nieto, y “Chicha” Mariani recordaba el nacimiento de su nieta apropiada, Clara Anahí; de allí que con Laura Lenci hayamos disfrutado de la oportunidad grandiosa de acompañar sus entrevistas a ambas referentes platenses del movimiento de derechos humanos.

Del seminario de 2013 surgió además la necesidad de conocer y difundir

¹ Poco después publicada en la revista *Sociohistórica. Cuadernos del CISH* con el título “Las fronteras de la memoria. La masacre de las Fosas Ardeatinas. Historia, mito, rituales y símbolos” (Portelli, 2002a). Aquel artículo funcionó como anticipo en español de su libro *La orden ya fue ejecutada* (2004). Desde entonces es material de lectura y discusión para todos los ingresantes de la carrera de historia.

su obra en español más allá de los pocos trabajos que por entonces estaban disponibles. Algunas lo veníamos leyendo en inglés, en italiano o en portugués, pero esto limitaba demasiado su circulación e influencia. Con Virginia Sampietro publicamos un clásico en *Aletheia* y Lorena Cardona pensó en traducir uno más nuevo; pero entonces Patricia, decidida, le propuso una apuesta mayor: no podíamos seguir acercándonos a esos 40 años de trabajo de manera fragmentaria. Había que traducir y hacer posible la publicación en español de una antología de su extensa y variada obra. Lorena, con osadía y algo de temor, aceptó el desafío. El fruto de sus dos años de aprendizajes e intercambios cotidianos con Sandro fue *Historias orales. Narración, imaginación y diálogo* (2016), una compilación que nos enorgullece a todos por la profesionalidad y calidez con que fue realizada.

Hoy Sandro es Huésped de Honor (2013) y Doctor Honoris Causa (2014) de la UNLP, es decir que cuenta con las más altas distinciones que desde esta universidad podemos ofrecer. Lo leen estudiantes de primer año y también de posgrado, pero además tiene la gratitud del movimiento de derechos humanos local, al que los diversos aspectos de su obra —ahora accesibles en nuestro idioma— siguen inspirando.

Dicho esto, lo que podrán leer a continuación es un intento por historizar algunos de los más significativos aportes de sus trabajos “clásicos”; es decir, los que han circulado entre nosotros por más de una década. En especial, nos concentramos aquí en sus desarrollos sobre tres líneas de trabajo, siempre articulados: 1) su apuesta por la historia oral como proyecto democratizador de la sociedad y la cultura; 2) sus trabajos sobre las memorias de la clase obrera; y 3) el impacto de su intervención en las batallas por la memoria del antifascismo.

Recientemente otras dimensiones de su obra comenzaron a interpelar y operar como fuente de inspiración para las investigaciones locales, como se verá en este libro. Pero buscamos, con este primer recorrido, poner sobre la mesa —parafraseando su famoso trabajo en español sobre la historia oral— algo de lo más sustantivo que hizo y sigue haciendo diferente a Alessandro Portelli,² para quienes investigamos con el corazón *abajo y a la izquierda* desde este rincón del mundo.

² Nos referimos al trabajo “Lo que hace diferente a la historia oral” (1991), compilado por Dora Schwarzstein.

¿Qué sabemos de Alessandro Portelli?

Cualquier repaso biográfico es arbitrario, y en este caso es particularmente difícil. Sandro es un multifacético docente e investigador, especialista en literatura y cultura norteamericana, historiador oral, musicólogo, fundador de instituciones culturales, autor de canciones, organizador de colectivos intelectuales, con una extensa militancia política de izquierda, que ha realizado contribuciones en diferentes campos de estudio, irreverente frente a las fronteras disciplinares, sensible ante las sutilezas del lenguaje, que se brinda con especial humildad.

Por sus clases y diferentes entrevistas que brindó sabemos que nació durante la Segunda Guerra Mundial, el 21 de marzo de 1942, en Roma, Italia, pero creció en Terni, una pequeña localidad de la región de Umbría. Su madre era profesora de inglés, lo cual le permitió formarse desde pequeño con esa segunda lengua y su cultura como fuente de atracción.

Como define en su blog personal, sus principales pasiones siguen siendo “la igualdad, la libertad, la docencia, la música popular, la memoria, escuchar los relatos de las personas, los libros, las películas y el rock and roll” y ha procurado “no limitarse a estudiar y escribir sino también a organizar cultura, poner en pie instituciones, fundar revistas, compartir con otros a través de discos y libros, aquello que aprendí, organizar eventos, conciertos, encuentros, involucrar personas más jóvenes y abrirles espacios” (Portelli, 04.05.2006).

De adolescente asistió a un colegio salesiano y una experiencia temprana que lo marcó en sus gustos y orientaciones fue un intercambio estudiantil durante su último año del secundario, con el *American Field Service*, en la región de Los Ángeles (EEUU). Desde entonces siguió muy de cerca —apasionadamente, se podría decir— las derivas del *rock and roll*, las luchas por los derechos civiles, la invasión a Santo Domingo, la guerra de Vietnam, el asesinato de los Kennedy, Malcolm X y Martin Luther King y otras temáticas de los *sixties* norteamericanos (Portelli, 2011).

Sus estudios de grado fueron en la Universidad de Roma. Allí consiguió títulos en Jurisprudencia en 1966 y en Lenguas y Literaturas Extranjeras en 1972. Tempranamente se vinculó con la investigación, con la música y con la militancia política, dimensiones que nunca se van a escindir en su vida, tal

vez por ser parte de esa generación que, a fines de los sesenta, puso en jaque a la izquierda tradicional y cuestionó radicalmente a las instituciones académicas existentes.

En la primera parte de los años setenta visitó por primera vez el condado de Harlan, Kentucky, en un recorrido por la región con el sociólogo David Walls, del *Appalachian Studies Center* de la *University of Kentucky*. Ese viaje, realizado en 1973, le resultó sumamente inspirador por las figuras que tuvo oportunidad de conocer, pero también porque comprobó que mucho de lo que había oído y leído sobre la lucha de clases en esa región ya no era parte de la memoria viva de los nuevos referentes, y al querer conocer más sobre sus motivos, comenzó una relación con esa tierra y su gente.³ Primero consiguió becas para trabajar en el *Appalachian Studies Center* y luego desarrolló un grupo de estudios sobre aquella región en el Departamento de Inglés de la Universidad de Roma, con un activo programa de intercambio cultural que continúa hasta el día de hoy.

También por esos años conoció a Mariella Eboli, su futura esposa, con quien comparte desde entonces toda clase de proyectos, hijos y nietos.

Su carrera como docente universitario comenzó en una sede de la Universidad de Siena, poco después de titularse. Allí enseñó literatura angloamericana entre 1974 y 1981. En ese año se trasladó a la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad de Roma, *La Sapienza*, para continuar ofreciendo cursos vinculados con la misma área en las décadas siguientes.

Con el tiempo, a pesar de la inmensa cantidad de iniciativas en las que ha participado, la mayor visibilidad pública, nacional e internacional de Portelli ha tenido que ver con su rol como referente de la historia oral. Sus trabajos en este terreno son de lo más variados, aunque aquí han cobrado notoriedad solo algunos de ellos, al lento ritmo de las traducciones: aquellos más específicamente metodológicos sobre la oralidad; los que tratan sobre las memorias de los obreros de Terni en la posguerra; los que abordaron los conflictos por la memoria del antifascismo durante la Segunda República italiana; y los que está desarrollando en la actualidad, concentrados en las memorias de los migrantes, sobre los que brindó conferencias en sus últimos viajes a la Argentina.

³ En su trabajo sobre Harlan publicado por la Oxford University Press en 2011, menciona, por ejemplo, que desde 1986 tuvo la oportunidad excepcional de viajar todos los años a esa región.

Para entender su recorrido y sus inquietudes también es importante destacar que uno de los principales proyectos colectivos de los que Portelli ha formado parte —y lo sigue haciendo— es el Instituto Ernesto de Martino,⁴ fundado en 1966 por Gianni Bosio⁵ y Alberto Mario Cirese,⁶ entre otros, con el objetivo de construir un primer archivo sonoro de Europa. Estos historiadores, pioneros de la historia oral, creían que era necesario buscar fuentes que dieran cuenta de la vida cotidiana y la subjetividad de los obreros y campesinos, y entendían que la música popular era una fuente histórica clave para estudiar a las clases no hegemónicas (Bretal, Matas, Monacci y Nieto, 2014).

Con esos ejemplos y grabador en mano, Portelli comenzó ya a fines de los años sesenta a recorrer Italia de norte a sur, para recuperar canciones que dieran cuenta de las historias de lucha del pueblo.⁷

⁴ Ernesto de Martino (1908-1965) fue un filósofo, historiador de las religiones y antropólogo italiano, nacido en Nápoles, que en los años 50 comenzó una investigación sobre la cultura tradicional de Italia del sur, de Lucania y de la Puglia, las regiones por entonces más subdesarrolladas y excluidas del país. Portelli siempre resalta que de Martino pensaba su trabajo como ciudadano que tenía por objetivo construir una historia compartida, una historia común, inclusiva de aquella multiplicidad de experiencias. El Instituto que hoy lleva su nombre fue fundado en Milán a un año de su muerte y reunió numerosas iniciativas culturales, educativas y de investigación, entre las que se cuenta la mencionada constitución de un archivo sonoro. Sigue funcionando hasta la actualidad —ahora en Florencia— y en su sitio web <http://www.iedm.it/> pueden consultarse sus fondos documentales y actividades programadas.

⁵ Gianni Bosio (1923-1971) fue un historiador socialista de izquierda, nacido en la región de la Lombardía, miembro del Partido Socialista Italiano. Tuvo una intensa actividad antifascista de joven y como intelectual su principal preocupación era la vida cotidiana de la clase obrera. Antes de fundar el mencionado Instituto, fue organizador del grupo de escritores y músicos conocido como *Nuovo Canzoniere Italiano* (1962-1965) de Milán, que fundó una revista, impulsó la realización de espectáculos y desarrolló un proyecto discográfico con música folklórica de tradición combativa.

⁶ Alberto Mario Cirese (1921-2011) fue un antropólogo italiano nacido en Avezzano, de la región de Abruzzo, formado en la Universidad de Roma, con activa participación política. Escribió para numerosas revistas de izquierda y a mediados de los años 50 se sumó a la comisión de cultura del Partido Socialista Italiano. Como estudiante y docente estuvo muy en contacto con Ernesto de Martino y sus perspectivas. En la universidad ofreció cursos sobre tradiciones populares en literatura, antropología cultural y otras problemáticas, en especial en la Universidad de Cagliari, y sus investigaciones han ido de la reconstrucción de historias locales a los grandes debates teóricos sobre cultura popular y cultura hegemónica.

⁷ Similares inquietudes a las que, en el Cono Sur de América Latina, inspiraron a figuras como Violeta Parra, Leda Valladares o Atahualpa Yupanqui. Sin embargo, en el recorrido de Portelli hubo un momento en que su interés se fue desplazando cada vez más desde el registro de las canciones populares hacia los relatos de los músicos populares sobre los temas que interpretaban y sobre sí mismos.

Poco después, en 1972, sin alejarse del Instituto, fue fundador del *Circolo Gianni Bosio*.⁸ El núcleo original de este *Circolo* estuvo en Roma y entre sus primeros objetivos apuntó también a investigar el folklore, la historia oral y la cultura popular italiana para desarrollar un conocimiento crítico y estimular, a su vez, la visibilidad de esta cultura en la sociedad (Portelli, 1999). Como ha señalado Portelli, el *Circolo* comprendió que no podría haber revolución, ni cambio, ni democracia “sin la habilidad y el esfuerzo de recordar, de contar, de inventar, sin la base elemental que es el ejercicio del poder del habla” (1999, p. 6). Ese relevamiento de canciones y entrevistas orales ha contribuido también a construir, en las últimas décadas, una escuela de música y un archivo: el Archivo Sonoro y Biblioteca Franco Coggiola,⁹ abierto al público en general, en el que hacen su aporte investigadores y conjuntos musicales comprometidos para iniciativas discográficas autogestivas.

Durante las últimas décadas, en diferentes intervalos, Portelli ha sido el presidente de la institución, que funciona hoy en la *Casa della Memoria e della Storia* de Roma,¹⁰ lo que le permitió desarrollar esa dimensión propia que lo

⁸ El *Circolo* nació en la casa de la cantautora y etnomusicóloga Giovanna Marini (1937), con la participación, entre otros, del músico Paolo Pietrangeli (1945), integrantes del *Canzoniere del Lazio*, un grupo de teatro y de música que era llamado previamente Colectivo Gianni Bosio, y varias personas sueltas con militancias en el PC italiano o en la nueva izquierda. Tomaron el nombre de Bosio, que había fallecido el año anterior, como una forma de homenaje. Crearon primero un boletín y luego una revista llamada *I giorni cantati*, que funcionó intermitentemente hasta comienzos de los años noventa. Y desde sus primeros tiempos también impulsan actividades educativas y de investigación, así como espectáculos de intervención cultural.

A comienzos de los 90 el *Circolo* había dejado de existir, pero sus integrantes nunca perdieron el interés ni el contacto y relanzaron la institución en 1999. Allí comenzó su segunda vida (Portelli, 2005; Marini, 2005). Es por ese motivo que el artículo de Portelli de mediados de los años 90 que celebra la experiencia del *Circolo* se refiere a la misma en pasado (Portelli, 1999).

⁹ Franco Coggiola (1929-1996) fue un etnomusicólogo y archivista italiano. Al ser muy cercano al grupo Nuovo Canzoniere Italiano en que participaba Gianni Bosio, se sumó en 1965 como investigador y responsable de archivo al Instituto Ernesto de Martino, donde produjo también gran cantidad de trabajos discográficos. Se desempeñó como director del Instituto a partir de 1972 y presidente desde 1981 hasta su muerte. El archivo que lleva su nombre fue fundado en el año 2001 y reúne más de 5000 audios, e incluye, entre otros, el fondo de Giovanna Marini que agrupa grabaciones desde comienzos de los años sesenta.

¹⁰ La *Casa della Memoria e della Storia* de Roma se inauguró en 2006 y reúne a las organizaciones de veteranos antifascistas, de partisanos, de ex presos políticos y deportados, el Instituto Romano para la historia de Italia desde el fascismo a la resistencia y el *Circolo Gianni Bosio*. Está ubicada en un barrio popular y en su edificio funcionó previamente la escuela judía

mueve hacia la intervención cultural y política en sentido amplio, mucho más allá de los márgenes de la academia. Al igual que con la fundación de la revista Ácoma,¹¹ con las colaboraciones para las publicaciones *Il Manifesto*, *L'Unità* y *Liberazione*,¹² como integrante de la junta del IRSIFAR (Instituto romano para la Historia de Italia del fascismo a la Resistencia), en cuanto miembro de la ANPI (Asociación Nacional de Partisanos Italianos) y en el cumplimiento de funciones públicas como la de director general de la Alcaldía de Roma para la protección y mejora de la memoria histórica de la ciudad, cargo que desempeñó entre los años 2002 y 2008.

En lo que hace a la circulación de sus trabajos, por su familiaridad con la lengua y la influencia de sus investigaciones en Estados Unidos, parte de su obra ha sido publicada originalmente en italiano y otra directamente en inglés, con posteriores traducciones al portugués y al español. Sus libros más influyentes en el ámbito internacional salieron a la luz a partir de los años noventa. En Italia actualmente lo publica Donzelli, editorial nacida de un colectivo de intelectuales críticos a comienzos de 1993,¹³ y en Estados Unidos

de Roma (Portelli en Jaschek y Raggio, 2005, p. 39). Más información en www.comune.roma.it/pcr/it/casa_dellamemoria_dellastoria.page

¹¹ Revista internacional de estudios norteamericanos fundada en 1994 por Bruno Cartosio y Alessandro Portelli. Actualmente es dirigida por Donatella Izzo, Giorgio Mariani y Stefano Rosso. Tiene frecuencia bianual y desde el año 2015 solo se publica en formato digital. Disponible en <http://www.acoma.it/>

¹² *Il Manifesto* es un diario italiano de izquierda pero independiente de los partidos, fundado en 1969, propiedad de una cooperativa de periodistas e imprenteros. Portelli colabora en él desde 1972. *L'Unità* es un diario fundado en 1924 por Antonio Gramsci, que hasta el año 1991 fue el diario oficial del Partido Comunista. Luego lo ha sido del Partido Democrático de la Izquierda, de los Demócratas de Izquierda y también de propiedad privada. Actualmente lo edita *Nuova Iniziativa Editoriale*. Por último, *Liberazione* fue un periódico de izquierda publicado entre 1991 y 2014 por el Partido de la Refundación Comunista.

¹³ Donzelli fue fundada en Roma por el editor Carmine Donzelli —de larga experiencia en las editoriales Einaudi y Marsilio— junto con un colectivo de intelectuales, entre los que se encontraba Portelli, “celoso de su autonomía, dotado de gran entusiasmo pero con limitados recursos financieros, que decide en aquel momento poner en juego la experiencia adquirida en años anteriores en torno a la revista ‘Meridiana’, fundando una casa editorial, para enfrentar el mundo que tenía por delante. Un mundo nuevo, post-ideológico, hecho de identidades trituradas antes que de certezas tranquilizadoras, de conflictos complejos antes que de antagonismos definitivos. Y, a pesar de esto, un mundo abierto: al ansia, a las inquietudes, a la curiosidad y la exploración”. En www.donzelli.it/chi-siamo (traducción propia).

lo hacen editoriales universitarias como *State University of New York Press*, Columbia, Wisconsin y *Oxford University Press*.

Entre sus decenas de escritos podemos mencionar, al menos, los libros de su autoría: *La canzone popolare in America. La rivoluzione musicale di Woody Guthrie* (1975); *Biografia di una città. Storia e racconto: Terni 1831-1984* (1985); *The Death of Luigi Trastulli and Other Stories. Form and Meaning in Oral History* (1991); *Il testo e la voce. Oralità, letteratura e democrazia in America* (1992); *La linea del colore. Saggi sulla cultura afroamericana* (1994); *The Battle of Valle Giulia. Oral History and the Art of Dialogue* (1997); *L'Ordine è già stato eseguito. Roma, le fosse Ardeatine, la memoria* (1999); *América, dopo. Immaginario e immaginazione* (2002); *Canoni Americani. Oralità, letteratura, cinema, música* (2004); *Storie orali. Racconto, immaginazione, diálogo* (2007); *Acciai Speciali. Terni, la Thyssen Krupp, la globalizzazione* (2008); *They say in Harlan County. An Oral History* (2011), *Note americane. Musica e culture degli Stati Uniti* (2011) y *Badlands: Springsteen e l'America* (2015); pero participó también en numerosas compilaciones.

Con algún margen de error, podemos afirmar que sus primeros artículos difundidos en Argentina fueron “Lo que hace diferente a la historia oral” (1991), que compiló Dora Schwarzstein en uno de los libros pioneros en el país sobre esta corriente, del Centro Editor de América Latina; una traducción de su conferencia sobre el Circolo Gianni Bosio (1999) en la revista *Taller* y luego, ya en el contexto pos-2001, comenzaron a llegar sus trabajos sobre las memorias italianas del antifascismo, tanto en la revista *Sociohistórica*, tras su participación en el I Coloquio Internacional de Historia y Memoria (18 al 20 de abril de 2002) realizado en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UNLP, como en la colección de libros *Memorias de la Represión* dirigida por Elizabeth Jelin y Carlos Iván Degregori, publicada por Siglo XXI España, que tenía por objetivo promover la investigación y la formación de investigadores sobre las memorias de la represión política en el Cono Sur.

Después, por supuesto, llegó su libro *La orden ya fue ejecutada* (2004) y una cada vez más frecuente participación de Portelli en eventos locales, brindando asimismo seminarios como los ofrecidos en la Maestría en Historia y Memoria de la UNLP, donde tuvimos la oportunidad de conocerlo.

La historia oral y el poder democratizador de la palabra

Si bien es habitual que todos los movimientos intelectuales construyan sobre sí mismos relatos míticos de marginalidad en relación con las instituciones dominantes, en el caso de la corriente de historia oral de Italia en la que Portelli se entronca, ese recurso tiene poco de exageración. Esto es válido al menos en lo que se refiere al vínculo que existió durante décadas entre sus figuras y los campos disciplinares más consolidados en el mundo universitario, como el historiográfico.

De hecho, allí la historia oral no se originó como práctica académica. Portelli ubica los antecedentes de esta corriente en las obras de los ya mencionados Ernesto de Martino y de Gianni Bosio, así como en las de Danilo Montaldi y Rocco Scotellaro,¹⁴ preocupados, como ya hemos visto, por la cultura y la participación popular, con posiciones políticas de izquierda heréticas ante las líneas oficiales del impetuoso Partido Comunista y del Partido Socialista italianos. Bosio, por ejemplo, planteaba que:

La intención del trabajo cultural es armar a la clase de sus propias armas, hacer de modo que los excluidos, los explotados, los marginados, se den cuenta de la importancia de sus vidas, de su saber, de sus palabras. Y de que es un saber social, es un saber colectivo. Y que nosotros, los intelectuales, que trabajamos en esa arena, devolvamos su saber de una manera más crítica, más analítica, que como lo recibimos. Se trata entonces de recoger sus historias, recoger sus palabras. Ese es el primer nivel. Luego viene un trabajo de analizarlas, conectarlas, elevarlas a un nivel superior de análisis y, después, de llevarlo de vuelta a las fuentes (Portelli, 2010, pp. 10-11; traducción propia).

Luego suele mencionar a aquellos referentes que, si bien tenían inserción universitaria, no eran reconocidos en ese ámbito como historiadores orales. Sus proyectos eran asumidos de manera alternativa, eran subestimados por sus colegas y fueron haciendo camino al andar: el historiador Cesare

¹⁴ De la misma manera Gianni Bosio, Danilo Montaldi (1929-1975) y Rocco Scotellaro (1923-1953) son destacados por nuestro autor entre los escritores y referentes políticos de la posguerra que apostaban a incluir a los sectores populares en la historia como sujetos activos de la política y de la democracia (Portelli, 2010).

Bermani, con un recorrido muy cercano al de Gianni Bosio;¹⁵ la socióloga Gabriella Gribaudo,¹⁶ primera presidenta de la *Associazione Italiana di Storia Orale* – AISO;¹⁷ la historiadora feminista Luisa Passerini,¹⁸ muy reivindicada por Portelli por sus trabajos sobre la importancia de los silencios, y Giovanni

¹⁵ Cesare Bermani nació en 1937 y vive en Orta San Giulio, de la región del Piamonte italiano. Es un historiador, dramaturgo y —ocasionalmente— cantante, fundador del Instituto Ernesto de Martino. Ha sido de los primeros en Italia en utilizar las narraciones orales con fines históricos y sus intereses siempre han girado en torno a la historia del movimiento obrero y popular. Se desempeñó como redactor y director de diversas revistas como *Il nuovo canzoniere italiano*, *Primo Maggio*, *Il de Martino*, colaborador de *I giorni cantati* y actualmente escribe ensayos para *L'impegno* y *Musica/Realtà*. Ha escrito obras teatrales y ha editado muchos discos registrando el canto popular y social para la discográfica *I Dischi del Sole* de Edizioni Avanti! (cantos jacobinos, garibaldinos, anarquistas, socialistas, comunistas y de la resistencia), así como publicado notas en diarios y periódicos de izquierda. Se cuenta entre los promotores de la Asociación Italiana de Historia Oral, sección de la *International Oral History Association*. Más información en www.storia900bivc.it/pagine/biografie/bermani.html

¹⁶ Gabriella Gribaudo nació en Turín y obtuvo su título en Historia en la Universidad de dicha ciudad. En 1974 recibió una beca del Centro de Especialización y Desarrollo para Italia del Sur, cerca de Nápoles. Ha trabajado como investigadora del Departamento de Disciplinas Históricas de la Universidad Federico II de esa localidad y brevemente en la Universidad de Bari. Desde 1994 enseña Historia Contemporánea en la Facultad de Sociología de la Universidad Federico II y entre 2001 y 2007 se ha desempeñado como directora del Departamento de Sociología de dicha universidad. Se ha dedicado siempre a la historia social del sur de Italia, y ha desarrollado también reflexiones sobre problemas metodológicos de la relación entre la historia y las ciencias sociales, sobre las investigaciones micro y macro, sobre la memoria y la historia, así como la memoria y el trauma. Según su perfil académico, en los últimos años se ha dedicado a investigar diferentes procesos de la Segunda Guerra Mundial y la violencia sobre civiles, comparando la documentación oficial y la experiencia de hombres y mujeres; es decir, las miradas “desde arriba” y “desde abajo” de los acontecimientos. Participa en numerosos consejos editoriales y centros de investigaciones de universidades europeas, de publicaciones académicas; es responsable del proyecto Memorias del Territorio, y por su recorrido, entre 2006 y 2013 ejerció como presidenta de la AISO.

¹⁷ La AISO se fundó en Roma en el año 2006 para responder a la invitación realizada por la International Oral History Association a los investigadores italianos, durante un congreso internacional que tuvo lugar en Roma en 2004, para que organizaran una estructura capaz de reunir, estimular intercambios y mantener comunicados a los diferentes grupos, instituciones e individuos que trabajan con las fuentes orales en el país. Hoy tiene sede en la Universidad de Padua. Desconocemos las razones por las cuales Portelli no forma ni ha formado parte de su consejo directivo. Para más información puede consultarse www.aisoitalia.it/

¹⁸ Luisa Passerini es una historiadora y militante feminista y antiimperialista, nacida en 1941 en Asti, Italia. Se abocó a la historia oral y ha producido significativas reflexiones sobre la oralidad desde el psicoanálisis. Daba clases en universidades de New York, pero tenía poca aceptación en el mundo académico italiano. Hoy dirige el proyecto *Bodies Across Borders: Oral and Visual Memory in Europe and Beyond*, en el *European University Institute* de Florencia.

Contini,¹⁹ actual presidente de la AISO, con el que a menudo Portelli discute en sus trabajos (como en el caso del de Civitella).

Sin duda, las experiencias fundantes de las opciones que fue haciendo Portelli en el marco de esta corriente, que hacen singular a su camino, han sido sus ya mencionadas participaciones en el Instituto Ernesto de Martino y en el Circolo Gianni Bosio. Allí, colectivamente, esos núcleos de investigadores fueron definiendo —mientras recorrían de pueblo en pueblo en busca de canciones políticas italianas, nunca antes registradas— que la historia oral debía construirse a partir de la búsqueda de la igualdad y con conciencia de la diferencia, ya fuera para pensar una historia alternativa o para desentrañar una historia oculta, donde la subjetividad, los sentimientos y las pasiones también tuvieran lugar.

Esto es clave porque así entienden que la cultura de los grupos “aún no hegemónicos” (Portelli prefiere llamarlos así antes que recurrir al gramsciano “subalternos”) debe ser reconocida, tanto como la importancia que tiene la lucha de clases en la arena cultural. En el marco de esa lucha, siguiendo los pasos de Bosio, la tarea de los intelectuales sería promover el reconocimiento de los derechos, saberes e identidades de esos sujetos excluidos, para contribuir al cambio en las relaciones de poder (Portelli, 2010). Porque las clases dominantes, además del poder político y económico, han monopolizado los medios para dejar su huella en los relatos históricos.

De ahí que en diferentes oportunidades escuchamos a Portelli insistir en algo que podría parecer evidente pero que no lo es tanto, si pensamos en la tradición de muchas de nuestras ciencias sociales: lo más valioso de la historia oral es que brinda la oportunidad de trabajar con seres humanos, de realizar un trabajo dialógico. Así, mediante el trabajo específico de investigación

¹⁹ Giovanni Contini Bonacossi se formó en la Facultad de Letras y Filosofía de la Universidad de Florencia. Se define como historiador oral, aunque es más reconocido en Italia por su trabajo como archivista. Desde mediados de los años ochenta trabajó como responsable de los archivos audiovisuales de la Superintendencia Archivística de la Toscana, en el desarrollo de proyectos orales y audiovisuales sobre historia política, historia de la identidad local, de los distritos industriales y, en general, de la actividad productiva típica de la región. Según su breve reseña autobiográfica en la web de la Asociación Italiana de Historia Oral, también se ha dedicado a la historia social (de obreros industriales, aparceros, artesanos), a la historia de la Segunda Guerra Mundial (en particular a las masacres de civiles realizadas por las tropas alemanas entre 1944 y 1945) y a la metodología de las fuentes orales en la historiografía. En el año 2014 asumió la presidencia de la AISO.

se apuesta políticamente tanto por el derecho a tomar la palabra como por el derecho de los sujetos a ser escuchados, a tener un papel en el discurso público y en las instituciones políticas. Y por ello no solo se recurre a las personas porque poseen información que se precisa, sino porque, sobre todo, se parte de pensar que hay un vínculo muy profundo entre la oralidad y la democracia, y la democratización social es parte del horizonte de esta corriente de la historia oral.

Al ser la oralidad un medio que, a diferencia de la escritura, la gran mayoría de los seres humanos poseen o de alguna manera controlan, y ser, específicamente, la forma de comunicación con todos los que están excluidos de los medios y del discurso público, para Portelli es clave escuchar esas voces y amplificarlas. En esto se diferencia de aquellos que sostienen que la historia oral sirve para “dar voz a los sin voz”: en este autor los marginados, los excluidos, los sin-poder tienen voz; el principal problema es que no hay nadie que los escuche y su voz queda, por lo general, reclusa en un espacio reducido. Por eso asume en sus trabajos la definición de la escritora Leslie Marmon Silko sobre la importancia de los relatos orales: “las historias son herramientas que necesitamos no solo para sobrevivir sino para vencer. Son una protección que nos permite salvarnos y también activar instrumentos para cambiar el mundo, porque hay poder en las palabras” (Portelli, 1999, p. 4).

Por supuesto, esto lo lleva a plantear otras cuestiones inmediatamente conectadas. En primer lugar, que al ser un trabajo de relación, la historia oral implica numerosas cuestiones políticas y éticas, que emergen en distintos niveles. Portelli entiende que aparecen tanto el problema de las relaciones del investigador con las instituciones del poder político, cultural y académico como la cuestión de la relación de los investigadores con los sujetos que los ayudan a buscar esa historia alternativa (Portelli, 2010).

En cuanto a ese último problema, en tanto los narradores orales que se entrevistan no son pensados como “informantes” ni “objetos de investigación” sino “sujetos de un proyecto compartido”, de un diálogo, se asume que hay dos agendas que están presentes en cada encuentro: la de aquel que tiene preguntas sobre algunas cosas que quiere conocer y la del entrevistado, que aprovecha esa oportunidad para contar las historias que desea contar, que quizás —en muchos casos— no son las historias buscadas por el investigador (Portelli, 2010).

Por eso su definición sobre la entrevista es un llamado de atención — metodológicamente hablando— cuando afirma que no es un acto de extraer información, sino la apertura de un espacio de narración, compartido, performativo, en donde la presencia del historiador es fundamental porque ofrece al entrevistado alguien allí para escucharlo, cosa poco frecuente en nuestra sociedad contemporánea (Portelli, 2010, p. 4). Y por la misma razón, ante cualquier pregunta en clase por técnicas de entrevista, Alessandro Portelli responde que estas no existen, sino que puede hablar de éticas en la entrevista: respeto, paciencia, flexibilidad, así como pasión auténtica de conocer a los otros y de estar con ellos en una historia compartida, como sostenía de Martino (Portelli, 2010, p. 6).

Por un lado, porque la entrevista “alienta un esfuerzo de autoconciencia, de crecimiento y de cambio en todos los involucrados” (Portelli, 1999, p. 13). Por otro, porque en cada entrevista, al tiempo que se produce una experiencia de aprendizaje en la cual se invierte quien enseña y quien aprende, se reconoce la importancia del mundo cultural de los entrevistados y el poder queda —por un momento— en manos del entrevistado, que puede hablar o callarse; rápidamente vuelve a su lugar, ya que esa situación no tiene posibilidades de escapar al contexto sociohistórico en que se inscribe y a las desigualdades y diferencias existentes (de clase, de género, de educación, generacionales, etc.) (Portelli, 2010, p. 5).

De hecho, Portelli destaca que, en la mayoría de los proyectos de historia oral, el historiador pertenece a una clase con más poder que la de las personas que entrevista, y aunque sea precisamente la diferencia la que hace interesante el diálogo, no se puede desentender de las lógicas de poder que lo atraviesan y de las líneas que lo separan. Por eso, solo al encontrarse, al reconocerse sin dejar de criticar la desigualdad y apuntar a destruirla, la entrevista se constituye en un experimento de igualdad, es decir, “un momento utópico en que tratamos de imaginar cómo podría ser el mundo si un campesino empobrecido y un profesor universitario fuesen política y socialmente iguales” (Portelli, 2010, p. 6). Y por la misma razón, también alerta el autor que hay que ser cuidadoso en nuestras prácticas cuando termina la entrevista, el poder “vuelve a nuestras manos” y nos sentamos a trabajar en nuestros libros (sean estos científicos, periodísticos o de divulgación) transcribiendo y editando las palabras que los entrevistados nos confiaron en el encuentro (Portelli, 2010).

Por último, el otro gran aspecto a destacar de este proyecto de historia oral que Portelli ha promovido y que tanto impacto tuvo en nuestra región, es que con su puesta en circulación, apunta a subvertir el monólogo típico de la escritura académica impulsando un discurso polifónico, en el cual los historiadores aparecen más como directores de un coro al fomentar la expresión de una pluralidad de voces y sujetos (Portelli, 2010). De hecho ha contado que si bien se le ocurren algunos ejemplos de la literatura que pueden haberlo influenciado, sus modelos han sido principalmente musicales: el llamado y la respuesta de cada instrumento en una *performance* de jazz, o la estructura de los oratorios barrocos, de Haendel o Bach:

donde a una secuencia de arias (en este caso, largos fragmentos de una sola voz) y coros (un rápido montaje de fragmentos de citas que parecen estar sonando todas a la vez) articuladas por una voz que -mitad cantando, mitad hablando- lleva el argumento recitado (en este caso, mi propia voz narrativa). Aunque por supuesto, la voz narrativa no explica todo: mucho está implícito en la articulación no exhaustiva de relatos y su interacción. Mucho del sentido está en las lagunas y en los silencios, para ser extraído o completado con la cooperación e imaginación de los lectores (Portelli, 2011, pp. 11; traducción propia).

Las memorias de la clase obrera

Poco conocemos de los primeros trabajos de Portelli sobre la música y la cultura popular en Italia y EE. UU. Los que comenzaron a trascender internacionalmente, además de sus escritos metodológicos, fueron aquellos centrados en las memorias de la clase obrera, en algunos casos previos y en otros simultáneos con las demás líneas de investigación que fue encarando a lo largo de su vida.

Como ha planteado en diferentes oportunidades, sus tempranos intereses en relación con la historia oral no tuvieron que ver con la preocupación por la veracidad de los relatos orales, sino con un interés cultural y metodológico por la imaginación y la narración, así como por la política desde una perspectiva de izquierda (Jaschek y Raggio, 2005, p. 34).

En Terni, la localidad de su infancia, Portelli ha investigado mucho sobre las memorias de la resistencia clandestina contra el fascismo en los años 30,

pero uno de sus trabajos más famosos fue aquel sobre los modos en que la muerte de un trabajador, Luigi Trastulli, producida en la inmediata posguerra, fue elaborada, transformada e interpretada en la memoria colectiva.²⁰

Trastulli fue un joven obrero de una acería de la localidad de Terni, que murió el 17 de marzo de 1949 cuando miembros de la brigada especial de la policía reprimieron a los trabajadores que salían de la fábrica para participar de una manifestación contra la OTAN. En ese trabajo, desarrollado a partir de los escritos previos sobre la historia de la clase obrera de Terni y sus fuentes orales, construidas con entrevistas realizadas treinta años después de los hechos, Portelli analiza algunos mecanismos generales del funcionamiento de la memoria. Así encuentra que la convergencia de relatos equivocados, invenciones y leyendas, que van desde las reconstrucciones imaginarias de la dinámica del acontecimiento, hasta la traslación del mismo de un contexto a otro, son parte de un fenómeno excesivamente coherente para ser atribuido a un mal funcionamiento de la memoria de los individuos.

Como ha afirmado en sus clases y en entrevistas, la memoria es una búsqueda de sentido. El olvido puede ser sobre aquello que no tiene sentido o aquello que tiene demasiado sentido, y los silencios pueden ser sobre aquello para lo que no se pueden encontrar palabras. Y cuando los relatos se distancian de los hechos, ahí comienzan a emerger con claridad los deseos, la imaginación, la ilusión, no solo en cuestiones individuales, sino también socialmente compartidas, algo que siempre le ha interesado sobremanera (Jaschek y Raggio, 2005).

Por eso, en su artículo desentraña cuáles son las razones de las regularidades, en este caso, de aquella memoria colectiva obrera de Terni (como la tendencia hacia la épica, o la traslación cronológica y contextual del hecho hacia 1952/1953), y qué tareas de representación simbólica le han asignado diferentes generaciones a ese acontecimiento de la lucha de clases, por lo que

²⁰ Sin embargo, en los últimos años reniega de la idea de memoria colectiva de Maurice Halbwach, porque entiende que la memoria es social, compartida, como un encuentro de memorias individuales que conforman un mosaico. Cuando utiliza la expresión memoria colectiva suele referirse a memorias cristalizadas en instituciones y no a la dinámica cotidiana: “El problema con el concepto de memoria colectiva es que hay una perspectiva de que la memoria colectiva tiene que ser unificada, tiene que ser una memoria. Ya no es así. Sabemos que no [...] La memoria no es una cosa estática, cambia, está en movimiento” (Jaschek y Raggio, 2005, p. 36).

las versiones inexactas resisten a pesar de su señalamiento y la memoria se muestra relevante como hecho histórico.

Por otra parte, en lo que hace a las memorias de la lucha de clases, también fue clave su trabajo en Harlan County, Kentucky, Estados Unidos, aunque aquí aún hemos leído poco sobre aquella experiencia. También llegó al tema desde su pasión por la música popular de intervención política y cuenta que su primer contacto con la problemática de la clase obrera norteamericana se produjo probablemente a comienzos de los años sesenta, primero a partir de escuchar la canción *Which Side Are You on?* de Florence Reece, sobre la dramática huelga minera de 1931-1932, y luego con el álbum *Songs from the Depression* de New Lost City Ramblers,²¹ que desafiaban como revelación esa imagen de Estados Unidos como país sin conflictos de clase (Portelli, 2011).

Por eso, fue muy llamativo para él recorrer la región de los Apalaches en 1973 con David Walls y hallar una comunidad muy movilizada sindical y políticamente, en la cual las luchas de los años treinta parecían ajenas, no estaban vivas en la memoria, pero había otras numerosas batallas que podían ser reconstruidas a partir de las narraciones orales.

En verdad lo atrapó la pelea cotidiana por la supervivencia de esa localidad nacida en torno a las minas del carbón, con blancos pobres cansados de ser cosificados por sus conciudadanos y por la academia, y un pueblo afrodescendiente agotado del paternalismo que persiste desde tiempos del esclavismo.

Con viajes constantes a Harlan tuvo ocasión de profundizar sus reflexiones sobre la entrevista como experimento de igualdad. Entre él y la mayoría de los hombres y mujeres con que se encontraba había líneas divisorias de edad, clase, género, educación, religión, lenguaje, color y nacionalidad; y, sin embargo, el esfuerzo mutuo por cruzarlas, sin desconocer ni las diferencias ni las desigualdades, hacía posible las entrevistas (Portelli, 2011, p. 8).

Las memorias del antifascismo y la democracia italiana contemporánea

En la década de los 90, las repercusiones del trabajo realizado y el nuevo contexto político italiano comenzaron a transformar las relaciones de los his-

²¹ Algunos de estos temas se encuentran disponibles en YouTube. La canción de Florence Reece, en www.youtube.com/watch?v=Nzudto-FA5Y y uno de los temas de New Lost City Ramblers www.youtube.com/watch?v=5WT61YEF06w [Consultados el 30/03/2016].

toriadores orales en general, y de Portelli en particular, con las instituciones académicas italianas.

En una de las entrevistas realizadas, Portelli recuerda la conferencia de Arezzo de 1994, titulada *In memory: For a European Memory of nazi crimes after the end of the cold War*,²² como la primera oportunidad en que algunos historiadores consagrados invitaron a Luisa Passerini y a él, en cuanto historiadores orales, para disertar en el encuentro, porque empezaban a reconocer la importancia de sus estudios para desarrollar investigaciones sobre la memoria que comenzaban a atraer a numerosos colegas (Bretal, Matas, Monacci y Nieto, 2014). Un verdadero giro que propició un encuentro impensado poco antes, más allá de las tensiones que persistían.

Así, de la mano de sobrevivientes, historiadores orales y otros científicos sociales, el tema de la memoria cobró gran fuerza en la Italia de esos años. En parte porque empezaban las conmemoraciones de los cincuenta años de la caída del fascismo, de la ocupación nazi y del fin de la Segunda Guerra Mundial, en un contexto por demás complejo. Cincuenta años habían pasado de aquellas masacres y por primera vez había sido electa una coalición de centroderecha (conocida como Polo de las Libertades y Polo del Buen Gobierno, dependiendo de la región), liderada por Silvio Berlusconi, la cual incluía un partido heredero del fascismo (la Alleanza Nazionale) que promovía un programa neoliberal y profundamente anticomunista.

Portelli entiende que en ese marco, en el campo intelectual se dio un movimiento de revisionismo histórico del antifascismo que cuestionaba desde viejas y nuevas perspectivas de derecha una Resistencia cuyos principios —simplificados y mitificados al extremo— habían sido el fundamento

²² Sobre la cual también ha escrito Eric J. Hobsbawm en su famoso trabajo “The Historian between the Quest for the Universal and the Quest for Identity” de 1994, publicado en español como “La historia de la identidad no es suficiente” (1998). Hobsbawm relata que “la conferencia reunió no sólo a historiadores y científicos sociales de varios países del este y el oeste de Europa y los Estados Unidos, sino también a supervivientes del lugar, antiguos miembros de la Resistencia y otros interesados. [...] Por tanto -y ello no tiene nada de extraño- la conferencia se celebró en un extraordinario ambiente de tensión y malestar. Todo el mundo era consciente de que estaban en juego asuntos de gran importancia política, incluso existencial. Cada uno de los historiadores presentes no podía por menos de preguntarse sobre la relación de la historia con el presente” (1998, pp. 266-267). Recomendamos volver a leer ese artículo porque describe el panorama del encuentro y sus múltiples problemas con mucha claridad.

de la Constitución de 1948 y por ende de la democracia italiana.²⁵ Plantea al respecto:

Por un lado, tenemos el mito del papel fundador de la Resistencia. Los italianos estamos tremendamente aburridos, me imagino, de la definición: la República que nació de la Resistencia. De todas maneras, así fue, y muchos valores de la Resistencia están incorporados en la Constitución. Pero si la Resistencia y el heroísmo de los partisanos constituyen los mitos de fundación de la democracia italiana antifascista, existe también otro mito: la versión en contra de los partisanos, la versión es culpa de los partisanos. Una versión antagonica, producto del carácter no acabado de nuestra democracia, de la resistencia a nuestra democracia y de un hecho innegable: la democracia que surgió a partir de la Resistencia no fue el resultado de una elección unánime de la mayoría del pueblo, sino un proyecto, un sueño, un deseo que no todo el mundo compartía. Eso es lo que realmente está en juego ahora: ¿Italia es una democracia antifascista nacida de la Resistencia o es otra cosa? (Portelli, 2006, p. 55)

Comprendió entonces que en el terreno de las memorias del antifascismo no se jugaba una batalla cultural más, sino una que comprometía el presente y el futuro de Italia. Y también, que en esa batalla la historia oral tenía mucho que aportar al ser un arma muy efectiva contra las memorias que pretenden ser monolíticas, más cuando son sostenidas simultáneamente desde el poder político, las instituciones tradicionales y los medios de comunicación hegemónicos, al ayudar a reconocer la multiplicidad de memorias en la sociedad y sus conflictos (Bretal, Matas, Monacci y Nieto, 2014, p. 9)

Así es que, alarmados por esta situación, Portelli y otros intelectuales apostaron, por un lado, al rescate y análisis de la memoria de los partisanos;

²⁵ Portelli ha analizado en otros trabajos aquellos elementos que se promovieron como sentido común para afianzar la identidad italiana a partir de la posguerra (Portelli, 2002b). Allí ha relevado que, sobre todo durante la Guerra Fría, se insistía en que la totalidad del pueblo italiano había participado de la lucha por la liberación y se sostenía la idea de una Resistencia como movimiento unificado y no como una experiencia conflictiva y plagada de divisiones. Además, en ese marco se recurría a la imagen del partisano moribundo antes que a la del partisano combatiente, se delegaba toda la violencia al enemigo (los alemanes, y para la izquierda también los fascistas) y se postulaba una imagen virtuosa y pacificada, no violenta y respetable de los comienzos nacionales. Frente a esas “vulgas de la Resistencia” piensa que fue creciendo una contramemoria de la derecha.

y por el otro, al desmantelamiento de las llamadas “vulgatas de la derecha” sobre la Resistencia, por la fuerza y habilidad con que estas últimas construcciones de sentido sobre el pasado se estaban tornando sentido común y representaban un riesgo cada vez mayor. En particular, todo lo relacionado con la lucha de los partisanos y el recurso a la violencia durante la Resistencia.

Volcado sobre estas problemáticas, ya para la conferencia de Arezzo de 1994 (mencionada al comienzo de este apartado), presentó una primera versión del artículo que aquí en Argentina hemos traducido como “Luto, sentido común, mito y política en la memoria de la masacre de Civitella Val di Chiana (Toscana, 29 de junio de 1944)” (Portelli, 2016c), que concentra gran parte de las reflexiones y aportes que luego desarrollaría en otros casos.

A lo largo de ese trabajo, el autor interroga las memorias generadas en torno a una masacre cometida el 29 de junio de 1944 en Civitella, donde el ejército alemán ejecutó a 115 civiles, todos hombres.²⁴ Para abordar el problema, Portelli tomó como punto de partida lo que el investigador Giovanni Contini había descripto y definido como “memoria dividida” (Contini, 1996) y propuso extender y radicalizar esa definición, porque Contini solamente contemplaba la división entre una memoria “oficial”, que durante décadas había tenido por eje la reivindicación de la Resistencia, con mayúsculas, y la de los familiares de las víctimas, en su mayoría viudas e hijos, centrada en la propia pérdida y en el duelo, que había renegado siempre de las conexiones con la resistencia y culpado a los partisanos por provocar la represalia alemana con su acción (Portelli, 2016c).

La contribución principal del estudio de Portelli es señalar que esa dicotomía es falsa y forzada, y que nos encontramos con una multiplicidad de memorias fragmentadas e internamente divididas, ideológica y culturalmente, tanto entre generaciones como en cada individuo. Esto lo demuestra analizando las narrativas de los sobrevivientes de la masacre: en especial, aquellas de las viudas e hijos de los ejecutados. En sus esfuerzos por narrar lo “inexpresable” del dolor, se producen construcciones culturales de palabras e ideas que deben ser críticamente comprendidas. Además, remarca que el

²⁴ El mismo día fueron asesinadas 58 personas cerca de La Cornia y 39 en San Pancrazio, y todas esas masacres fueron atribuidas a una represalia alemana por la acción partisana que se cobró la vida de tres soldados alemanes el 18 de junio previo.

duelo también es un proceso elaborado históricamente y que el testimonio cambia con el tiempo. Su intención, por supuesto, no es cuestionar su credibilidad, sino investigar la estructura y los sentidos de su construcción narrativa de aquellos acontecimientos, algo que ya habían realizado otros investigadores sobre las memorias de los partisanos. Destaca, por ejemplo, que casi todas las narraciones de la masacre de los familiares de Civitella comienzan, tienen su *incipit*, con la acción partisana en contra del ejército de ocupación alemán el 18 de junio. No comienzan ni con el fascismo, ni con la guerra, ni con la experiencia de la ocupación y sus primeras víctimas, ni con las tensiones territoriales y clasistas previas.

En ese sentido, llama la atención de los lectores al plantear que ese *incipit* elegido (lo que marca el pasaje de lo aparentemente ordenado a lo desordenado, a lo que vale la pena contar), está siendo construido —en los años noventa— por adultos que eran niños o adolescentes cuando se produjo la masacre. Por lo tanto, el tono destacable en sus narrativas de un “paraíso perdido” o “edad de la inocencia” truncada con aquel hecho, hay que entenderlo fuertemente asociado con las reminiscencias infantiles.

Al igual que en otros trabajos posteriores, aborda las contradicciones que se producen en estas narrativas cuando los actos de la Resistencia pueden ser bien reputados en abstracto, pero jamás los hechos concretos y cercanos. Pero también cómo en la inmediata posguerra, los sobrevivientes de Civitella parecen no haber criticado a los partisanos, sino que la hostilidad tomó cuerpo después, a partir de algunas ejecuciones que los partisanos realizaron de colaboracionistas que en realidad eran bastante respetados por la comunidad (o no eran necesariamente más fascistas que el resto), por los que en las décadas siguientes hubo algunos juicios antipartisanos y se fue consolidando progresivamente esa perspectiva en el sentido común. Un sentido común en el que también, simultáneamente, cada vez se refuerza más como una virtud ser una “víctima inocente”; es decir, algo que desde otra mirada podría pensarse como no haber hecho nada para combatir el fascismo ni la ocupación. En otras oportunidades esto fue denominado como “la ideología del heroísmo de los que no hacen nada”, “la pasividad como virtud, me parece que ese es el modelo de ciudadanía que no milita, que no vota y que no se propone temas fundamentales, sólo está interesada en una buena administración” (Barela, Clementi, Míguez y Paredes, 1998, p. 6).

El mismo año de la conferencia de Arezzo fue ubicado en San Carlos de Bariloche, Argentina, el criminal de guerra nazi Erich Priebke, responsable de otra masacre muy significativa para Italia: la masacre de las Fosas Ardeatinas, ocurrida en Roma el 24 de marzo de 1944, sobre la que habló sin remordimientos ante las cámaras de la cadena norteamericana ABC.²⁵ Esto suscitó una conmoción entre los sobrevivientes italianos. Con mucho esfuerzo consiguieron que se solicitara la extradición para que fuera juzgado y que esta fuera concedida por el gobierno argentino de Carlos Saúl Menem en noviembre de 1995. Sin embargo, los procesos judiciales en su contra en Italia sufrieron una reiterada serie de marchas y contramarchas, que llevaron a que primero fuera liberado por considerarse prescriptos los crímenes, y que luego lo volvieran a procesar y condenar, pero solo a 15 años y con prisión domiciliaria por su edad, lo cual desató numerosas polémicas en la opinión pública durante varios años.²⁶

En ese escenario Portelli comenzó a trabajar también con el caso de las memorias de la masacre de las Fosas Ardeatinas de manera más específica, aunque no le era un tema ajeno en absoluto, por residir en Roma desde décadas atrás, estar vinculado con diferentes organizaciones de tradición antifascista y hallarse sumamente preocupado por la aparición de carteles a favor de Priebke y de esvásticas en la ciudad.

Además, por las dimensiones de la masacre, por la justicia fallida y por las controversias que se generaron en torno a ella, seguía siendo una herida abierta en la memoria. Si bien no fue la peor matanza de los nazis en Italia, sí fue —como ha demostrado el autor— la única matanza “metropolitana” en Europa, perpetrada en el espacio urbano de una gran capital y que reunió una diversidad de víctimas tan grande (fueron asesinadas 335 personas). No

²⁵ Cincuenta años después de la masacre, Priebke fue ubicado a los 81 años, tras un arduo trabajo de investigación, y entrevistado en las calles de Bariloche por el periodista estadounidense Sam Donaldson. Lo que impactó a todos fue que Priebke en un primer momento consideró que no era ya un riesgo referirse al tema, y reconoció frente a las cámaras su autoría en los asesinatos en Italia alegando que recibió órdenes superiores y que su deber era ejecutarlas. Solo cuando fue interpelado como criminal de guerra por el periodista, Priebke terminó en forma abrupta la entrevista. El impacto que causó en Bariloche fue enorme, al punto que una parte significativa de la sociedad se resistió a creerlo e incluso realizó campañas a su favor.

²⁶ Priebke falleció a los cien años de edad en su residencia de Roma el 11 de octubre de 2013.

había tenido precedentes en la zona y fue, de hecho, el modelo para algunas masacres posteriores.

El autor entendió que su trabajo sobre aquel acontecimiento, recordado como represalia frente a un ataque partisano que cobró la vida de 32 alemanes, podía contribuir a pensar “la historia de Roma y del país entero por todo el siglo, a pesar de que ocurrió durante un solo día, al siguiente del atentado” (Portelli, 2006, p. 53). En ese sentido, comprendió también que abordar el caso de las Fosas:

esclarece la historia a través de los recorridos individuales de las personas que estuvieron involucradas en los hechos, y esclarece la memoria porque se constituye en un eje de ardientes polémicas que comenzaron casi inmediatamente después de los hechos y aún no se han extinguido (Portelli, 2006, p. 53).

Polémicas que renacen con la captura de Priebke y tienen implicancias graves, en especial porque, al ser esta masacre tan visible, Portelli percibe que investigar la distancia entre lo que pasó y las múltiples maneras de recordarlo puede ofrecer numerosas claves para entender el sentido profundo de ese acontecimiento para la sociedad italiana. De la misma manera, puede brindar la oportunidad de analizar con cada mito toda la complejidad de la identidad nacional, las bases constituyentes de la democracia italiana a partir de la posguerra, de las políticas de memoria, de la interacción entre recuerdos personales e institucionales, temas que, como ya hemos visto, venían preocupando al autor desde hacía un tiempo.

Los mitos, desde esta perspectiva, son narraciones que sirven para sostener creencias del orden colectivo que están en la base de esos relatos. En el caso de las Fosas, el núcleo duro del conflicto es la persistencia de un mito en particular, más allá de que los hechos están documentados hace medio siglo: “la búsqueda por parte de los alemanes de los partisanos cobardes que se escondieron, dejando de esta manera que los rehenes fuesen matados” (Portelli, 2006, p. 54). Esto lo relaciona con la típica búsqueda de culpables de la masacre, pero entiende que ha sido estímulo para el debate histórico funcional a la derecha, donde el peso cae siempre sobre los partisanos que integraron la Resistencia y no sobre los alemanes, más allá de que cambien los relatos en el tiempo.

Por eso piensa los claroscuros de ese mito, da cuenta de un aspecto positivo de la identidad nacional italiana de posguerra: no ser un pueblo belicoso, “y, por eso, de cierta manera, el intento de imaginar los partisanos como héroes de guerra nunca tuvo gran éxito” (Portelli, 2006, p. 55). Pero también señala que en los años noventa, en particular, ve su persistencia relacionada con que las instituciones que más influencia seguían ejerciendo sobre la memoria pública eran la religión y las fuerzas armadas —con más fuerza tras la caída del Muro y la crisis del comunismo— para las que cualquier cosa que hubieran realizado los comunistas siempre fue y seguía siendo una acción criminal (Portelli, 2006).

De todas maneras, Portelli no se queda solo en el análisis de la memoria pública; por el contrario, siguiendo sus postulados sobre la escucha como precepto profesional, se preguntó sobre cómo siguió la vida de los familiares de cada uno de los que fueron asesinados en la masacre y realizó más de doscientas entrevistas a viudas e hijos de aquellos hombres. Así pudo acercarse a las trayectorias previas y a los recorridos posteriores, atento a la diversidad de procedencias e identidades de los masacrados, como también a cada problema que debieron enfrentar en los cincuenta años siguientes aquellos que los sobrevivieron, entre los que se cuenta la justicia fallida.

Además, entrevista a jóvenes, en especial a aquellos que dicen que no saben nada, que afirman que no tienen ninguna memoria histórica sobre el acontecimiento, pero a quienes suele llevarse como visita escolar a las Fosas y cuya simbolización también es más que atractiva para analizar los sentidos de la muerte y la experiencia que de ella hacen las nuevas generaciones. Este es otro de los temas que, junto a los movimientos sociales juveniles, Portelli abordará reiteradamente a lo largo de su obra (Portelli, 2006).

Con todos estos recursos, sin duda, una de las principales contribuciones del autor —que, tras varios anticipos, se plasmó definitivamente en el libro *La orden ya fue ejecutada* (publicado en Italia en 1999, en Argentina en 2004)— es desarmar cuidadosamente ese sentido común dominante en Roma “empapado de desinformación” (Portelli, 2004, p. 15). Partiendo de un acontecimiento bisagra, y como esa masacre ahonda en el sentido común que nació de relatos que combinaron durante décadas la capacidad de sugestión de presentarse como relatos alternativos, desde la derecha y la Iglesia católica contra la “historia de los vencedores” y la “vulgata de la resistencia” de la posguerra, con

la fuerza de penetración de partidos y medios de comunicación, constituye una narración que es efectivamente hegemónica y peligrosa. En esas páginas, Portelli nos contagia la fascinación por los relatos erróneos, los mitos, las leyendas y los silencios que se han construido en torno a estos hechos, y nos revela algunas dimensiones desde donde se puede poner en jaque a la hegemonía de la derecha (y a cualquier hegemonía).

Algunas estrategias concretas que despliega Portelli para desmontar vulgatas son: ampliar la secuencia narrativa, señalar las implicancias de su *incipit*, situar los testimonios en el contexto biográfico de cada persona y también en el sociopolítico, demostrar sus mutaciones en el tiempo. Vuelve en el tiempo hasta la primera noticia que se publica sobre la masacre, en el *Osservatore* (diario del Vaticano), y reconstruye las nociones que allí aparecen expresadas —irresponsabilidad partisana, sacrificio, inocencia, víctima, culpables— para conformar como un solo hecho automáticamente relacionado la acción partisana en Via Rasella y la masacre de las Fosas Ardeatinas. Allí se diferencia a las “víctimas” (los 32 alemanes contra quienes los partisanos realizaron un atentado el 23 de marzo) de las “personas sacrificadas” (los 335 hombres asesinados en la represalia de las Fosas Ardeatinas) y de los “culpables escapados al arresto” (los partisanos) (Portelli, 2004, p. 14). Portelli entiende que ese es el relato que aún hoy envenena el sentido común y que allí radica el éxito a largo plazo de la represalia nazi: en contaminar la memoria del hecho, de la resistencia, la identidad y los orígenes de la República. En el hecho de que se fusionaran en el sentido común moderado los relatos de la extrema derecha (2004: 16). Aunque parece, tal vez, un ejercicio sencillo enmarcar las acciones en su contexto, esto produce un efecto demoledor sobre los mitos y sobre el sentido común dominante posterior. Como plantea el autor, si en el relato aparecen las deportaciones, los fusilamientos, los rastrillajes, el hambre, el miedo, entonces el atentado de Vía Rasella ya no es una causa sino un efecto (2004, p. 143).

Por eso es que el libro se ofrece como ceremonia para conjurar un retorno del fascismo. Por esa razón, los nombres de las víctimas acompañan el comienzo y final de cada capítulo como en cada acto de conmemoración anual, porque Portelli asume su trabajo como un desafío metodológico, sí, pero sobre todo, como una iniciativa de acción intelectual de compromiso cívico.

Por último, otro de los grandes temas que preocupan a Portelli en relación con las memorias del antifascismo es el de los mitos de la visión oficial de la Resistencia en la posguerra y algunas “fallas de la memoria de izquierda”. Ambos tópicos, tratados en el libro sobre las Fosas, los desplegó también en artículos como “Memoria e identidad: una reflexión desde la Italia Posfascista” (2002b), y en el trabajo sobre la Batalla de Poggio Bustone (2016b).

Para Portelli son graves, durante la Segunda República italiana, las consecuencias de que la izquierda haya evitado durante décadas algunos temas controversiales, en particular que no todos los italianos eran antifascistas y que la Resistencia fue una insurrección armada que involucró actos de violencia,²⁷ promoviendo así un consenso antifascista moderado y negando incluso las memorias de los propios partisanos. Ese tipo de errores ha dado lugar a que tampoco haya podido encontrar estrategias para responder a la “contra-memoria de la derecha” que se presentaba a la opinión pública con un tono sensacionalista de revelación de verdades ocultas, haciendo aparecer a los partisanos como una minoría descarriada y violenta, en sintonía con que el fin de la Guerra Fría y el revisionismo histórico internacional iban corriendo el foco del nazismo al comunismo como mal supremo del siglo (Portelli, 2002b).

A modo de cierre

Por todo lo que hemos visto hasta aquí, no es llamativo que en Argentina —y en particular en La Plata— la obra de Alessandro Portelli comenzara a ser reconocida a fines de los años 90 y despertara mayor interés partir del período 2001/2002.

Su apuesta por la historia oral estimuló inquietudes en aquellos que buscaban resistir desde adentro y desde afuera de la academia al consenso neoliberal, por su potencialidad demoledora de los discursos hegemónicos. Con la difusión de sus trabajos metodológicos y aquellos sobre las memorias obreras de Terni, Portelli enseñaba que los excluidos siempre habían tenido voz, solo que nadie (o pocos) los habían escuchado, porque no han tenido ni tienen

²⁷ Sostiene que así muchos jóvenes que fueron criados en el rechazo generalizado de la “violencia” como categoría indiferenciada eran incapaces de realizar distinciones para filtrar la imagen de partisanos que también mataron por su país, y que la izquierda estaba mal preparada para enfrentar el “redescubrimiento” de la Resistencia como guerra. De la misma manera, el hecho de que, tanto en esa guerra de liberación como posteriormente, también los partisanos cometieron acciones discutibles, a veces directamente criminales, aisladas pero innegables (Portelli, 2002b).

garantizado el acceso al discurso público. En otras palabras, el problema no es ni ha sido nunca la mudez de los grupos “aún no hegemónicos” (parafraseando la pregunta “¿puede hablar el sujeto subalterno?” de Gayatri Spivak), sino la sordera o hipoacusia social en el sistema en que vivimos. Por eso, quienes comenzaron a adherir a la historia oral y siguieron sus propuestas han trabajado para garantizar el derecho de los sectores populares no solo a la palabra, sino también a ser escuchados, y se han comprometido a reunir esas voces, amplificarlas y ponerlas en juego para que tengan oportunidad de modificar radicalmente al discurso público.

Sus investigaciones sobre la relación entre historia y memoria del antifascismo y las masacres del nazismo, que fueron conociéndose hacia comienzos del nuevo siglo, generaron un efecto de mayor proximidad con los investigadores y las preocupaciones locales sobre la historia reciente de nuestro país, un campo por entonces en formación, lo que propició que fuera invitado a coloquios para poner en común sus desarrollos. Eran tiempos en que el consenso neoliberal estallaba y junto con él se agrietaba el andamiaje de impunidad construido en torno a leyes como las de obediencia debida y punto final a fines de los años ochenta. En ese marco fue ampliándose el interés en los ámbitos académicos y en el movimiento de derechos humanos local por conocer las reflexiones que se habían producido en Europa sobre la memoria social (con sus olvidos, mitos y silencios), las políticas de memoria (con su tensión intrínseca), y los sitios de memoria y lo ritual que los rodea, temas recorridos insistentemente por Portelli en su obra, lo cual permitió un encuentro productivo que aún tiene mucho camino por delante.

Por eso, una gran cantidad de líneas de investigación, en diversos campos, se han inspirado en la obra de Portelli en la última década y es probable que así siga siendo en la medida en que se expanda una mirada más integral sobre sus diferentes trabajos, publicados recientemente en español. Además, el cambio de signo producido en la política argentina a fines del año 2015 está planteando un escenario hostil y desafiante para todos los comprometidos con estas problemáticas, y creo que desde la lectura de Portelli podemos encontrar herramientas para desarmar las nuevas vulgatas de la derecha vernácula.

Por último, quería mencionar una anécdota que es significativa de las claves con las que Portelli ha sido leído entre muchos jóvenes de Argentina. Malcom Suárez, un estudiante colombiano muy despierto de la cátedra

de Introducción a la Historia en mi Facultad, me preguntó en clase durante el año 2014, mientras trabajábamos el artículo de Alessandro Portelli sobre las memorias de la masacre en Civitella, algo así como “¿no hay puntos en común entre la obra de Portelli y la apuesta de Rodolfo Walsh en *Operación Masacre?*”, una lectura que él había hecho por propio interés. La verdad es que primero pensé en decirle que no; creía que tenía que explicarle la historia oral en relación con su propia historia, pero sobre todo a distinguirla del periodismo de investigación, o de la *non fiction*, como han sido llamados los trabajos de Walsh... Se me ocurría que sí compartían, tal vez, la preocupación por masacres, pero que eran incluso dos experiencias muy distintas... Sin embargo, había algo en esa conexión que parecía tener mucho sentido para Malcom. Se notaba. Así que, antes de responder, le consulté por qué lo planteaba. De todo lo que dijo a continuación, recuerdo sobre todo que hizo hincapié acertadamente en la idea de la escucha, en el alto valor de la escucha en todas las investigaciones de Walsh y de Portelli, además del compromiso militante de ambos. Tenía razón. Y me dejó pensando mucho en ese tema.

Si bien no pertenecen exactamente a la misma generación, y por lo que menciona en una entrevista, Portelli conoció la obra de Walsh recién en su viaje de 2005 a La Plata (Jaschek y Raggio, 2005), ambos forjaron sus principales opciones y convicciones en aquellos revueltos años sesenta y setenta, para amplificar con sus escritos e iniciativas las voces de los explotados y sus tradiciones de lucha. Por eso, para cerrar, pueden valer para Portelli las palabras de la carta que Walsh escribió en 1976, en plena dictadura, al conocer la muerte de Francisco “Paco” Urondo cercado por fuerzas policiales, y que hablaban tanto de “Paco” como de él mismo:

El problema para un tipo como vos y un tiempo como éste, es que cuando más hondo se mira y más callado se escucha, más se empieza a percibir el sufrimiento de la gente, la miseria, la injusticia, la crueldad de los verdugos. Entonces ya no basta con mirar, ya no basta con escuchar, ya no alcanza con escribir (Walsh, 2007).

Bibliografía

Barela, L., Clementi, H., Míguez, M. y Paredes, D. (1998). Charla con Alessandro Portelli. *Voces recobradas. Revista de Historia Oral del Instituto Histórico de la*

- Ciudad de Buenos Aires*, 1(3), 4-6. Recuperado de www.historiaoralargentina.org/attachments/article/vocesrecobradas/RHO03.pdf
- Bretal, E., Matas, F., Monacci, L. y Nieto, N. (2014). Entrevista con Alessandro Portelli: “No éramos diletantes, no éramos amateurs. Éramos profesionales pero fuera de lugar”. *Aletheia*, 5(9). Recuperado de <http://www.aletheia.fahce.unlp.edu.ar/numeros/numero-9/entrevista/entrevista-con-alessandro-portelli-201cno-eramos-diletantes-no-eramos-amateurs.-eramos-profesionales-pero-fuera-de-lugar201d>
- Contini, G. (1996). La memoria divisa di Civitella della Chiana – 29 giugno 1944 (luglio 1994). En L. Paggi (Ed.). *Storia e memoria di un massacro ordinario*. Roma: Manifesto Libri.
- Hobsbawm, E. (1998). La historia de la identidad no es suficiente. En E. Hobsbawm (Ed.). *Sobre la historia* (pp. 266-276). Barcelona: Crítica.
- Jaschek, I. y Raggio, S. (2005). Historia y relato oral. Entrevista con Alessandro Portelli. *Puentes*, 15, 32-39. Recuperado de www.comisionporlamemoria.org/static/prensa/puentes/15puentes.pdf
- Marini, G. (2005). Il Circolo Gianni Bosio. *Il de Martino. Rivista dell’Istituto Ernesto de Martino* (16-17). Recuperado de: www.circologiannibosio.it/circolo/circolo.php
- Portelli, A. (04.05.2006). Chi è Alessandros Portelli. Alessandro Portelli [Blog]. Recuperado de: alessandroportelli.blogspot.com.ar/2006/05/chi-sono.html
- Portelli, A. (1991). Lo que hace diferente a la historia oral. En D. Schwarzstein (Comp.), *La historia oral* (pp. 36-51). Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Portelli, A. (1999). Memoria y resistencia. Una historia (y celebración) del Circolo Gianni Bosio. *Taller. Revista de sociedad, cultura y política*, 4(10). Recuperado de www.relaho.org/documentos/adjuntados/article/8/portelli1.pdf
- Portelli, A. (2002a). Las fronteras de la memoria. La masacre de las Fosas Ardeatinas. Historia, mito, rituales y símbolos. *Sociohistórica. Cuadernos del CISH*, 11-12. Recuperado de: www.sociohistorica.fahce.unlp.edu.ar/article/view/SHn11-12a07/1802
- Portelli, A. (2002b). Memoria e identidad: una reflexión desde la Italia postfascista. En E. Jelin y V. Langland. *Monumentos, memoriales y marcas territoriales* (pp. 165-190). Madrid: Siglo XXI.

- Portelli, A. (2004). *La orden ya fue ejecutada. Roma, las Fosas Ardeatinas, la memoria*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Portelli, A. (2005). Il Circolo Gianni Bosio: una lunga passione. *Il de Martino. Rivista dell'Istituto Ernesto de Martino*, 16-17, "Giorni cantati. La seconda vita del Circolo Gianni Bosio." Recuperado de www.circologiannibosio.it/circolo/circolo.php
- Portelli, A. (2006). Otro 24 de marzo: masacre de las Fosas Ardeatinas. Historia, mito, rituales y símbolos. *Puentes*, 17, 53-60. Recuperado de: <http://www.comisionporlamemoria.org/static/prensa/puentes/17puentes.pdf>
- Portelli, A. (2010). História oral e poder. *Mnemosine*, 6(2), 2-13. Recuperado de es.scribd.com/document/123359222/Historia-Oral-e-Poder-Portelli
- Portelli, A. (2011). *They Say in Harlan County. An Oral History*. New York: Oxford University Press.
- Portelli, A. (2016a). La muerte de Luigi Trastulli (Terni 17 de marzo de 1949). La memoria y el acontecimiento. En *Historias orales. Narración, imaginación y diálogo* (37-68). La Plata: FaHCE-UNLP/Rosario: Prohistoria.
- Portelli, A. (2016b). La batalla de Poggio Bustone. Violencia, memoria e imaginación en la guerra partisana. En *Historias orales. Narración, imaginación y diálogo* (143-156). La Plata: FaHCE-UNLP/Rosario: Prohistoria.
- Portelli, A. (2016c). Luto, sentido común, mito y política en la memoria de la masacre de Civitella Val di Chiana. En *Historias orales. Narración, imaginación y diálogo* (119-142). La Plata: FaHCE-UNLP/Rosario: Prohistoria.
- Portelli, A. (2016d). *Historias orales. Narración, imaginación y diálogo*. Rosario-La Plata: Prohistoria-FaHCE.
- Walsh, R. (2007). Carta a Paco Urondo. En B. Urondo; G. Amato. *Hermano, Paco Urondo*. Buenos Aires: Nuestra América.

Cuatro miradas sobre el “Trelewazo”. Memorias en torno a una experiencia de lucha popular

Axel Binder

Memoria cívica y memoria popular

El 11 de octubre de 1972, las fuerzas armadas de la dictadura argentina que encabezaba Alejandro Agustín Lanusse realizaron en el noreste de la provincia de Chubut un operativo militar denominado “Vigilante”, en el cual secuestraron a 16 personas sospechadas de contribuir con la “subversión”.¹ Con el correr de las horas comenzó a organizarse y a tomar cuerpo una protesta en demanda de la devolución al pueblo de Trelew de sus detenidos/as políticos, que movilizó a un 20% de la población y gestó así la primera situación de masas en la región.

La magnitud de la convocatoria, las nutridas marchas por las calles de la ciudad, el paro total de actividades y la ocupación del Teatro Español (donde sesionó la autoconvocada “Asamblea del Pueblo”) obligaron al interventor provincial (contralmirante Jorge A. Costa) a mediar con el Poder Ejecutivo Nacional la liberación de todos los detenidos. Al quinto día de lucha se ob-

¹ La mayoría de ellos participaba en la Comisión de Solidaridad con los Presos Políticos que se había constituido para dar apoyo moral y material a los presos/as políticos/as detenidos/as en el penal Unidad 6 de Rawson. De ese movimiento surgieron más de 60 “apoderados legos” que representaban a los detenidos en los trámites administrativos y legales, pero que además los visitaban todas las semanas para llevarles comida, ropa, medicamentos, libros, etc. También ofrecían alojamiento y asistencia a los familiares y abogados de los presos políticos que debían viajar miles de kilómetros para verlos, y así moderaban el efecto de la estrategia “aislacionista” del sistema represivo, que concebía a la región como una suerte de “Siberia argentina”.

tuvieron los primeros resultados favorables: la mitad fue liberada; el resto de los apresados fue retornando a la ciudad conforme pasaron los días y la Asamblea siguió sesionando y el pueblo marchando por las calles céntricas de Trelew.

El Chubut —uno de los dos diarios locales de la época— resumía periódicamente los acontecimientos en una columna titulada “La Epopeya de Trelew”.² Una de estas reseñaba:

Y llegamos al viernes 13 que será inolvidable para quienes tuvieron el privilegio y el deber de estar presentes. La historia del Chubut recogerá en sus páginas la epopeya de Trelew, y dentro de ella destacará ese viernes 13 de octubre de 1972 que galvanizó voluntades, proyectó inquietudes, y demostró la UNIDAD de un pueblo que hizo sentir el peso de su verdad. Un paro total de 24 horas, con paralización de todo tipo de actividades, y un cabildo abierto, fue la respuesta de los ciudadanos de Trelew a un operativo que nunca tendrá explicación, por lo menos entendible. A las 20 horas de ese día viernes el teatro empezó a quedar peligrosamente colmado. Hubo necesidad de salir a la calle “25 de Mayo”, sus veredas y la plaza.

Más de tres mil personas fueron el testimonio vivo de una protesta que aunó en un solo grito a obreros, estudiantes, profesionales, empleados, matrimonios, familias... y ese cabildo expresó su repudio, reclamó la libertad de los detenidos y demostró que nada se puede hacer contra un pueblo unido. Y todo se realizó en el más perfecto orden, sin incidentes, pacíficamente, pero con absoluta y total decisión. Trelew estaba dando un ejemplo al país (*Diario El Chubut*, 25.10.1972, p. 3; mayúsculas del original).

Esas líneas transmiten parte del afecto y pasión que compartieron quienes experimentaron esa lucha colectiva. El “Trelewazo” —como se conocería posteriormente— es un hito que constituye el *summum* de un proceso de mo-

² Entendida como el relato de una hazaña legendaria y heroica que se convierte en fuente de “lecciones” para la historia, la “epopeya” regional por excelencia era la de la colonización galesa. El texto “Semblanza y Evocación de la Epopeya Galesa en Chubut” publicado en 1961 por la Dirección General de Cultura y Educación de la provincia, refleja tanto el carácter hegemónico de la cultura galesa, como su utilización —en cuanto “pedigrí” de civilización y modernidad— para legitimar las estrategias desarrollistas. Para algunas referencias a esta cuestión véase Binder, 2015.

vilización social y política en la región que había comenzado a transitar una fase ascendente desde 1969.

Si bien a grandes rasgos, la consigna general de la protesta fue unívoca ("*Libertad a los Presos de la Dictadura*", reclamaba una conocida pancarta), existían diferentes sentidos asociados. La memoria del "Trelewazo" no es homogénea, como no lo fueron los sectores involucrados, ni las posiciones políticas asumidas, ni los intereses puestos en juego. Se despliega así un variado mosaico de sentidos en torno al significado del "Trelewazo"; pero de un modo general podríamos identificar dos formas predominantes que asume la memoria: una liberal y otra popular. Lo que está en juego entre ambas memorias es la representación de esa inédita experiencia política de masas.

La versión más liberal de la pueblada busca instalar que la protesta fue "orgánica" y que los tradicionales partidos políticos y sus dirigentes tuvieron un importante desempeño en la mediación, conducción y contención de la manifestación popular y sus pulsiones (asociadas a lo irracional, lo peligroso y a lo manipulable, lo que denota un fuerte sentido peyorativo hacia lo popular) y evitaron así los "extremismos".

Esta memoria recuerda el "Trelewazo" como jornadas de civilidad y no como gesta popular; busca enfatizar la eficacia de las instituciones de la democracia representativa (a la que se promete retornar en 1973) para procesar demandas sociales. De esta manera, representa al "Trelewazo" como una muestra fehaciente de la madurez cívica de sus vecinos, que se encuentran listos para volver a la democracia.

En cambio, la otra memoria, más "popular", preserva el recuerdo de una experiencia política inédita, en la cual la expresión popular no se encuentra mediada por los representantes y la participación es directa. Es decir, una experiencia política colectiva, autónoma e inorgánica respecto del sistema de partidos políticos tradicionales, que se desarrolla en los espacios que históricamente incomodaron al poder: la calle, la plaza y, en este caso, un teatro apropiado al poder municipal para poder sesionar.

Esa asamblea en el Teatro Español de Trelew constituye un oasis de participación política y de expresión popular en el marco de una dictadura militar, que poco adeuda a los partidos políticos tradicionales. Esta memoria popular rescata como principal insumo de esa experiencia histórica a la solidaridad, que fue precisamente la que pretendió ser castigada con el

Operativo Vigilante, y que —paradójicamente— termina reforzándose en el “Trelewazo”.³

Estas representaciones de la pueblada se constituyen desde una multiplicidad de fragmentos y memorias divididas internamente en las que median la ideología, la cultura (Portelli, 2016) y las clases. Pero, fundamentalmente, atravesadas también por los relatos mediáticos de la prensa del momento, que ofrecen un marco de memoria al reorganizar esos múltiples fragmentos y modelar una representación más o menos estable y coherente que sirve de insumo para la política.

Por ejemplo, los sectores más liberales veían en el “Trelewazo” una muestra de la educación de sus vecinos, de su madurez cívica y de su ordenada manera de proceder, ante la anomia generada por la falta de garantías de un estado de derecho. Este lineamiento “más cívico”, se incorporó al discurso conservador⁴ y tuvo expresión desde las páginas del diario *Jornada*:

Lo ha hecho [la asamblea] dentro de un marco de medida y responsabilidad, que en vano pretendieron alterar algunos elementos agitadores de profesión para incitar a la realización de actos subversivos. El pueblo ha encontrado en el cauce que le ofrecieron sus dirigentes políticos la forma de exteriorizar su indignación con una altura cívica elogiabile (*Jornada*, 15.10.1972).

Y fue aquella una maravillosa demostración de unidad y un ejemplo de medida y de corrección de procedimientos; unas jornadas de civilidad en las que Trelew mostró al país su vocación democrática, su espíritu de justicia y su decidida voluntad de luchar contra toda imposición por la fuerza que lesione o cercene la libertad individual o el derecho irrenunciable de pensar (Editorial, 23.10.1972. *Jornada*).

³ Una pequeña pancarta rezaba “Libertad a los soldados de la solidaridad”. La misma colgaba desde el palco del primer piso del Teatro. En la calle, pudo verse marchar una enorme bandera similar con una variante: “Libertad a los presos de la solidaridad”; otra bandera marchaba a su lado con la consigna “Libertad a los presos de la oligarquía”.

⁴ Un fragmento de una editorial evidencia este carácter: “Ahora, sostenemos que debemos recobrar la calma y volver a trabajar, como siempre lo ha hecho este pueblo. Daremos así un ejemplo de conducta cívica que será siempre nuestro orgullo. No demos lugar a otra cosa, que mañana podamos lamentar” (Conducta Cívica [Editorial]. *Jornada*, 15.10.1972, p. 3).

En cambio, los principales elementos de la memoria popular que constituyen la otra representación de la pueblada son enarbolados en el discurso del otro diario local: *El Chubut*, de perfil más progresista y surgido apenas un año y medio atrás. Allí se centran en la imagen del pueblo unido en lucha contra la dictadura y sus atropellos, y en la figura de la "Asamblea del Pueblo" como una legítima expresión de organización y participación popular:

Poco a poco el Teatro Español comienza a llenarse. Representantes de todos los sectores de la población se hacen presentes. La platea, los palcos, los pasillos, se colman de pueblo que quiere expresar su repudio y solicitar la liberación de los ciudadanos y ciudadanas arbitraria e ilegalmente detenidos (*El Chubut*, 25.10.1972).

En la noche de ese lunes (16/10), tiene lugar otra Asamblea que desborda nuevamente el teatro y debe realizarse en la calle. En un acto de verdadera democracia, se vota por aclamación si el nuevo paro se realiza el miércoles o el viernes. Se decide por amplia mayoría el viernes (*El Chubut*, 24.10.1972).

A grandes rasgos observamos una diferencia discursiva e ideológica entre ambos periódicos atravesada por el eje civilización/barbarie, donde el discurso cimentado en torno a la civilidad —diario *Jornada*— denota cierto tono despreciativo y temeroso hacia lo popular, que asocia con lo pasional, peligroso e irracional. La columna "Al margen de la Asamblea", publicada durante esos días, condensa esas actitudes desde una supuesta mirada analítica y distante, al margen de las pasiones.⁵

⁵ "Los más fríos observadores auguraban por un desenlace feliz, el más decoroso y posible dentro de la farragosa situación, al mismo tiempo que temían la posibilidad de que en afán de buscar estrategias la asamblea pudiera votar la más inoportuna sólo porque el fervor y la pasión supere la adopción de actitudes inteligentes. En este sentido, fue favorablemente comentada la retórica de los oradores y hubo suerte en la alternativa que permitió a todos usar el micrófono. Las alternativas de un proceso que por su extensión podría ir en desmedro de los sanos propósitos, sostenido por los sentimientos compartidos de sectores representativos, tuvo por momentos, temperaturas que se extralimitaban del cásico concepto ciudadano de la inconformidad y la insatisfacción. Fue observado que muchos asambleístas demostraron el impacto promovido por alegatos sorpresivos, extraños a la manera de ser del pueblo trelewense" (Al margen de la Asamblea [Editorial], *Jornada*, 16.10.1972, p. 9).

Además de estos diferentes modos de significar la pueblada, organizados y reproducidos discursivamente desde la prensa, hay que tener en cuenta que la multiplicidad de sentidos se vincula también al horizonte político del momento. Ello implica advertir asimismo el desarrollo de esta forma política autónoma (masiva y asamblearia) como respuesta frente a la censura que la dictadura impuso a las expresiones y prácticas políticas.

De la misma manera, se debe tener presente también la normalización institucional y la salida democrática anunciadas para marzo de 1973. En la “Asamblea del Pueblo”, como espacio político inédito, confluyen tanto la voluntad de participación del pueblo como la posibilidad de algunos de sus dirigentes de iniciar o retomar la carrera política.

Lo inequívoco es que fue uno de los primeros hechos de masas de la historia reciente de la ciudad, en el que emergió un nuevo espíritu colectivo en torno a la figura del “pueblo” como principal investidura política que asumió la fuerza social opositora durante ese proceso. Esa identidad popular define un *nosotros* que defiende a los nuestros ante los atropellos de un *otro* extraño, ilegítimo, despótico y autoritario.

Para esa semana de octubre del 72 estaban programados los habituales festejos por el cumpleaños de la ciudad (20 de octubre). No obstante, la “Semana de Trelew” —como se anunciaban las actividades— debió ser suspendida. Un nuevo nacimiento se le superpuso: el de una identidad colectiva más plena de sentido, relacionada con los problemas actuales de la ciudad y su particular modo de resolverlos, que dejaba obsoletos los valores vinculados a la colonia galesa que se empuñaban tradicionalmente en cada festejo.

Considerando todas estas implicancias, es comprensible que de estas experiencias colectivas y del resurgir de la sociedad como sujeto político se desprendan complejas y variadas memorias políticas. Así, el “Trelewazo” pasó a ocupar un lugar estelar en las memorias, y se convirtió casi en el *incipit*⁶ de la narrativa histórica de los años 70 en la región. Se instaló en el sentido común que antes “nunca pasaba nada: sólo el viento” (Martínez, 2004, p. 31), lo cual invisibilizó otras luchas y negó toda politización previa.

⁶ “En términos narrativos, el *incipit* -el comienzo de un relato- señala la ruptura del equilibrio y el silencio, de la tranquilidad, el evento brusco que genera movimiento, del orden al desorden, el conflicto y la acción. Antes de que el relato comience, por definición, no ha sucedido nada, al menos nada que valga la pena contar.” (Portelli, 2016, p. 127).

En línea con lo planteado por Portelli, podemos sostener que la del “Trelewazo” rápidamente se convirtió en una memoria-monumento

practicada como conmemoración y celebración de las glorias del pasado; narración de una identidad nacional que sólo recuerda lo que enorgullece, borrando las sombras y las contradicciones [...] es la memoria como instrumento para sentirnos satisfechos y en paz con nosotros mismos, y por lo tanto, para seguir siendo lo que hemos sido... (Portelli, 2016, p. 477).

Esta noble y exitosa lucha colectiva contra una desprestigiada dictadura parió una gesta que dignificaría el “ser” trelewense; algo de lo que sentirse orgullosos: “Nuestra acción comienza a proyectarse ya a nivel nacional [...] los informativos empiezan a recoger las primeras noticias”, explicaban los medios locales (Diario *El Chubut*, 24.10.1972, p. 3). El ingeniero López, dirigente local de la UCR⁷, se dirigió a la Asamblea en estos términos:

Yo pregunto en que momento la dictadura militar ha retrocedido cómo aquí. Hoy se ha vivido en Trelew un acto trascendental en la historia argentina: todos los partidos políticos han salido a defender la libertad de sus ciudadanos y a pedir que se denuncie a los alcahuetes [...] Hemos visto a una juventud maravillosa actuando durante estas jornadas, una juventud de la que, vaticino, van a surgir muchos de los dirigentes políticos del mañana (Diario *Jornada*, 17.10.1972, p. 9; subrayado nuestro, cursivas en el original).

Pero el parto de esa nueva identidad (tras el *risorgimento* del “pueblo” en la vida política de la región) no se comprende, como advierte Portelli, “si no nos preguntamos *dónde es* que esta cosa duele, al volver a la vida” (Portelli, 2016, p. 478; cursivas en el original). Y esto guarda relación directa con otro acontecimiento y otro tipo de memoria, una perturbadora: la de la Masacre de Trelew, consumada apenas 50 días antes de estos sucesos.⁸

⁷ Unión Cívica Radical, partido político de amplia trayectoria nacional.

⁸ El 22 de agosto de 1972 fueron fusilados/as en la Base Aeronaval Almirante Zar de Trelew 19 presos políticos que se habían fugado una semana antes del penal U6 de Rawson. Solo tres de ellos sobrevivieron, y sus testimonios fueron publicados en Urondo (1973). Durante el juicio por

El recuerdo de agosto recorre como un fantasma la memoria de octubre: impotencia, culpa, humillación, incomodidad, reivindicación, oportunidad, vergüenza y negación; extrañeza, silencio y olvido. Son todos aspectos constitutivos que se entrelazan y dan mutuamente forma a ambas memorias. El exaltado orgullo de la gesta del “Trelewazo”, ya sea desde su impronta más cívica o más popular, adquiere un mayor y más profundo significado si se lo contrasta con esa otra memoria que evoca la militarización de la ciudad, la tensión, el dolor y, por sobre todo, el miedo.

La Masacre de Trelew fue un claro mensaje de terror. Dos semanas después de perpetrada, el capitán de navío Horacio Mayorga dirigió un amenazante discurso, desde el lugar de los hechos, al personal y a la sociedad trelewense en general, que sería publicado en el diario local *Jornada*:

Lo hecho bien hecho está. Se hizo lo que se tenía que hacer. No cabía otro camino. No se podía haber hecho otra cosa, lamentablemente. No hay que disculparse porque no hay culpa. La muerte está en el plan de Dios no para castigo sino para la reflexión de muchos (*Jornada*, 06.09.1972).

Con el correr de los años, el poder conseguiría organizar socialmente el olvido de la Masacre,⁹ y, en menor medida, la memoria del Trelewazo. Esta última, memoria con todos los elementos para institucionalizarse y erigirse en “monumento”. Sin embargo, el componente popular latente de esa experiencia política remitía a una identidad y a unas relaciones sociales (solidarias, horizontales y humanitarias) que eran las que el terrorismo de Estado vendría luego a intentar borrar. Diversas tecnologías de poder¹⁰ se orientaron

la Masacre de Trelew en el año 2012 se presentó como prueba documental el audio inédito del testimonio de las tres víctimas que sobrevivieron a los fusilamientos, pero que fueron asesinadas en la dictadura posterior (1976-1983). Una transcripción del mismo se encuentra en “Junio de 1973. Entrevista a Ricardo Haidar, María Antonia Berger y Alberto Miguel Camps.

⁹ Esta problematización en torno a la supresión de dicha memoria fue abordada por M. Gatica y S. Debattista. Las autoras estudian el derrotero surcado por las memorias de la Masacre de Trelew, enfocando las disputas en torno a esa memoria en el presente y a la apropiación del sentido político de la misma, y analizan “el proceso por el cual las memorias políticas devienen en políticas de la memoria” (Gatica y Debattista, 2009).

¹⁰ Daniel Feierstein (2011), quien acuña la noción, explica: “Entendemos este concepto de ‘tecnología de poder’ como una forma peculiar de estructurar —sea a través de la creación, destrucción o reorganización— relaciones sociales en una sociedad determinada, los modos en que

no solo a destruir esos lazos, sino también a relegar esas vivencias colectivas al sótano de la memoria, bloqueando sus experiencias y organizando también su olvido.

Miradas

Mi barrio era así, así, así.
Es decir ¿qué sé yo si era así?
Pero yo me lo acuerdo así!,
Con Giacumin, el carbuña de la esquina,
Que tenía las hornallas llenas de hollín,
Y que jugó siempre de "jas" izquierdo al lado mío,
Siempre, siempre,
Tal vez pa' estar más cerca de mi corazón!
Aníbal Troilo, *Nocturno a mi barrio*

Atentos a los problemas señalados, entrevistamos a Adriana, Horacio, Irma y Juan. Todos ellos tuvieron participación directa o indirecta en los hechos del "Trelewazo", conservaron diferentes recuerdos y elaboraron distintas miradas asociadas a ese acontecimiento, lo que nos permite enfocar y significar diversos aspectos del mismo fenómeno. Buscamos interpelar sus memorias y adentrarnos en el universo de sentidos de los sujetos planteando una entrevista abierta, con los siguientes ejes: 1) a qué se dedicaban en aquella época (lógica contextual); 2) qué fue el "Trelewazo" (narración descriptiva); 3) si condicionó en algo la Masacre de Trelew —ocurrida dos meses antes— (sentido problemático); y 4) qué significa hoy esa experiencia (sentido político).

Adriana B.

"era más por intuición que por convicción de lo que hacía en esa época"
(Entrevista a Adriana B., 20 de febrero de 2014, Trelew)

En 1972, Adriana estaba cursando los últimos años de sus estudios secundarios en el Colegio Nacional de Trelew, donde era delegada estudiantil de su

los grupos se vinculan entre sí y consigo mismos, y aquellos a través de los cuales construyen su propia identidad, la identidad de sus semejantes y la alteridad de sus 'otros'" (p. 26).

clase. Recuerda que “panfleteaba para el Trelewazo; [...] nos reuníamos en la confitería ‘Apolo 11’ y yo repartía los panfletos”, aunque no supo recordar el origen y contenido de los mismos. Explicó que en esos años de su juventud

me metía en todo [...] participaba del centro de estudiantes del colegio [...] pero era más social que político: en la escuela política no se hacía... era para las milongas [...] maravillosas veladas estudiantiles, era todo alegre, para el día de la primavera... Esas cosas... quejas como es ahora que salen los chicos que escuchamos con Feinman¹¹ no [risas]; era otra la mentalidad, era toda gente de familia, laburantes; vos tenías que estar a las 12 sentada en la mesa y a las 8 de la noche sentada en la mesa... no es como ahora que se manejan solos, hacen lo que quieren (Entrevista a Adriana B., 20 de febrero de 2014, Trelew).¹²

El uso del tiempo que hace Adriana para estructurar su narración tiene la forma de *lanzadera*¹³, a la vez que lo hace en clave predominantemente personal; es decir, toma referencias de su vida privada para guiar su relato y ubicarse temporalmente.¹⁴ El acontecimiento político-social “Trelewazo”

¹¹ Eduardo Feinman es un periodista televisivo que encarna una posición reaccionaria y provocadora de derecha, y banaliza en general las demandas y posiciones de las —mal llamadas— “minorías”. Durante el gobierno de Mauricio Macri en la ciudad autónoma de Buenos Aires, y especialmente durante su último mandato (2011-2015), se agudizó la crisis del sistema educativo porteño y los/as estudiantes secundarios llevaron adelante tomas de establecimientos educativos como medida de fuerza para sus reclamos vinculados a mejoras edilicias y del plan de estudios. A pesar de los agravios y descalificaciones, los/as estudiantes siempre mostraron mucha altura y preparación política para responder con solvencia a las “chicanas” del periodista —del tipo: “deberían estar estudiando”, “vagos”, “no pago mis impuestos para que ustedes hagan huelga”, etc..

¹² En adelante todas las citas corresponden a extractos de esta misma entrevista.

¹³ Alessandro Portelli (1993) utiliza esta metáfora para referirse al tipo de narración que va y viene en el tiempo, usando ejemplos y referencias comparativas entre el pasado y el presente para darle cohesión y coherencia al relato.

¹⁴ Portelli (1989) sostiene que el tiempo de las narraciones se descompone en un eje horizontal (sintagmático, de organización cronológica y periodización) y en uno vertical, paradigmático, que guarda relación con la contemporaneidad del acontecimiento recordado y su modo de registro en la memoria. Ese modo puede ser: “ético-político”, “colectivo” o “personal”. Este último, explica Portelli, tiene que ver con “la esfera individual y familiar, como el trabajo, matrimonio, nacimientos, defunciones [...] y la relación personal en los hechos que tienen relevancia ‘ético-política’ o ‘colectiva’...” (p. 19).

indexa y conecta a Adriana con una época puntual de su biografía: su adolescencia. Antes del primer minuto de entrevista ya se revela uno de los ejes que estructuran su relato: la rebeldía. A partir de la misma explica su implicancia en el hecho político, como también la naturaleza de su vínculo: "el Trelewazo fue un movimiento que, nosotros como estudiantes... primero era prohibido".

Esa prohibición, que podría ser entendida como inherente a una dictadura, se refiere más bien a un tabú de tipo sociocultural e ideológico de ciertos sectores sociales, que veían con desprecio aquellas prácticas asociadas al ideario de izquierda. Pero esa prohibición, en el caso de Adriana, albergaba a su vez una posibilidad de emancipación personal: transgredirla le permitía desafiar estructuras familiares (encarnadas en su madre, como figura fuerte y autoritaria), pero también —indirectamente— romper con los valores tradicionales de la sociedad local.

mi época de adolescencia no sé si era por rebeldía o por hacer la contra [...] con mi mamá era una guerra [...] yo tenía mucha cosa con mi mamá, me perseguía demasiado, y yo más me rebelaba. Había más manejo de los padres sobre los hijos... cuando podía me escapaba. [...] era más por intuición que por convicción de lo que hacía en esa época... Pero sí sabía que era algo distinto y que era resistido y entonces a mi todo eso, siendo adolescente, todo lo que fuera negado, ¿por qué no? Ahí me metía yo. ...tenía la facilidad que era pariente de Rudi; iba a su casa, mucho afecto le tenía. Mi mamá no lo quería, y yo decía ¿Por qué no? ¿Si yo sí? [risas)].

Rudi era tío de Adriana, pero además, era un referente de la izquierda local: fue apoderado de presos políticos e integró la Comisión de Solidaridad. También tuvo injerencia en el ámbito cultural: conformó el grupo Teatro Estudio Trelew, con motivaciones más políticas que estéticas, pensando el arte como medio para la transformación social. "Era muy leído, era un intelectual", recuerda Adriana.

Las alusiones a Rudi, directas e indirectas, han sido un común denominador en los cuatro testimonios. Evidentemente se trata de un sujeto que dejó una huella en la historia local de la década de 1970, y una referencia frecuente en muchas memorias.¹⁵

¹⁵ Luis Molina, referente teatral de la ciudad, recuerda que "en 1971 [Rudi] organizó una

Cuando Adriana dice “tenía la facilidad que era pariente de Rudi”, se refiere al acceso a redes de sociabilidad que le permitieron ingresar a ese mundo de izquierda y embeberse de su cultura. Contó que se reunían en la casa de Rudi y allí ella se dedicaba más a escuchar que a participar de las discusiones políticas; “era toda gente grande [...] un grupo de amigos mucho más mayores que yo, con familias e hijos, yo era una adolescente pero me prendía [...]; cuenta que su tío advertía al resto sobre ella, con tono protector: “a Lela [como le decían afectuosamente] no la jodan que no se va a afiliarse a ningún partido”.

Sin embargo, su proceso de politización coyuntural no se debió tanto a las discusiones teóricas/políticas que pudo haber presenciado en la casa de su tío, sino a la experiencia compartida junto a ese grupo de gente que hacía teatro. Adriana comenta:

TET [Teatro Estudio Trelew], era un teatro más de pueblo; el Grillo [la otra compañía teatral] ya iba a nivel nacional, era más profesional. Se armó en el viejo Colegio Nacional... ;no podía creer pensar que antes íbamos ahí a estudiar y ahora teníamos en distintas aulas los talleres donde hacíamos cosas!... conseguimos sillas, todo reciclado; con arpillera hicimos bancos. Se armó el escenario...

El teatro fue un espacio en el que Adriana —indirectamente, desde la experiencia compartida— desarrollaba en forma intuitiva otra visión del mundo: “todos los que hacían teatro eran todos zurditos. Se hacía mucho teatro en Trelew”. Unirse al TET, contrariaba el *habitus* familiar, los molestaba: “había surgido la famosa zurda, la comunista”, recuerda Adriana, al referirse a la mirada que su entorno familiar le devolvía.

De esta manera se entrelazan en su memoria dos elementos que fueron constitutivos de lo político para ella: su interés por lo prohibido y un entorno familiar opresivo. El TET “era resistido, ¿viste? Por la política... estaba Rudi y era mala palabra en ese momento... [y agrega susurrando] inclusive entre la familia”. Hacer teatro con ese grupo de personas era de por

muestra nacional de teatro en Trelew, con nombres centrales, con equipos que vinieron a hacer sus trabajos. Era admirable, a uno le estallaba la cabeza... Renzo Casali, Edgar González. Se adentraron en un debate y en una polémica que desarticuló las posiciones con las que llegaban. Esto lo generó Trelew. Trelew fue continente, receptor, brindó el espacio, brindó la oportunidad. Seguramente, aunque no participé, no debe haber sido poco lo que aportó Rudi y toda su gente” (Perea, 2007, p. 119).

sí un acto de rebeldía, pero a la vez constitutivo de su subjetividad política.

Un punto conflictivo en su relato se presentó cuando ubicó erróneamente en su narración la Masacre de Trelew: por un lado puede observarse la aparición de un mito,¹⁶ y por el otro, la transposición del acontecimiento —los fusilamientos— a otro contexto, lejano y extraño.

cuando escuché que se habían escapado del penal los presos políticos yo dije "¡qué bueno!" [...] pero después escuchás todo lo que podría haber pasado atrás, más allá de todo... si es real que iban a ir a poner explosivos en el dique no... hay que pensarlo bien... creo que se comprobó, decí que volcaron, que no llegaron [...] lo de la masacre ya estaba... ya era como que se... eso fue después de lo que fue todo el movimiento de Trelew, lo de la Masacre fue después [...] no, para mí fue después... puede ser un lapso de tiempo, pero primero fue Trelew después fue la Masacre de la Base del 22 de agosto... ¿qué año estamos hablando? ¿'82? [...] yo después de Trelew me fui a Río Gallegos y perdí el rastro... pero para mí no; ¿vos decís que el Trelewazo fue después?

¹⁶ No se trata de una construcción de origen popular, es decir, aquella "memoria del sentido común, que exagera, modifica..." (Portelli, 2002), sino que es producto de la propaganda negra de la dictadura; esto es, de falsas y malintencionadas noticias desde el poder. El mito dice, contradiciendo la metodología de las organizaciones armadas, que tras la fuga de los presos políticos del penal de Rawson, y con la captura de quienes no pudieron abordar el avión a Chile, las organizaciones armadas planeaban dinamitar el embalse de la hidroeléctrica Florentino Ameghino (a 150 km de Trelew). Pero que el atentado se vio frustrado porque tuvieron un accidente automovilístico camino al dique. En realidad, quienes tuvieron el accidente formaban parte del apoyo externo a la fuga; y que, al verse frustrado el plan, tomaron la ruta 25 y huyeron hacia el oeste, en dirección a Esquel. El protagonista, Jorge Marcos, contó que: "entonces cuando llegamos ya estaba la gendarmería rodeando el penal, apostándose con los fusiles [...] y salimos para Trelew y en el aeropuerto encontramos la misma situación. Los compañeros salieron para Madryn tomando un camino vecinal y en una mala maniobra se encajaron, no conocían la zona muy bien, y ahí los detuvieron. Nosotros salimos del aeropuerto con Manuel y pasando Dolavon volcamos en una curva, camino de ripio era, -ahora sí que estamos hasta las manos- le dije a Manuel. Cuando estábamos ahí volcados, llevábamos miguelitos; estábamos armados, viene un camión y lo paramos, para porque vio el accidente; estaban regados los miguelitos por el vuelco y los apartamos. El camionero iba con la mujer, una beba y otro nenito; nosotros teníamos la intención de 'dar vuelta el camión', pero no quisimos...una familia ahí, en pleno agosto...no queríamos... entonces él se subió con la instrucción de buscar en el próximo pueblo un auto. El salió y después yo me enteré que él había tenido un tiroteo con un policía; no conozco bien los detalles porque nunca más lo volví a ver a Manuel, pero él salió bajo la protección de una unidad básica peronista, en el techo de una camioneta. Yo me quedé ahí; viene la policía de la provincia, era de noche, y me ve al pie de la ruta casi a las 11 de la noche y me llevan a la comisaría de Rawson" (Jorge Marcos, 2012).

Tanto el mito como el desplazamiento temporal resuelven las tensiones que amenazan la coherencia de su relato. En primer lugar, la Masacre de Trelew como acontecimiento traumático enturbia un relato que *a priori* idealiza y abreva de ese mismo contexto, en cuanto momento clave para la conformación subjetiva del narrador. En esa época, indexada en su memoria bajo el rótulo “Trelewazo”, convergen en la narración de Adriana dos pulsiones de libertad: una individual-familiar (rebeldía) y una social por los detenidos políticos (“Trelewazo”).

En general, las memorias en torno al “Trelewazo” encierran cierta moraleja optimista.¹⁷ Este sentido positivo se debe fundamentalmente a que fue una experiencia inédita de organización colectiva con un objetivo logrado: la liberación de los detenidos. Pero la Masacre de Trelew, dos meses antes, incomoda y amenaza esa construcción; la ensombrece. Adriana “lo resuelve” trasladándolo a otro contexto, o trasladándose ella misma a otro espacio: “yo después me fui de Trelew...”.

El mito del atentado al dique Florentino Ameghino actúa en Adriana absorbiendo parte de una tensión subjetiva dirimida entre dos momentos de su vida, conciliándolos. Funciona como bisagra entre su “pasada” rebeldía y simpatía setentista y su “presente” moderado y más conservador.

fue una época que uno descubre cosas... después en mi caso, me calmé, decidí mis hijos, que era lo primordial, la familia [...] yo después no estuve y cuando volví ya era otra, ya tenía hijos... todo se había desmembrado [...] Porque en síntesis es eso [...] la vida cambia, cambia para todos. Porque los ideales de aquella época, hoy a la distancia, no se sí lo volvería a hacer [...] esa época no va a volver nunca más. Era un estallido de ideas nuevas que estaban prohibidas [...] en una de esas vivía acelerada en aquella época y hoy es como que no tengo muchas amigas, me queda un grupo reducido, pero no de aquella época.

¹⁷ Luego de una charla-debate sobre las memorias del “Trelewazo” durante el mes de octubre de 2014, una funcionaria política que había participado como estudiante de esa experiencia, se acercó y me dijo: “le quitaste todo el encanto a la fecha”, aludiendo a mi planteo de las tensiones internas, las memorias en disputa y al uso político/institucional de la memoria en la actualidad. Con ese achaque, revelaba un sentido fuerte dominante, que no había advertido hasta el momento: *todos*; a pesar de las diferencias, el pueblo *todo* se unió; todos unidos en la adversidad salieron adelante. Esa era para ella la principal lección histórica.

El mito del dique coloca la praxis revolucionaria en un extremo tal que rompe la posibilidad de identificación de Adriana con la izquierda. Su actual memoria política se cimienta entonces sobre una estructura de sentimiento a la que se le fueron apilando, como velos, otras subjetividades que no necesariamente guardaban correlación entre sí. Pero esos fragmentos, a veces disonantes entre sí, componen también la melodía de recuerdos que ponen a danzar a la memoria.

Adriana confiere al "Trelewazo" un carácter defensivo, en tanto supone que la politización que acompañó al acontecimiento fue para proteger un nosotros (identidad comunitaria) atacado por un otro foráneo: el V Cuerpo del Ejército que perpetró el Operativo Vigilante. Es decir que se trata de restituir, de recomponer, una situación idealizada previa al conflicto. Desde allí construye su respuesta sobre el significado que tiene hoy para ella esa experiencia política:

Era en ese momento liberar los presos y estuvo abierta la Asamblea hasta que los soltaron a todos [...] ese movimiento que nació en Trelew de politizarse no sé si va a volver... era muy poca gente de afuera; toda gente de Trelew.

Esa idealización gira en torno a una idea de comunidad, similar a la de Thornton Wilder en *Nuestro Pueblo*, impracticable ya para 1972, luego del *boom* migratorio de 1970.¹⁸ No obstante, esto último nos remite a uno de los aspectos vertebrales de la memoria colectiva del "Trelewazo": su funcionamiento como hito refundacional de una identidad comunitaria, de un *ser* trelewense.

¹⁸ "En Trelew, a comienzos de la década de los años setenta, el crecimiento de las ocupaciones de tierras era explosivo: en el barrio 'norte' en 1971 se censaron setenta y una viviendas precarias y a finales de 1972 eran unas seiscientos veinticinco. Para finales del año 1972 más de once mil personas, casi el 40% de la población total, habitaban en unas dos mil viviendas precarias, construidas por ellos mismos en tierras baldías, en sitios que carecían de urbanización previa y de servicios básicos. Solo el 20% contaba con acceso al agua corriente y la energía eléctrica. Las más de seiscientos familias del barrio 'la laguna', que ocupaban tierras fiscales que estaban fuera del dominio municipal, debían surtir de agua potable en una canilla pública a dos cuadras del barrio. Un 80% de estas viviendas se ubicaban en los barrios 'la loma' y 'norte' en tierras de propiedad privada en los pozos dejados por la extracción de material usado para la construcción y el relleno de zonas inundables. La mayoría de los habitantes de estos barrios -y de parte del barrio 'Ojeda'- eran migrantes recientes que provenían del ámbito rural -donde 'la situación era igualmente inhumana'-, sin recursos 'por lo que no cabe otra alternativa' que el asentamiento y ocupación de tierras 'en calidad de intrusos en tierra ajena'" (Fernández Picolo, 2014, pp. 139-140).

Horacio I.

“mis vivencias apuntan a eso. Es decir, no de un compromiso profundo de la sociedad ante el 22 de agosto”

Entrevista a Horacio I., 25 de febrero de 2014, Trelew

Como hemos venido planteando, el “Trelewazo” alberga una heterogeneidad de sentidos que lograron ser articulados en torno a un significativo común —la demanda de liberación de los detenidos—, lo que posibilitó la acción mancomunada y colectiva. La historia oral permite recuperar esos sentidos particulares de la amalgama, y hace que nos preguntemos por los complejos mecanismos de consenso y construcción de las memorias colectivas.

La mirada de Horacio difiere de la de Adriana; en principio, otras experiencias vividas los separan. A comienzos de la década de 1970, Horacio rondaba los 30 años. Ya se había licenciado en historia; trabajaba en la municipalidad de Trelew en el área de planeamiento urbano; integraba la “Comisión de Factibilidad para la Creación de la Universidad de la Patagonia”; era apoderado de presos políticos, formaba parte de la Comisión de Solidaridad; además, era presidente del TET (Teatro Estudio Trelew) y había estado en la organización del cineclub local.

Preguntado por el sentido que tuvo para él el “Trelewazo”, Horacio respondió:

Yo tengo ahí todo un paquete de vida. No lo desagrego a la experiencia de la Asamblea del Pueblo. Fue un componente más de una etapa de mi vida que, como te decía, tenía que ver con la creación de la Universidad, con la urbanización del centro de Trelew, y ¡cuántas cosas más! Nosotros veníamos de ocho años de vivir en el campo; de los 22 a los 30 años viví en el campo. Y cuando vinimos a la civilización teníamos una sed insaciable: nos metíamos en cuanto cosa había, participábamos. La cantidad de amistadas que hice en aquella época de gente de Trelew y de recién venidos. Había bichos interesantes... (Entrevista a Horacio I., 25 de febrero de 2014, Trelew).¹⁹

¹⁹ En adelante todas las citas corresponden a extractos de esta misma entrevista.

Además, Horacio nos cuenta que era íntimo amigo de Rudi (el tío de Adriana), con quien convivió

un año y pico en el campo. El venía de uno de los dos socialismos de la época. Divagando se nos ocurrió una utopía en el campo —que era de mi familia: hacer un falansterio; una de las utopías del siglo XIX. Empezando con dos familias: la de él y la mía. Y en la medida que fuéramos consolidando una autonomía con producción, ingresos y demás, ir incorporando otra gente. Duramos un año y pico... eso fue en el 65. Y terminamos mal la experiencia. Por la vida práctica, encerrados dos familias en una casa todo el día... evidentemente uno ya tiene ciertos condicionantes culturales que son muy difíciles de superar... no pudimos; y si no nos pudimos entender dos familias... ¡imagínate 20 o 30!

Algunas de sus experiencias fueron deviniendo en elaboradas ideas políticas y sociales, y le permitieron significar otros aspectos y dimensiones del acontecimiento. "En el campo me ideologicé. Estar fuera de la civilización... Yo he sido, en aquellos años, un lector insaciable", explicaba Horacio, quien al volver del campo se puso a estudiar historia, y terminó la carrera con antelación. Esta mirada histórica funciona como ordenadora de su relato, en el que presenta como inescindibles la fuga/masacre de agosto de 1972 y el "Trelewazo" del 11 de octubre del mismo año:

El Trelewazo fue una autoconvocatoria exitosa de la población, movilizada por la *razzia* que hizo el ejército en octubre; la fecha me quedó grabada porque era el cumpleaños de nuestra hija, Sandra, nuestra hija mayor [...] mi visión cronológica es que hubo un grupo, interesante y relativamente numeroso, de ciudadanos de Trelew con motivaciones políticas-sociales que se organizaron y se dedicaron a apoyar, atender, auxiliar a los presos políticos de la cárcel de Rawson. Pero que no había -me olvidaba que en el ámbito laboral y sindical también hubo gente que se movilizó- un sentimiento popular generalizado de apoyo a... [gesticula refiriendo que a ninguna ideología en particular]. Y entonces, la Masacre ocurrió con ese grupo de presos políticos y generó una cierta "ajenidad"; me cuesta mucho tratar de delimitar, de plantear una divisoria. Pero mis vivencias apuntan a eso. Es decir, no de un compromiso profundo de la sociedad

ante el 22 de agosto [...] Yo recuerdo incluso en la oficina, yo trabajaba en el plan Área Central de Trelew -trabajaba en la municipalidad en el plan particularizado para las tierras del ferrocarril, para la urbanización- algunos dibujantes, algunos profesionales que decían “bien que los cagaron a tiros; mataron al guardiacárcel”. En tanto que los hechos de Octubre -el Trelewazo- ya estaban distantes de la Masacre.

Sin embargo, Horacio no puede dejar de observar el vínculo entre ambos acontecimientos; claramente los secuestros del Operativo Vigilante de octubre del 72 apuntaban a castigar y desarticular las relaciones de solidaridad que sectores de la sociedad habían entablado con los presos políticos. No obstante, advierte que esta causalidad no fue determinante para la protesta. Plantea que en general, existía cierta indiferencia (*ajenidad*) en la sociedad; cierta extrañeza hacia las organizaciones de izquierda. Por lo que el catalizador de la reacción popular no se halla tanto en las razones de agosto (sentido como ataque a “otros”), sino en los secuestros de octubre (ataque a un “nosotros”). Nos dice que

Entonces, el Trelewazo comenzó con una propuesta de solidaridad, con los vecinos, con mis vecinos, la gente de mi pueblo; [...] además que ya venían mucho más desgastados, el poder militar venía muy desprestigiado. Y en los días sucesivos, con las movilizaciones, con la permanencia del Teatro del Pueblo [Asamblea], fue tomando temperatura. Y se transformó en algo así como una épica pulseada de cómo ir recuperando esos presos; cada vez que volvía uno era una algarabía.

Esto nos hace repensar el lugar marginal que, por lo general, ocupa la Masacre en la memoria política del “Trelewazo”. ¿Predomina una función psicológica en la memoria colectiva, que relega al plano del inconsciente lo lastimoso, como observa Portelli (1989), donde la manipulación del acontecimiento encierra la voluntad colectiva de sopesar la humillación y la pérdida de la autoestima individual?

¿O tal vez el ingrátido lugar asignado a la Masacre en los relatos del “Trelewazo” se debe a una lisa y llana indiferencia, a esa “ajenidad” a la que nos refiere Horacio?

Tal vez la Masacre puede no haber interpelado directamente a la protesta social; sin embargo, su magnitud como hito político fue inocultable. Impactó

particularmente en la cosmovisión y en la estrategia de muchas organizaciones políticas y sociales del país, y sobre todo en aquellos sujetos consustanciados con el proceso político nacional. Su precisa interpretación era un elemento indispensable para cualquier praxis política a corto y mediano plazo. La Masacre estaba presente, gravitando entre quienes participaron activamente de la pueblada; y más entre aquellos que organizaron, discutieron y negociaron tanto dentro de la Asamblea como con el gobierno de facto. Es en relatos como el de Horacio donde el 22 de agosto revela todo su peso y su pesar.

En muchos de estos recuerdos personales existe cierto sentido vindicativo y catártico en la protesta de octubre ante el silencio de agosto. La movilización popular fue sentida en algunos de los sectores involucrados como revancha ante la alevosa masacre y la represión que secuestró a los vecinos. Y la complejidad para aprehender la memoria colectiva del "Trelewazo" está en que estas miradas coexisten con aquellas otras que relegan el impacto de la Masacre a un segundo plano. El predominio de una u otra variará según el contexto y de acuerdo con quien evoque esa memoria colectiva.

La coexistencia de esta heterogeneidad de sentidos a veces contrapuestos, circunscriptos a un mismo acontecimiento, refleja cierta articulación política en el "Trelewazo" que podría ser pensada desde la lógica populista. Horacio lo planteaba así:

cuando la gente se junta, hay una potenciación. ¿Por qué estamos juntos? "Por esto" dice uno; "por aquello" dice otro. Entonces surge lo nuevo, y con más fuerza porque no son individuos sueltos los que lo toman, sino que es un conjunto, un colectivo donde cada cual cree que este colectivo representa las ideas, propósitos e intereses suyos.

El Teatro (Asamblea) funcionó también como un significante vacío,²⁰ en cuanto que podía ser llenado con sentidos variables e indefinidos que coexistían e interactuaban entre sí. Horacio contaba que durante los momentos en los que no sesionaba la Asamblea, pero se mantenía habitado el Teatro, "mataban" el tiempo tomando mate, charlando o haciendo guitarreadas:

²⁰ "Cuando hablamos de significantes vacíos, queremos decir que existe un punto, dentro del sistema de significación, que es constitutivamente irrepresentable; que en ese sentido, permanece vacío, pero es un vacío que puede ser significado..." (Laclau, 2011, p. 136).

buena parte de lo que se escuchaba en el Teatro eran canciones [...] se hacían con estencil copias que se distribuían [...] era una especie de peña; y ahí tuvo un papel importantísimo el hermano de Coca [...] tenía mucha creatividad: creó muchas canciones y otras tomando del repertorio latinoamericano. Muy jugado, un tipo que estaba todas las noches trayendo algo nuevo para cantar.

Horacio pudo recordar algunas canciones: “Me acuerdo de ‘que culpa tiene el tomate que está tranquilo en su planta si viene un hijo de puta y lo lleva para Caracas...”. Aclaró que además había mucha influencia del cancionero republicano de la Guerra Civil Española. Estas hibridaciones nos recuerdan las reflexiones de Portelli respecto de las músicas folklóricas, sobre cómo se reactualizan esas canciones pasadas para significar situaciones presentes: “la posibilidad de expresar y comunicar las nuevas ideas y los nuevos temas surgía justamente porque había viejas formas disponibles en las que contenerlos” (Portelli, 1999, p. 7). Esas viejas formas abrigaban contenidos de luchas; canciones de protesta. Un híbrido interesante que Horacio nos dijo que se cantaba, era: “Todos debemos luchar por liberar nuestros presos; y por la reforma agraria y por el poder popular”. Esas canciones coexistían con otras del repertorio latinoamericano de izquierda, y con improvisadas rimas que expresaban el clima que se vivía, como por ejemplo: “salta, salta, salta, gobernador Costa, el pueblo de Trelew quiere hacerte bosta”.

Para Horacio, la “Asamblea del Pueblo” que mantuvo ocupado el Teatro Español de Trelew, desempeña un lugar central para comprender la dinámica del “Trelewazo”.

El Teatro fue todo un símbolo: de apropiación, de cosa que es nuestra. [...] el teatro era de los gallegos, así como el Verdi era de los tanos y el San David de los galeses. [...] en ese momento no lo administraba la Sociedad Española, sino que lo usaba la Municipalidad que lo alquilaba. [...] se cuidó el Teatro: hubo un compromiso de responsabilidad... no se rompió una silla, no se afanó nada, no se hicieron pintadas... el teatro fue muy simbólico. Todo un símbolo, de apropiación de cosa que es nuestra.

Los sectores más moderados —liberales— interpretaron que el respeto y el prolijo cuidado de ese espacio fue muestra del grado de civilidad y madurez

del pueblo de Trelew, lo que tácitamente era contrapuesto con otras protestas, como por ejemplo el "Cordobazo". Esto, como distintivo, pervive en la memoria colectiva y enaltece la identidad y el orgullo de sus habitantes.

Sin embargo, Horacio nos quiere referir algo distinto: simbólicamente, el Teatro pasaba a ser "propiedad" del pueblo (del nosotros), y dejaba de simbolizar o representar al poder provincial (los otros) que lo administraba. La diferencia está entre "ocupar" y "apropiar":

Instalado el Teatro fue convocante. Es decir la gente se daba cuenta que había un espacio del cual participar, no verlo de afuera. Por eso las grandes movilizaciones... '¿qué hacemos? ¡vamos al teatro!'. Un lugar donde pasan cosas; donde yo soy admitido. Esa fue la magia del Teatro. La inclusión. (...) las actitudes y las ideas de la gente eran diversas, pero había un espacio que era digno de ser habitado, de ser apropiado. Es decir, que era una experiencia que no habían tenido antes. Era nuestra casa...

Esta apreciación es clave para analizar la pueblada. La Asamblea conformó un espacio alternativo de expresión que satisfizo en parte la necesidad de participación política de la población. Pero esa forma de participación era diferente de aquella que ofrecía la democracia representativa. Esa práctica política directa, inclusiva, autónoma y comunitaria que se ejerció en el teatro, en la plaza y en las calles fue resignificando la idea de democracia, lo que marcó profundamente a quienes formaron parte de esa experiencia.

Otro importante elemento que Horacio refirió fue el fracaso de los partidos políticos²¹ durante el "Trelewazo" para encausar la protesta:

La Asamblea del Pueblo les pasó por arriba; lo que propusieron de movida fue una cosa muy chirla, muy aguachenta: sacar una declaración y vamos todos a casa. Y lo que surgió de la Asamblea es: "de acá no nos vamos hasta que los devuelvan" [a los presos].

Esta es una interesante cuestión que pone de relieve la tensión entre los tradicionales dirigentes políticos que inician las mediaciones con el gobierno

²¹ Los partidos políticos que intercedieron fueron: Partido Justicialista, Radical, Socialista (PSP), Movimiento de Integración y Desarrollo, Partido Demócrata del Chubut, Partido de Acción Chubutense y Partido Revolucionario Cristiano.

provincial (Comisión Interpartidaria), y los dirigentes que emergen entre los asambleístas (Comisión de la Asamblea). Unos tenían la legalidad para mediar con el poder político, y otros la legitimidad para representar a la Asamblea del Pueblo.²²

Irma T.

en el Teatro es donde se reunían todos; [...] Uno iba y los escuchaba. Así empezamos a tomar conciencia de lo que estaba pasando.
(Entrevista a Irma T., 26 de febrero de 2014, Trelew)

Irma recuerda a Horacio como uno de esos dirigentes, o al menos, como alguien bastante involucrado:

me acuerdo que andaba siempre al frente de las marchas [...] caminaba de atrás a adelante, viendo quién venía... [...] Cuando andaba una camioneta-sospechosa- [...] él nos decía: “no se metan en los callejones”; pasábamos frente a la comisaría y nos decía “en ese callejón no se metan; corran y métanse al Español” [...] “se viene la marea”, decía (Entrevista a Irma T., 26 de febrero de 2014, Trelew).²³

Irma recordaba vívidamente esa imagen. A Horacio ya lo conocía de antes:

Yo los veía llegar, junto a Rudi con quien trabajaba en una confitería, a comprar a lo de Pérez Insúa, los panes de manteca y cuando se iban, los patronos míos con sorna decían: “éstos son los comunistas, estos son los raros”... tenían barba...

“En la época del Trelewazo yo trabajaba en una distribuidora de la empresa Sancor; vendían fiambres, manteca, etc. Y yo trabajaba haciendo boletas” contaba Irma. Nacida en una familia obrera de identidad peronista, temprana-

²² Dice Fernández Picolo respecto de la conducción de la Asamblea: “Si bien los partidos políticos continúan encabezando la protesta, se distinguen dos grupos: Uno corresponde a los políticos tradicionales que formalmente parece que están al frente de la protesta, y el otro son los asambleístas, integrantes de líneas internas combativas y con una importante militancia que supera los ámbitos partidarios -sea el Encuentro Nacional de los Argentinos, los gremios y la lucha por los presos políticos- y que constituye una práctica política distinta” (Fernández Picolo, 2014).

²³ En adelante, todas las citas corresponden a esta entrevista.

namamente incorporó las preocupaciones por los derechos y por la dignidad de los trabajadores. Sancor presentaba irregularidades laborales tales como contratar menores, no respetar horarios o no bonificar horas extras. Irma advertía a sus compañeros sobre esta situación, y les aconsejaba: "ellos se pensaban que si vos pedías era porque estabas en contra del patrón". Allí, nos cuenta, es donde se ganó el apodo "Piquito de Oro", por "no perdonarles una". Además, denunció a sus empleadores ante la Secretaría de Trabajo por tener personas trabajando en negro. Sin embargo, como ella misma nos refirió, faltaba tiempo aún para su maduración política. La misma llegaría pocos años después del "Trelewazo", de la mano de su experiencia sindical.

El golpe de 1976 la sorprende trabajando en una fábrica de relojes. Para ese entonces, Irma ya era delegada sindical de la Unión Obrera Metalúrgica. "Yo era delegada, y como delegada defendía... yo nunca estuve a favor de los patrones...". Sus inquietudes políticas ya la habían acercado también a *Estrella Roja*²⁴ y a otras publicaciones similares, que su madre prudentemente debió quemar. En esa época testificó a favor de una compañera que había sido echada sin justificación. "Y ganó el juicio; se lo pagaron. Pero todos tenían mucho miedo. Y Jara, el secretario general del sindicato, en ese momento ni apareció. Yo lo llamaba: -¡vení que tenemos problemas en la fábrica!".

Allí trabajaba en una línea de montaje de relojes, junto a otros 60 obreros, en su mayoría mujeres; esto le permitía desarrollar preocupaciones tanto de clase como de género. Contó que en una oportunidad sus compañeras se quejaban por tener que barrer. Entonces Irma enfrentó al encargado y le dijo que iba a tener que tomar una persona para limpieza: "el encargado de los muchachos me dijo: 'Pero Irma, alguien tiene que barrer!' y bueno, ¡mándenlos a los varones a barrer!".

Pero en líneas generales no recuerda que haya sido una fábrica problemática: "en la fábrica esa me gustó; trabajé mucho... si pedías aumento, hablabas con ellos y te escuchaban. Y ganábamos bien, se trabajaba bien y era limpia, porque exigíamos también la hora de descanso, el comedor [...] no teníamos muchos líos", nos decía Irma recordando con gratitud "al viejito", como afectuosamente se refería al dueño. Los buenos términos de la relación laboral y la predisposición de la patronal a mantener un clima de trabajo favorable

²⁴ Revista que publicaba el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP).

permitían ajustar su realidad a la ideología formal del peronismo bajo la que Irma se había formado.

Pero esta baja conflictividad no necesariamente se traducían en baja combatividad. Recordó que “antes de que la sacaran a Estela de Perón, yo había entrado en la fábrica de relojes y pedimos aumento. Tres días de huelga, ¡mirá, hacer huelga nosotros a un partido peronista! y pedíamos, a la UOM, el 137% y nos lo dieron”.

Sin embargo, el recuerdo que eclipsa su memoria de aquellos años es el del miedo que irradiaban la represión y el terrorismo de Estado: recordaba aún la música de los comunicados militares por la radio y algunas caras que nunca más volvió a ver. Además, como delegada, ella se sentía expuesta: “Irma, andá vos porque tenemos miedo’. ¿Y te crees que yo no tengo miedo? ¿Pero cómo te vas a dejar pisotear?”, repetía a sus compañeras. Del secretario regional del sindicato recuerda que “cuando estaba Isabelita, sí aparecía [...] viste que tenés siempre montones de problemas -laborales, de horarios, extras, etc.-, y Jara estaba, pero cuando pasó todo esto no apareció más”.

La memoria de Irma privilegia aquellos recuerdos vinculados a su experiencia sindical como delegada de base; de vivencias que fundan y realizan su identidad de obrera peronista, como también de aquellas otras que la pusieron a prueba. Sus vivencias gremiales (experiencia de clase) tuvieron constitutivamente más peso (significancia) en su subjetividad que hechos o acontecimientos de otra índole. Es por ello que al apelar a su memoria, los recuerdos políticos e históricos más lúcidos están asociados a esta etapa de su vida; es decir, al trabajo en la fábrica de relojes donde era delegada sindical (1976) y no tanto al de la distribuidora Sancor (1972, año del “Trelewazo”), que remite a una etapa temprana de su experiencia: la de su juventud.

Irma periodiza su relato utilizando como principal referencia temporal los lugares donde trabajaba. Esta forma es la que Portelli asemeja a una rueda: “un borde circular y rayos que irradian en todas direcciones desde un eje central de significado” (1994, p. 8). Así es que, para manejarnos con facilidad a lo largo del plano temporal, aludíamos directamente a una u otra experiencia laboral: por ejemplo, al momento del “Trelewazo” (1972) ella trabajaba en una distribuidora de lácteos; y en 1976 hacía lo propio en una fábrica de relojes. Estas referencias laborales nos sirvieron en el diálogo para movernos temporalmente con facilidad y poder comparar ambas dictaduras.

Pero también hay una doble espacialidad sobre la que transitan sus recuerdos: entre Trelew y Santiago del Estero. Cuando se produce el "Trelewazo", su grado de politización era bajo; había comenzado a tomar conciencia de la realidad sociopolítica del país en sus viajes a Santiago del Estero, donde vivía una hermana suya a quien visitaba con frecuencia. Allí experimentó una dura represión de la policía montada, y se topó y vivenció otros niveles de conflictividad: "allá se sentía más [la represión]; yo me acuerdo que fui a una marcha en Santiago y nos corrieron con los caballos; o disparabas (corriendo) o te llevaban por delante". Esto le permitía conocer otras realidades y problematizar su propia sociedad trelewense.

yo estuve en Santiago del Estero y me decían: "¿pero ustedes no saben lo que pasa en Trelew?" y yo decía: "sí, sabemos, pero ¿qué vamos a hacer?". Sabíamos que llegaban los colectivos con todos los chicos. Me acuerdo que los bajaban acá en el avión y pasaban. Yo siempre me acuerdo de las manitos de las chicas, eran flaquitas y sacaban las manos así (con el puño en alto) para afuera. No se veían las caras de ellos, pero sacaban las manos así [repetiendo el gesto] y pasaban para Rawson.

En cuanto a lo concerniente a su participación en la pueblada, Irma contó que fue más bien azarosa:

yo no era todavía delegada de la fábrica, ni nada. Me acuerdo estaba en una esquina y viene un grupito haciendo una marcha; y yo conocía a Juan, y el gritaba: "vengan, involúcrense...". Yo estaba parada ahí con mi hermana y él nos dice: "vengan, ¡vamos a la marcha!" [...] entonces empezamos a ir a las marchas, que después se fueron haciendo cada vez más grandes.

En la primera oración, Irma tácitamente anticipa que su madurez política no había llegado aún. Más adelante especificó:

Después vino la represión grande, y esa fue otra. Ahí si yo era delegada de la fábrica y empecé a pensar más. Pero cuando fue el Trelewazo yo trabajaba en una oficina; ya te digo, si no era por este chico que gritó "vengan, involúcrense" ...

Por su parte, lo que atañe a la Masacre de Trelew se presenta en la memoria de Irma como recuerdo incómodo de humillación. Al respecto nos contó que

una vez que estaba en Santiago, no fui a votar, así que fui allí a la comisaría, [a justificar] y me dice el policía: “ustedes son los malos” porque había lo de la Base y nos tenían a nosotros como que no ayudamos a los chicos, que dejamos que los mataran.

Es decir, que el policía la hostigó responsabilizándola a ella —y a su sociedad— por la Masacre.

Algo de esa culpa estructura parte de su memoria: “empezaron a tener miedo cuando mataron a los muchachos en la Base; muy cobardes fueron acá, no hacían nada, se quedaban callados”. Irma expresa una mezcla de bronca, deshonra y vergüenza por el silencio posterior a la Masacre. Pero también refleja cierta exterioridad al posicionarse fuera —“ajenidad”— de esa historia (*story*) de 1972. Distinto es su posicionamiento respecto de la otra dictadura. Allí sí se siente partícipe con responsabilidad de una historia (*history*) que la constituyó subjetivamente, siendo delegada sindical.

Preguntada directamente por el significado del “Trelewazo”, Irma no lo disoció de la Masacre; en su respuesta ambos acontecimientos se funden:

no creo que le haya quedado mucho a la gente; yo tenía un amigo que iba conmigo pero creo que ni se debe acordar... él iba porque iba un amigo, o porque se llevaron a Maestro [Carlos]; Maestro tenía muchos amigos. Yo veo y escucho hoy por hoy a la gente que no está muy interesada por nada... todavía mucha gente ni sabe lo que pasó en la Base; saben que mataron gente pero no saben porque, todavía la culpa la tienen ellos [los presos políticos]... yo te digo por mi vecina, por estos de acá al lado. No tienen idea de nada, a lo mejor hay gente que sí, pero yo no los conozco.

Su memoria plantea una tácita problematización en torno a la cuestión de los grados de conciencia (politización) en la movilización popular. La espontaneidad de su propia experiencia política (recuerda que se sumó a la marcha porque Juan le gritó para invitarla) contribuye a formar la idea de que no todos los que participaron de la pueblada conocían de la misma manera sus reales implicancias: “había muchos que iban, por ir... había una chica [...]

que estaba en la marcha, y si le preguntabas no entendía nada, ella iba a la marcha como un juego. Mucha gente no tenía noción de lo que era".

Lo interesante de esta cuestión es que nos invita a pensar los diferentes motivos y procesos de politización que atraviesan los sujetos. Para Irma, fue una contingencia: la de Juan invitándola a la movilización mientras ella miraba marchar a las personas desde la vereda.²⁵ Para Adriana, se trató de una rebeldía "teatral"; para Horacio, tal vez, una inquietud intelectual. ¿Cuál habrá sido la razón para esa "chica" que menciona Irma?

Recordando la Asamblea del Pueblo explicó: "en el Teatro es donde se reunían todos; ahí hablaba uno, hablaba otro, de ellos, de los que estaban involucrados. Uno iba y los escuchaba. Así empezamos a tomar conciencia de lo que estaba pasando". El teatro fue, entonces, no solo un lugar de expresión popular, sino también un espacio de sociabilidad y politización a través de escuchar a los oradores, participar de los debates, entonar canciones y partir a marchar a las calles. Estas problematizaciones nos invitan a pensar en profundidad no solamente algunos aspectos del "Trelewazo" en particular, sino de las protestas sociales en general.

Juan T.

"el pueblo marcha con sus dirigentes a la cabeza, o con la cabeza de sus dirigentes" (Dichos de Rudy, recordados en la entrevista a Juan T., 26 de febrero de 2014, Trelew)

Juan fue quien invitó a Irma y a su hermana a sumarse a la marcha aquel octubre de 1972. Juan contó que en aquel entonces trabajaba en la Dirección General de Rentas y acompañaba en las luchas al naciente sindicato de obreros y empleados de la administración pública provincial: SOYEAP.²⁶ "Un sindicato fuerte y combativo", recordó, y más adelante en su relato explicó: "Nosotros peleábamos por reivindicaciones salariales; en realidad lo nuestro pasaba por sueldos tan bajos que eran apremiantes. Yo me acuerdo de una compañera de trabajo que lloraba cuando agarraba un sobresueldo".

²⁵ Sin que por ello perdamos de vista en el análisis, su predisposición a quedarse parada (tal vez por curiosidad o inquietud política), casi como esperando ser interpelada a participar.

²⁶ Sindicato de Obreros y Empleados de la Administración Pública.

Esta experiencia sindical anticipa también su cierto grado de politización. Así lo indica además su intervención directa en la “Asamblea del Teatro”, que narró con especial entonación:

Se estaba hablando de la posibilidad de ir a entrevistar al gobernador o no... yo estaba en un palco al fondo; no era de hablar porque me apabulla hacerlo frente a la gente. Entonces, se debatía si era oportuno salir a manifestarse en columna hasta Rawson a reclamar al gobernador, o esperar un momento más adecuado. Entonces yo les grité desde el palco: “La ocasión es como el fierro compañero, ¡hay que machacar caliente!”. Y era el momento, que la efervescencia no se perdiera... (Entrevista a Juan T., 26 de febrero de 2014, Trelew).²⁷

Su definición del “Trelewazo” no varía sustancialmente respecto de otras memorias. No obstante, aporta al mosaico histórico, para aprehender cierta estructura de sentimiento, un elemento que los otros entrevistados no habían manifestado, al menos directamente: el de la indignación popular, que podríamos interpretar, en parte, como fuerza moral acumulada²⁸ que facilita el paso a la acción directa.

Lo del “Trelewazo” fue una tremenda manifestación de gente disconforme... creo que fueron los precursores del movimiento español, los indignados. Porque realmente fue un movimiento de indignados porque se habían secuestrado ciudadanos [...] fue algo espontáneo, la gente estaba muy disconforme con lo que estaba pasando, con la dictadura y harta de la prepotencia. La gente veía que si hoy se llevaban a esas personas y no volvían iban a seguir llevando. [...] la gente lo vivió muy indignada a todo eso, y veíamos que íbamos a recuperar a esos ciudadanos, entonces lo hacíamos con cierta alegría, porque era un triunfo del pueblo contra la dictadura.

²⁷ En adelante, las citas corresponden a esta entrevista.

²⁸ Tomando esta noción de Beba Balvé, Emilio Crenzel la define como “el grado de convicción acerca de la lucha que están librando y la convicción de su justeza y necesidad de continuación. Esta es la fuerza que permite vencer al miedo, o desplazarlo y es el soporte material para que los cuerpos se desplieguen en una confrontación, adquiriendo un verdadero carácter de fuerza material” (Crenzel, 2000, p. 42).

La relación entre la masacre de agosto y la pueblada de octubre se presenta difusa en la memoria de Juan; es decir, los fusilamientos parecieran guardar poca relación causal con esa indignación de la gente. Algo similar nos refería Horacio al decirnos que los "los hechos de Octubre [el "Trelewazo"] ya estaban distantes de la Masacre". Sin embargo, un recuerdo de Juan evoca cierta latencia del fantasma del 22 de agosto funcionando como mecanismo de terror-coerción: "en un momento en una marcha se habló que [la marina que tenía muchos soldados en la Base] venían marchando hacia Trelew para reprimir la manifestación: no se movió nadie; la gente estaba dispuesta a sacrificarse".

La memoria de Juan presenta entonces al "Trelewazo" y a la Masacre como contrapuntos. Mientras que el primero fue una "espontánea" y "tremenda manifestación" popular, el 22 de agosto expresa la indiferencia de amplios sectores de la sociedad, donde predominaba la versión del intento de fuga y la antipatía hacia los "guerrilleros", lo cual generó una fuerte tensión en Juan al ubicarse en los márgenes de lo que él percibía como "sentido común":

En la administración pública, en la parte que yo trabajaba no hubo una reacción de la gente que digan "¡que injusticia!"; lo tomaron como que eran bandidos... éramos poquitos los que pensábamos distinto [...] Realmente fue muy, muy feo... yo lo pasé mal... en mi trabajo lo comentaba con los compañeros y había gente grande y gente ilustrada que decía "si eran terroristas, se quisieron escapar", y yo les decía "cómo se van a escapar de la Base, desnudos y con una toma de judo eliminar tres guardias armados... imposible, es un descampado. Eso fue una matanza"...

Otro aspecto al que se refirió Juan fue al de los dirigentes del "Trelewazo". Nuevamente, aparece en las memorias de la pueblada la figura de Rudi (tío de Adriana, y amigo íntimo de Horacio):

Lo que recuerdo son las marchas en la calle; me acuerdo de una frase de Rudi que la repetía bastante seguido en las movilizaciones, en las marchas en la calle: se ponía delante de la gente se daba vuelta, levantaba el índice de la mano derecha y decía: "el pueblo marcha con sus dirigentes a la cabeza, o con la cabeza de sus dirigentes"... era interesante la frase [...]

yo creo que estaba en camino de ser dirigente si se hubiera quedado, pero tuvo que exiliarse porque si no era “boleta”²⁹.

Consideraciones finales

Hemos presentado cuatro narraciones que comparten un mismo acontecimiento; cuatro miradas que tienen un punto de encuentro en el tiempo y el espacio: el “Trelewazo”. En este ordenamiento que desde el análisis les hemos impuesto —cual *puzzle*—, se encuentran esas narraciones visitadas por la figura de Rudi Miele, dirigente de la Comisión Asamblearia y referente de la memoria popular.³⁰

Adriana (sobrina de Rudi) formaba parte del grupo Teatro Estudio Trelew, que Horacio y Rudi habían armado; Irma aún los recuerda (a Horacio y a Rudi) con sus barbas yendo a comprar al lugar donde ella trabajaba; o a Horacio dirigiendo y cuidándolos en las marchas por la ciudad. Y es Juan quien desde la calle le grita a Irma, que se encontraba dubitativa en la vereda, que se sume a la marcha, a partir de lo cual se implicó en las sucesivas manifestaciones. Las cuatro miradas pueden ser inscriptas en esa parte de la memoria colectiva anclada en lo popular, que atesora la experiencia de masa y la participación directa, horizontal y autónoma, en el marco de una dictadura militar.

Juan todavía recuerda a Rudi en las movilizaciones gritando “el pueblo marcha con sus dirigentes a la cabeza, o con la cabeza de sus dirigentes”, lo que nos hace repensar y problematizar el rol y el protagonismo que tuvieron los partidos tradicionales. La imagen que Juan conserva es que “los políticos en realidad, los que después ejercieron, estaban bastante borrados o no habían asomado todavía”. La misma apreciación que tuvo Horacio al respecto, al afirmar que “la asamblea les pasó por arriba”.

²⁹ Modismo que significa “ser asesinado”.

³⁰ Su semblanza podría contraponerse a la de Santiago “Chiche” López, representante de la Comisión Interpartidaria y referente de la memoria “cívica”. Perteneciente a una nueva generación de dirigentes regionales de la UCR, “Chiche” López fue abogado, miembro de la de la Comisión de Solidaridad y apoderado de presos políticos. Desempeñó un activo protagonismo en la conducción de la Asamblea del Pueblo y fue electo al año siguiente, en 1973, diputado provincial. En 1983 fue nuevamente electo, esta vez como diputado nacional y pasó luego a integrar la CONADEP (Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas). Un acercamiento a la mirada de López puede encontrarse en González Canosa, 2005.

En la memoria oficial del “Trelewazo”, este aspecto está invisibilizado, compartiendo con la memoria cívica el énfasis puesto en la eficacia del sistema de partidos.

El acto del gobierno por los 41 años de la pueblada —conmemorado oficialmente desde el año 2005— fue cerrado, se realizó en el Salón Histórico de la Municipalidad y asistieron no más de una treintena de personas. Así se celebraba, paradójicamente, la memoria de esa experiencia masiva de participación popular e inclusión política que fue la Asamblea. Dijo en esa oportunidad el intendente de la ciudad:

más allá de reconocer a las figuras públicas que fueron parte de estas jornadas, también vamos a trabajar para rescatar a aquellas personas anónimas que también participaron, porque “el trelewazo” no sólo fue de los dirigentes sino del pueblo todo (*Jornada*, 11 de octubre de 2013. El subrayado es nuestro).

Al naturalizar un supuesto protagonismo de la clase política, esta memoria oficial invisibiliza la “herejía” central del “Trelewazo” para la democracia liberal: prescindir de los tradicionales mecanismos de mediación política. Y es lo que atesora esa memoria de corte popular que mencionábamos al comienzo; memoria que preserva el recuerdo de esa experiencia política inédita, altamente deliberativa y participativa, que se practicó en las calles, en la plaza y en un teatro apropiado al poder municipal. La asamblea fue un oasis para la praxis política en el marco de la dictadura militar.

Pero además, el uso político de la memoria del “Trelewazo” busca posicionar a los miembros de la actual elite política como los herederos de aquellos dirigentes de la pueblada, ungidos así de aquel “ser trelewense” que dignifica, llena de orgullo y garantiza un auténtico espíritu democrático. También expresaba el intendente en esa misma ocasión: “ese es el espíritu que ha hecho que buena parte de los dirigentes más caracterizados de los partidos políticos, en dictadura o en democracia, hayan sido de esta ciudad y lo sigan siendo” (*Jornada*, 11.10.2013).

La memoria del “Trelewazo” que se evoca desde el Estado retoma elementos de aquella memoria cívica que contemporáneamente ayudó a consolidar el diario *Jornada*, al presentar una versión más “domesticada” de esa experiencia política de masas y repositionar a la dirigencia política tradicional

en el centro de la escena. Esto constituye un fuerte contraste con las miradas que nos ofrecen Juan, Irma, Adriana y Horacio, donde se revela la artificialidad de la memoria-monumento y la manipulación de sentidos que desde arriba, y con arreglo a fines presentes, se hace con el “qué” se recuerda y “cómo” se conmemora.

Referencias bibliográficas

- A 41 años, Trelew recordó el “Trelewazo”. *Jornada*, 11 de octubre de 2013. Recuperado de www.diariojornada.com.ar/81284/Politica/A_41_aos_Trelew_recordo_el_Trelewazo
- Binder, A. (2015). Del Primer Congreso de Historia del Chubut y su trasfondo político y económico (noviembre de 1967). *Revista de Historia Regional*, 33.
- Crenzel, E. (2000). Elementos teórico-metodológicos para un análisis comparativo de los procesos de lucha de calles y resistencia popular en el NOA. *CUADERNOS*, 13, FHYCS - UNJu. Recuperado de www.scielo.org.ar/pdf/cfhycs/n13/n13a03.pdf
- Feierstein, D. (2011). *El genocidio como práctica social*. Buenos Aires: FCE.
- Fernández Picolo, M. (2014). La fuga, la masacre, la asamblea. En *Trelew: esa masacre que aún es fuego*. Rawson: Secretaría de Cultura de la Provincia del Chubut.
- Gatica, M. y Debattista, S. (2009). Trelew, un lugar en el tiempo. Notas en torno a las memorias de la masacre (Agosto de 1972). Una perspectiva desde la Historia Oral. Ponencia presentada en el *IX Encuentro Nacional y III Congreso Internacional de Historia Oral de la República Argentina*. Buenos Aires: Dirección General de Patrimonio Histórico e Instituto Histórico, Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires.
- González Canosa, M. (2005). *Las puebladas del principio de los '70, un estudio de caso: Movilización y protesta social en Trelew: La “Asamblea del Pueblo”*. Tesis de grado. Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Disponible en www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.538/te.538.pdf.
- Junio de 1973. Entrevista a Ricardo Haidar, María Antonia Berger y Alberto Miguel Camps [Mensaje en un blog]. *Diario del Juicio. La Masacre de Trelew 40 años después*. Recuperado de <http://veintidosdeagosto.blogspot.com.ar/p/documentos.html>

- Laclau, E. (2011). *La razón populista*. Buenos Aires: FCE.
- Martínez, T. E. (2004). *La pasión según Trelew*. Buenos Aires: Aguilar.
- Perea, C. (2007). Chubut, Trelew y Rawson (1960-1972). En O. Pellettieri. *Historia del teatro en las provincias*. Buenos Aires: Galerna.
- Portelli, A. (1989). Historia y memoria: la muerte de Luigi Trastulli. En *Historia y fuente Oral*, 1, 5-32. Recuperado de <http://ethnohistoriaenah.blogspot.com/2010/10/portelli-historia-y-memoria-la-muerte.html>
- Portelli, A. (1993). El tiempo de mi vida: las funciones del tiempo en la historia oral. En J. Acevez Lozano (Comp.), *Historia Oral*. México: Instituto Mora, Universidad Autónoma Metropolitana.
- Portelli, A. (1999). Memoria y Resistencia. Una historia (y celebración) del Circolo Gianni Bosio. *Taller. Revista de Sociedad, Cultura y Política*, 4(10).
- Portelli, A. (2002). Las fronteras de la memoria. La masacre de las Fosas Ardeatinas. Historia, mito, rituales y símbolos. *Sociohistórica*, 11-12. Recuperado de www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.3065/pr.3065.pdf
- Portelli, A. (2016). *Historias orales: Narración, imaginación y diálogo*. La Plata: FaHCE-UNLP, Rosario: Prohistoria.
- Urondo, F. (1973). *La Patria Fusilada*. Buenos Aires: Crisis.

Fuentes escritas

Diario *El Chubut*

Diario *Jornada*

Fuentes orales

Adriana B. Entrevista realizada por Axel Binder el 20 de febrero de 2014 en la ciudad de Trelew.

Irma T. Entrevista realizada por Axel Binder el 26 de febrero de 2014 en la ciudad de Trelew.

Horacio I. Entrevista realizada por Axel Binder el 25 de febrero de 2014 en la ciudad de Trelew.

Juan T. Entrevista realizada por Axel Binder el 26 de febrero de 2014 en la ciudad de Trelew.

Sobre los autores

María Lucía Abbattista

Profesora en Historia por la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UNLP, donde se desempeña como docente e investigadora. Maestranda en Historia y Memoria y doctoranda en Historia de la UNLP, donde investiga sobre las políticas educativas y culturales antagónicas del peronismo en los años 1973-1976. Con diversos intereses sobre la historia reciente argentina, trabajó en el Archivo de la Comisión Provincial por la Memoria, fue becaria del CONICET y forma parte del equipo voluntario del sitio Casa Mariani-Teruggi. Integra el Proyecto “La represión en Berisso y Ensenada, 1973-1983. Una aproximación a escala local a partir del análisis de archivos oficiales, testimonios judiciales e historia oral” y el Grupo de Trabajo de CLACSO “Derechos Humanos, luchas y territorialidades”.

Victoria Álvarez

Profesora de enseñanza media y superior en Historia por la Universidad de Buenos Aires, Magíster en Historia y Memoria por la Universidad Nacional de La Plata y doctoranda en Estudios de Género en la Universidad de Buenos Aires. Becaria doctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas con sede en el Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género de la UBA y se desempeña como docente en la misma universidad. Participó de la investigación del documental “Campo de batalla. Cuerpo de mujer” (Álvarez, 2013). Se especializa en el pasado reciente argentino y en los estudios de género y ha publicado artículos en torno a esos temas en Argentina y en otros países de Latinoamérica.

Axel Binder

Licenciado en Historia por la Universidad Nacional de la Patagonia (UNP), doctorando en Historia de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UNLP. Miembro del Instituto de Investigaciones Históricas y Sociales (INSHIS). Co-autor del libro *Diario del Juicio: La Masacre de Trelew 40 años después* (2015) e integrante de proyectos de investigación sobre memoria de la clase obrera y sobre archivos y actividades de información e inteligencia. El tema principal de investigación es la historia social del Noreste de Chubut, analizando su conflictividad, la transformación de su estructura económico-social y la configuración represiva local. Paralelamente a esta línea de investigación, que tiene como hito central el “Trelewazo” de 1972, se encuentra trabajando en la conservación y clasificación de la serie documental “Prontuarios Policiales del Chubut” cedidos por la Subsecretaría de Cultura de Chubut al INSHIS.

Eleonora Bretal

Licenciada en Sociología (FAHCE/UNLP). Magíster y Doctoranda en Ciencias Sociales del Programa de Posgrado de la Universidad Nacional de General Sarmiento y el Instituto de Desarrollo Económico y Social (UNGS-IDES), investiga temas acerca del mundo del trabajo y la historia reciente. Integrante de dos proyectos de investigación radicados en el Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (IdIHCS-CONICET/UNLP): “Cambios y continuidades en el sindicalismo argentino 1955-2010” y “Archivos policiales e historia social del trabajo. El archivo de la Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires y el estudio de la clase obrera en el Gran La Plata (1957-1976)”. Docente de la cátedra Sociología General (FAHCE/UNLP) y de la cátedra Historia Social General (FBA/UNLP). Miembro del Comité Editorial de la revista *Prácticas de Oficio. Investigación y reflexión en Ciencias Sociales*.

Lorena Cardona

Licenciada en Sociología y Magíster en Historia y Memoria de la Universidad Nacional de La Plata. Doctoranda en Historia de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Becaria doctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas. Integrante del Centro de Investigaciones Sociohistóricas (CISH)

de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (UNLP) perteneciente al Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (IdIHCS) (UNLP-CONICET).

Yazmin Conejo

Licenciada en Literatura Latinoamericana por la Universidad Autónoma de Yucatán (UADY), México. Maestranda en Historia y Memoria por la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Integrante del proyecto de investigación “Violencia, literatura y memoria en el campo literario latinoamericano de las últimas décadas” (FAHCE- UNLP. Periodo 2014-2018).

Patricia Flier

Doctora en Historia por la Universidad Nacional de La Plata. Investigadora y miembro del Consejo Científico del Centro de Investigaciones Socio Históricas (CISH) de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata, perteneciente al Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (IdIHCS) (UNLP-CONICET). Directora del Doctorado en Historia y Prosecretaria de Relaciones Institucionales de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UNLP. Profesora Titular la cátedra Historia Social Argentina FAHCE/UNLP y Directora del proyecto “La Historia Reciente y los usos públicos del pasado: militancias, etnicidad y políticas de memoria desde/en América Latina”, Programa de Incentivos a la Investigación de la Universidad Nacional de La Plata, Periodo 2018/2022. Directora del Programa Interinstitucional de Investigaciones: “Migraciones, Exilios, Refugios” con sede en la UNLP, Argentina.

Anabella Gorza

Doctora y Profesora en Historia por la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UNLP. Es becaria posdoctoral de CONICET y realiza sus investigaciones en el Centro Interdisciplinario de Investigaciones en Género (CInG) de la FAHCE-UNLP, donde ha participado en proyectos de investigación sobre género y modernización en Argentina, y en proyectos de extensión sobre historia de las mujeres y género. Es editora de sección en la revista *Descentrada*, Revista interdisciplinaria de feminismos y género

(CInIG-IdIHCS- FaHCE-UNLP), y cuenta con trabajos en revistas académicas con referato. Investigadora participante del proyecto Programa de Incentivos a la Investigación de la Universidad Nacional de La Plata, Período 2018/2022 y del Núcleo de Estudios Judíos (NEJ), perteneciente al IDES-CONICET.

Andrea Raina

Licenciada en Historia por la Universidad Nacional del Litoral, Doctoranda en Historia (UNLP), investiga temas de historia reciente Argentina, especialmente en el campo de las militancias políticas. Es docente en la Cátedra Historia Social Argentina (FAHCE/UNLP) y Fotógrafa. Integrante del Proyecto de investigación: “La Historia Reciente y los usos públicos del pasado: militancias, etnicidad y políticas de memoria desde/en América Latina” (FAHCE, UNLP Período 2018/2022). Y del proyecto: “Historia, memorias y representaciones del pasado reciente: Gubernamentalidades, violencia política y derechos humanos” (FHUC, UNL. Período 2017-2019). Miembro del Comité Editorial de *Aletheia*, Revista de la Maestría en Historia y Memoria de la FAHCE, UNLP.

Javiera Robles Recabarren

Profesora en Historia por la Universidad Academia de Humanismo Cristiano (UAHC), Diplomada en Estudios de Género y Cultura en América Latina (CEGECAL-UCH) de Chile. Maestranda en Historia y Memoria de la UNLP y doctoranda en Historia (UNLP/ CONICET-IIGG) en el marco del programa con Países Latinoamericanos de CONICET. Investiga temas sobre historia reciente, militancias políticas y comunismo en Chile desde una perspectiva de género.

Pasados Presentes es una colección que incluye temas y problemas de la Historia Reciente de América Latina y de Europa. Se preocupa por dar cuenta y por rescatar las preguntas que el presente le realiza al pasado. Preguntas que, tratadas interdisciplinariamente, nos convocan a problematizar nuestras certezas historiográficas al tiempo que nos incitan a realizar una profunda reflexión teórico-metodológica, condición que caracteriza a este campo de estudios en consolidación.

Historias detrás de las memorias es un libro coral que reflexiona sobre diferentes acontecimientos y experiencias históricas abordadas bajo la perspectiva de la Historia Oral. Un ejercicio colectivo fruto de varios aprendizajes, a medio camino entre seminarios, encuentros, traducciones, lecturas compartidas y análisis metodológicos que vincula múltiples miradas y trayectorias sobre la historia reciente. A su vez, este es un texto que enmarca, en varios significantes, la diferencia. Por un lado, analiza el impacto de la obra y el trabajo de Alessandro Portelli en La Plata y en sus oyentes, entre los que se encuentran los autores de este libro. Y por el otro, este es un texto que no responde, en su división, a abordajes tradicionales, a conceptos y categorías canónicamente consolidadas o a delimitaciones geográficas y temporales. Por lo tanto, los capítulos son mirados en tanto relaciones transversales y no conceptuales, en los que privilegia diferentes temáticas como la Resistencia, la cual da cuenta de los acontecimientos, de las narrativas del mundo obrero y de los derroteros de la violencia política en la militancia; las historias Incómodas, en el sentido que éstas exploran los vestigios del patriarcado presentes en las organizaciones armadas, el silencio impuesto por la violencia sexual en tiempos del terrorismo de Estado y las representaciones sociales del disciplinamiento a través del terror y, finalmente, se relevan las historias Representativas, las cuales recogen las voces de únicos narradores que ligan lo personal, lo biográfico y lo subjetivo con lo social, lo histórico y lo colectivo.



ISBN 978-950-34-1604-4